

**EL MEJOR LIBRO
DE AUTOAYUDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

**LAS CLAVES DEL ÉXITO
ESTÁN EN EL EVANGELIO**

José Ballesteros De la Puerta

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

© José Ballesteros De la Puerta, 2007

Para esta nueva edición:

© Actitud en Acción, S.L. 2012

© José Ballesteros De la Puerta, 2012

Golfo de Salónica, 47

Madrid 28033

Primera edición: septiembre de 2007

Segunda edición: Marzo de 2012

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-615-7596-1

Composición y Diseño Nueva Edición: Julio J. Moral

Impresión y Encuadernación: Publidisa

Printed in Spain – Impreso en España

ÍNDICE

Carta al lector	11
1. RECORDANDO EL ENCUENTRO	17
2. ¿QUÉ ES EL ÉXITO?	21
Ideas erróneas sobre el éxito	24
La gran regla de la construcción personal	26
La riqueza	27
Éxito. Una definición	31
3. LAS 18 LEYES DEL ÉXITO	41
I. <i>Todo comienza en tu mente</i>	49
Ley del control	52
Ley de la correspondencia	53
Ley del desarrollo personal	55
Preocupaciones. Una fórmula para vivir más feliz	58
II. <i>Lo que creas es lo que atraes</i>	69
Ley de la fuerza de las creencias	71
Ley de las expectativas	74
Ley de la atracción	77
Ley de la globalización	79
Ley de la abundancia	81
El poder de la oración	84
III. <i>No basta con creer, hay que hacer</i>	99
Ley de la causa y el efecto	102

Ley de la siembra y la recogida	106
Ley de la aceleración acelerada	109
Ley del magnetismo	110
IV. <i>Sólo el que persevera lo consigue</i>	117
Ley de la perseverancia	120
Ley de la acumulación	122
Ley de la perspectiva del tiempo	126
Ley de los talentos	130
Ley del kilómetro extra	138
Ley de la gratificación retardada	141
El poder del compromiso	146
4. EL CAMINO MÁS SEGURO	157
Para terminar	177
<i>Una curiosa «coincidencia»</i>	177
<i>A modo de fácil recordatorio</i>	185
<i>Las claves cristianas del éxito</i>	187
<i>Veinticinco apoyos para aprovechar la Biblia como el mejor libro de autoayuda de todos los tiempos</i>	193
<i>Las 39 Parábolas en los Evangelios</i>	195
<i>Para los que se preguntan por qué Dios «admite» el MAL</i>	197
Si quieres profundizar más en el regalo de la fe	201
Hay tanto que agradecer...	209

«Yo soy el camino, la verdad y la vida».
JUAN, 14, 6

«La mies es abundante y los braceros pocos; por eso, rogad al dueño que mande braceros a su mies».
MATEO, 9, 38

«Evangelio quiere decir Buena Noticia, y la buena noticia es siempre invitación a la alegría verdadera».
JUAN PABLO II

«Sólo voy a pasar un vez por este mundo. Todo el bien que pueda hacer, toda la amabilidad que pueda mostrar a cualquier ser humano, he de hacerla ahora y no dejarla para más tarde. Porque no voy a pasar otra vez por aquí».
STEPHEN GULLET

*Para ti, querido lector,
con mi mejor deseo
de aportarte algo bueno
en tu vida.*

*Para mi mujer, María José,
y nuestras siete fabulosas bendiciones,
con la esperanza de poder transmitir
con el ejemplo diario
lo que aquí es sólo un relato.*

CARTA DEL AUTOR SOBRE LA NUEVA EDICIÓN

Querido lector,

Esta nueva edición me llena de una gran alegría, pues este libro representa algo muy especial en mi vida. Nunca pensé que escribir un libro de desarrollo personal para el gran público pudiera ayudarme tanto a mí mismo como este lo ha hecho.

Mis otros tres libros publicados fueron escritos desde la vivencia personal y la experiencia de muchos al poner en práctica lo que en ellos comparto. Este, sin embargo, lo escribí por encargo de la Editorial Planeta después de una comida con el director del sello Planeta Testimonio en la que me pidió que le explicara esa idea que tenía para un futuro libro. Y aunque no estaba escrito, me pidió que le enviara un resumen y un esquema del mismo. Lo siguiente fue una llamada en la que me pedía que me pusiera a escribirlo porque querían publicarlo.

Debo reconocer que, si bien siempre tuve claro lo que quería compartir, ponerme físicamente a escribirlo me costó más de medio mes del verano de 2005 para, finalmente, sentarme delante del ordenador en el apartamento que alquilé, a tal efecto, cerca del piso de la playa donde hemos estado veraneando la mayoría de los años desde que nos casamos María José y yo.

Fue Planeta la que desde el primer momento dejó claro que el título sería el que ahora tienes en tus manos. Y debo reconocer que no me hacía sentir especialmente cómodo, pues, para ser sincero, no es un título humilde. De hecho, en más de una ocasión desde su publicación, cuando me presentan en alguna conferencia como «el autor del mejor libro de autoayuda de todos los tiempos», tengo que aclarar el asunto para no parecer un engreído insoportable nada más empezar. Sin embargo, ahora he de reconocer que Planeta tenía razón al poner ese título, ya que gracias a él, muchas han sido las personas que han comprado el libro solo en base a tan «atrapador» título. Doy por bien empleado el título si con él he podido llegar a más personas.

En un mundo en el que se publican miles de libros al año sobre desarrollo personal, autoayuda, liderazgo personal, mejora continua y demás sinónimos sobre el mismo tema, desde perspectivas muy distintas (new age, coaching ontológico, inteligencia emocional, PNL, budismo, taoísmo, esoterismo, etc.) pensaba, y sigo pensando, que había hueco para un libro que explicara, de manera sencilla, rápida de leer y pedagógicamente atractiva los principios universales del éxito y dónde estos encuentran una sólida cimentación, no basada en la opinión de ningún «experto» más o menos actual o de moda, sino en el Maestro entre maestros.

Haber consumido la primera edición para un libro de este tipo, según me dicen muchos es ya todo un éxito, sin

embargo el libro nos lo siguen pidiendo. Al no haber más copias, y la editorial nos planteaba que no iban a realizar una segunda edición, decidí solicitar la devolución de los derechos sobre el libro para poder volver a editarlo y seguir, humildemente, sirviendo a quien lo quiera.

Por ello tienes ahora esta nueva edición. Dios quiera que siga ayudando a más personas a conocer, aprender, interiorizar y practicar estos principios universales del éxito y, mientras tanto, disfrutar la vida como lo que es, un extraordinario regalo que nos exige dar lo mejor de nosotros mismos para, a cambio, devolvernos lo mejor multiplicado.

Con mi más sincero y entusiasta agradecimiento por querer adquirir y leer esta nueva edición, te dejo ya disfrutar del relato. Confío que su lectura te ayude y si, como espero, entiendes que es un libro que puede ayudar a los demás, te agradeceré muchísimo que se lo digas a otros.

Aquí tienes un nuevo amigo,

José Ballesteros De la Puerta
jbp@actitudenaccion-vesp.com

Me gustaría hacer comprender a los jóvenes que es bonito ser cristiano. Existe la idea difusa de que los cristianos debemos observar muchos mandamientos, prohibiciones, agobiantes y opresivos. Yo quiero dejar claro que nos sostiene el Amor. Que la revelación no es un peso sino unas alas, y que es bonito ser cristiano.

BENEDICTO XVI

La raíz del problema, si queremos un mundo estable, es una cosa simple y anticuada, algo que casi me avergüenza mencionar, por temor a las sonrisas ilusas, con las que los cínicos sabios acogerán mis palabras. A lo que me refiero es amor, amor cristiano.

BERTRAND RUSSELL

CAPÍTULO 1

RECORDANDO EL ENCUENTRO

Si conociéramos mejor a los maestros espirituales cristianos, habría menos jóvenes deseosos de buscar gurús en la India para su sed de lo espiritual.

JACQUES PHILIPPE, *Tiempo para Dios*

Recuerdo el día y el momento que le conocí por primera vez como si fuera hoy mismo. Recuerdo quién me lo presentó y dónde estábamos.

Lo primero que me llamó la atención de él fue su vivacidad y su espíritu inquieto. Parecía dinámico y muy inquisitivo.

Era muy educado. Eso me encantó. En un mundo en que la educación parecía brillar por su ausencia entre la gente, sus exquisitas maneras que surgían, no de forma afectada sino auténtica, me produjeron una excelente impresión.

Acostumbrado como estaba a recibir todo tipo de reacciones y comentarios al ser presentado, me cautivó su naturalidad a la vez que su genuino interés por conocer mis puntos de vista en multitud de temas.

Nuestra primera conversación no duró más de quince minutos. Reconozco que me quedé con ganas de más por su intensidad. Me sorprendió su excelente conocimiento de multitud de libros de los llamados de autoayuda o desarrollo personal. Parecía haberlos leído todos. Cualquier editor que se preciara estaría encantado con su minucioso conocimiento de los clásicos en el tema: Og Mandino, Napoleon Hill, W. Clement Stone, Norman Vincent Peale, Dale Carnegie, Orison Marden, doctor Maxwell Maltz, doctor Wayne W. Dyer,...

En nuestra segunda entrevista llegué a comprobar que no sólo conocía los clásicos en el tema del desarrollo personal, sino que, incluso, sus conocimientos sobre los grandes filósofos clásicos eran elevados, considerando si cabe que no tenía una licenciatura en tan enriquecedora materia. Platón, Aristóteles, Séneca, Epicteto, Santo Tomás de Aquino, hasta llegar a las más modernas corrientes filosóficas, no eran terreno desconocido a este joven que por entonces tenía unos treinta años.

A esa edad, era un alto ejecutivo de una firma multinacional del «top 50» según la prestigiosa revista *Forbes*. Por lo que me dijeron las personas que lo conocían, representaba una rotunda historia de éxito ejecutivo. Sin embargo y a pesar de tener todo lo que un joven de su edad podía soñar con haber alcanzado, él me comentó que no disfrutaba verdaderamente de la vida.

Afirmaba: «No soy feliz». Ansiaba encontrar «la clave del éxito», la llave de la felicidad, como él me dijo en nuestra segunda conversación. Y esa desazón acentuaba su inquieta actitud vital. No fue hasta nuestro tercer encuentro, después de que mi buen amigo y consejero Alterio Veiga me lo presentara en la cena de los premios *Iniciativas con éxito* que su búsqueda pareció llegar a buen puerto. Han pasado ya muchos años desde aquella esclarecedora conversación, si bien confío que mi nonagenaria memoria siga siéndome fiel a aquella tarde de primavera...

CAPÍTULO 2

¿QUÉ ES EL ÉXITO?

¡Dentro de vosotros está el reino de Dios!
LUCAS, 17, 21

Esto ha llegado a convertirse en una de las extrañas anomalías de nuestra época, que tantos buscan todos los atavíos externos del éxito sin sus esenciales atavíos internos. [...]. La satisfacción que proporciona el éxito no tiene que ser identificada por alguien o para nadie más, con tal que la persona misma sepa que está allí.

HOWARD WHITMAN,
Success is within you

Tomás llegó puntual a la entrevista que una semana antes habíamos concertado por teléfono.

La pregunta, formulada por mi parte con la mejor de las intenciones y, en nada presuntuosa, resultó ser la llave que

abrió una nueva vida para mí, hoy día, queridísimo amigo Tomás:

–¿Pero tú todavía no conoces el mejor libro de mejora personal que se ha escrito en la historia de la humanidad?

Todavía hoy, al recordar su cara, una grata sonrisa se apodera de mi semblante. Como él me reconoció después, en ese momento intuyó por qué él todavía no era feliz a pesar de tener prácticamente todo lo que un joven de su edad podía soñar aunque viviera diez vidas. Su búsqueda por fin parecía haber llegado a su fin. La sorpresa al conocer el título de ese libro fue el detonante de una magnífica conversación que marcó el inicio de una amistad que todavía hoy perdura y sigue fortaleciéndose.

–Por favor, dígame cuál es ese libro que desconozco – me inquirió Tomás con un gesto entre desorientado e ilusionado.

–Los cuatro Evangelios –respondí con total naturalidad–.

–Obviamente está usted de broma, ¿verdad señor Herrador?

–Nunca he hablado más en serio que ahora –le dije sin ocultar una sonrisa cariñosa–. De hecho, el gran reparo que siempre les pongo a muchos de los libros de la llamada «autoayuda» y del pensamiento positivo es que llevan a más de una persona a creerse tan grandes y «sobrados» que todo lo pueden por sí solos, cuando obviamente no es así; y a otros muchos les aleja del fantástico camino de la mejora continua, al hacerles sentir que todo esto está muy bien pero ellos solos no pueden. El cristiano, como puedes leer en el Nuevo Testamento, sabe

que nunca, repito, nunca, está solo. Dios está siempre con él, ayudándole en el camino de su propio éxito.

Tomás escuchaba con incredulidad.

–Si te fijas, el mensaje de los Evangelios es bien esclarecedor y quita una enorme carga de los hombros de todo ser humano: ser cristiano es una forma de vivir, no una filosofía de vida, es algo activo, que mueve a la acción, no a la resignación pasiva. Nos da un modelo real de acción donde poder reflejarnos y modelar nuestra propia actuación...

–Eso es lo que hace la Programación Neurolingüística

–Me cortó Tomás satisfecho de sus conocimientos.

–Sin embargo, ser cristiano no consiste en unas técnicas más o menos atractivas de meditación o un cuadro en la pared. El modelo es humano: Jesucristo. Dios hecho hombre que viene a marcarnos el camino, como Él mismo reconoce: **«Yo soy el camino, la verdad y la vida»**. ¿Me quieres decir qué otra técnica de desarrollo, qué otra religión o creencia puede decir que cuenta como modelo de conducta y vida con el Hijo de Dios hecho hombre?

–¡Pues no se puede decir que Jesucristo tuviera mucho éxito que digamos! Si mal no recuerdo, acabó crucificado y, en tiempos de los romanos, la crucifixión era la pena más baja de todas.

Aún hoy tengo grabada su expresión orgullosa y jactanciosa al recordarme este final.

–Te equivocas, querido Tomás. Su muerte en la cruz no fue el final de su historia. Muy al contrario: esa muerte fue precisamente nuestro pasaporte al éxito y felicidad suprema.

–¿Éxito y felicidad suprema? O quiere usted tomarme el pelo o yo estoy muy desorientado –su tono seguía siendo orgulloso–. Está usted empezando a recordarme a mis padres cuando me insisten en que vaya a misa, me confiese, comulgue y todo eso.

No pude evitar sonreír abiertamente de todo corazón y sin malicia alguna. Como otras muchas veces antes, a lo largo de mi vida, estaba enfrentándome a la burla y la risa de los no creyentes. Como en el milagro de la hija de Jairo en el Evangelio de San Lucas, al decir Jesús que no había muerto sino que estaba solo dormida, todos se rieron y se burlaron de Él. Así dice San Pablo en su primera carta a los Corintios: «El hombre no espiritual no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son necedad para él y no puede conocerlas, porque sólo se pueden enjuiciar según el Espíritu».

Ideas erróneas sobre el éxito

–Vayamos por partes, Tomás –le dije aplacando así su expectación por conocer en qué consistía ese éxito y felicidad suprema que, no en balde, eran el objetivo del joven Tomás desde su adolescencia–. No podremos entendernos si antes no llegamos a un acuerdo sobre qué significa «éxito», ¿verdad? De la definición que demos va a depender todo lo demás.

El joven Tomás respiró hondo y accedió gustosamente a mi planteamiento.

—¿Qué entiendes tú por «éxito», Tomás? Está claro que a ojos de muchas personas tú eres el fiel reflejo del mismo. Joven, bien parecido, con más dinero del que puedes gastar gracias a tu importante posición ejecutiva; tienes una buena casa, un coche fantástico; a buen seguro que tendrás todas las chicas con las que quieras salir. ¿He de continuar?, —pregunté sin intención de recibir respuesta—. Siendo esto así, la pregunta es tonta: ¿Te consideras una persona de éxito? ¿Eres feliz?

Por primera vez desde que le conocía apartó su mirada y con los ojos mirando el suelo su voz sonó apagada y triste. Su contestación fue lacónica.

—No, sin duda no soy feliz. Reconozco que no me va mal, y sin embargo no soy feliz. No como yo creo que podría serlo. Me falta algo. No sé. Eso es lo que me atrajo de usted desde el inicio. Usted, sin embargo, lo tiene todo y sí parece una persona feliz. Usted sabe algo que yo no sé.

Por cierto, no te he hablado nada sobre mí. Permíteme que te de algunos datos para que sepas quién te cuenta esta historia.

Si atendemos a lo que dicen los demás de mí y lo que se lee o se dice en la prensa y demás medios de comunicación, soy uno de los empresarios más importantes de Hispanoamérica. Mi patrimonio, según la revista *Forbes*, está entre los cien primeros del mundo y, según dicen, todo lo que toco parece convertirse en oro. Esto es lo que dicen de mí.

¿Quién soy yo según yo mismo? Un ser humano que, como hijo de Dios, se sabe pecador, digno, único e irreplicable y con una meta última muy clara e ilusionante: merecer la vida eterna junto a Dios Padre, a través de dar lo mejor de mí a las personas que me rodean y, en general, a la sociedad en la que vivo. Estoy felizmente casado y tenemos cinco hijos con los que Isabel, mi mujer, y yo disfrutamos enormemente cada día de nuestras vidas.

Una vez presentados, volvamos, si te parece, al relato.

–Como bien decía tu admirado Og Mandino en *La Universidad del Éxito*: «El éxito sin la felicidad es un estado de ser que no tiene valor alguno». Yo estoy muy de acuerdo con él.

–Yo también –dijo Tomás inmediatamente.

La gran regla de la construcción personal

–Convendrás conmigo en que el éxito no se puede fundamentar en el tener sino en algo distinto, ¿no es cierto?

–Por supuesto –dijo el joven Tomás sin apenas pensarlo– Está claro que el tener no da la felicidad absoluta. Hay demasiados ejemplos de personas que lo han tenido todo y sin embargo se han suicidado.

–Jesús dice, «**¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si al final malogra su vida?**». Este es el más claro recordatorio de que el éxito y la felicidad no están en el tener, sino en el ser.

También nos indica en multitud de ocasiones a qué se parece el Reino de Dios. En una de ellas, nos dice que se parece a un hombre que echa la simiente (es y actúa consecuentemente echando la semilla) y el tener llega sólo sin que él tenga que preocuparse. La semilla dará su fruto por sí misma.

La cara de Tomás reflejaba sorpresa ante la forma de desgranar los Evangelios, en una luz muy distinta a como se lo habían explicado en su niñez. Como vi que lo aceptaba, proseguí con el argumento.

Es más, San Lucas nos recuerda que dijo **«No estéis con el alma en un hilo buscando qué comer y qué beber. Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe vuestro Padre que necesitáis de ellas. Buscad más bien el Reino de Dios y su justicia, y esas cosas se os darán por añadidura»**.

–El famoso escritor Goethe decía que para tener más, primero debes ser más –recordó Tomás–.

–Al ocuparnos del ser y hacer coherente, llegaremos a tener de forma automática.

La riqueza

–Todo eso está muy bien y, en verdad, señor Herrador, su uso de los Evangelios me sorprende, pero ¿qué me dice de la imposibilidad que tienen los ricos de llegar al Cielo? ¿O también me va a negar lo de que «es más difícil que un rico entre en el Cielo que una camello pase por el ojo de una aguja»?

Tomás volvía a mostrar una sonrisa socarrona y algo orgullosa por sus capacidades dialécticas.

–Ese es, entre todos los pasajes del Evangelio, uno de los que más me han hecho discutir con muchas personas: creyentes, no creyentes e incluso sacerdotes. Si lees bien el pasaje evangélico, Jesucristo en ningún momento dice que los ricos no podrán ir al Cielo.

–¿Ah, no? Y entonces, ¿cómo explica lo que le he mencionado antes? ¡Si eso no es una clara afirmación de que el único camino para llegar al cielo es ser asquerosamente pobre, que venga Dios y lo vea, señor Herrador!

Tomás estaba crecido. No esperaba que tuviera el más mínimo argumento para responder a su pretendida irrefutabilidad.

–De lo que el Evangelio nos previene es de que **«donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón»**, o lo que es lo mismo, no es el poseer dinero lo que nos impide entrar en el Cielo, sino el amor al dinero.

Tomás frunció el ceño.

–Fíjate si es cierto que Dios no tiene nada en contra de las personas con mucho dinero –proseguí– que varios de los padres de la fe, como Isaac, Moisés, David y Job, por ponerte sólo unos ejemplos, eran inmensamente ricos. Como nos dice Eduardo Camino en su esclarecedor libro *Dios y los ricos*, «el dinero es riqueza sólo en la medida en que contribuye o promueve el bien de la persona y el bien común de la sociedad». San Ambrosio arrojó mucha luz al afirmar: «Aprendan los ricos que no consiste el mal en tener riquezas, sino en no usar bien de ellas; porque así

como las riquezas son un impedimento para los malos, son también un medio de virtud para los buenos».

–Me está usted diciendo que, en definitiva, lo importante no es tanto la cantidad sino la actitud que tengamos ante el dinero.

–Así es. Si somos desprendidos y lo entendemos como un extraordinario medio para conseguir unos fines buenos para la sociedad, entonces el dinero no sólo no es malo, sino que es estupendo. De hecho, como tan bien explica Camino, «la verdadera pobreza no consiste en no tener, sino en estar desprendido: en renunciar de manera voluntaria al dominio de las cosas». Lo que sí he comprobado una vez y otra que es cierto, y así lo afirman todos los grandes autores sobre el éxito y la riqueza, es que gran número de personas erróneamente sitúan su espiritualidad y su bienestar económico en polos opuestos, convencidos de que «la riqueza financiera les cerrará las puertas de la riqueza espiritual». Así lo explican Camilo Cruz y Brian Tracy en *Piense como un millonario*.

Tomás también había leído este libro.

–Por cierto, como me dijiste que te gustaba Platón, recuerda lo que dice en su *Apología de Sócrates*: «las riquezas no dan la virtud, sino que la virtud da las riquezas y todos los otros bienes, tanto al individuo como al Estado». San Pablo, en su carta a Timoteo, recuerda a los ricos «que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y con sentido social: y así acumularán un capital sólido para el porvenir y alcanzarán la vida verdadera».

–¿Y entonces? –pareció suspirar Tomás–.

–En ningún momento del Nuevo Testamento, ni del Antiguo, encontrarás nada en contra de la riqueza en sí misma, sino del apego a esta. Eso sí es malo; hasta el punto que en esa misma carta San Pablo pone el amor al dinero como «la raíz de todos los males». La Biblia está repleta de ideas sobre cómo crear abundancia en nuestras vidas, y contiene indicaciones muy precisas sobre cómo lograr la libertad financiera, como señalan los autores Cruz y Tracy. San Pablo también exhorta a los Corintios, y a todos nosotros, a recordar que a siembra mezquina cosecha mezquina; «a siembra generosa, cosecha generosa». Y aunque sólo sea a modo de ejemplo, en el Antiguo Testamento, concretamente en el admirable libro de los Proverbios, de lectura obligada para cualquier persona que quiera crecer de verdad como persona, nos advierte: «El hombre sensato ahorra, más el hombre insensato todo lo disipa».

Tomás pareció sorprendido. Tiempo más tarde me comentó que este punto le había apartado de la Iglesia de manera muy especial, ya que siempre interpretó que no se podía ser buen creyente y a la vez rico.

–Bien, pero si la riqueza no está reñida con poder ser un buen cristiano, entonces ¿por qué esta no da la felicidad absoluta? –preguntó Tomás con enorme perplejidad–.

–La respuesta para un creyente es bien sencilla. Los seres humanos somos hijos de Dios, hechos a su imagen y semejanza. Dios nos creó para vivir felices con Él. Como magníficamente expresa C.S. Lewis en *Mero cristiano*: el fin principal de nuestra vida humana es establecer una relación con la Persona que nos creó y nos puso aquí.

Mientras no establezcamos esa relación, todos nuestros intentos de alcanzar la felicidad (nuestra búsqueda de reconocimiento, de dinero, de poder, del matrimonio perfecto o la amistad ideal, de todo aquello en cuya búsqueda gastamos nuestras vidas) siempre se quedarán cortos, nunca satisfarán el anhelo, colmarán el vacío, calmarán la inquietud o nos harán plenamente felices. En definitiva sólo en Dios y con Dios, podemos los seres humanos alcanzar la felicidad y el éxito perpetuo. También en esa misma obra Lewis dice que «las únicas cosas que podemos guardar son aquellas que le damos libremente a Dios, las que intentamos guardarnos para nosotros mismos son justamente las que con toda seguridad perderemos», pues no nos las podremos llevar una vez muramos. Y esta es la base espiritual por la que tantos autores de reconocidísimo prestigio, como tú bien sabes, nos advierten de enfocarnos en el ser y no en el tener, ya que es el ser lo único que nos llevaremos a la otra vida.

–Nunca lo había enfocado así –reconoció Tomás–.

Éxito. Una definición

–Esto nos lleva a dónde comenzamos esta interesante discusión. ¿Te acuerdas?

–Por supuesto –respondió Tomás con ademán sincero–. El tema del éxito y la felicidad suprema que, según usted, Jesús consiguió para nosotros al morir en la cruz.

Admiré su atención e interés.

–Te decía que el final de la historia de Jesús en la tierra no fue su muerte en la cruz, sino, muy al contrario, su resurrección de la muerte y su ascensión a los Cielos delante de un grupo reducido de sus apóstoles. No sin antes recordarnos que Él estará con nosotros cada día, hasta el fin del mundo. Y para asegurarnos su constante compañía nos envió al Espíritu Santo con lo que hace nuestra meta última un «sí o sí» poder conseguirla. Nos recordó que en **«la casa de mi Padre hay muchas moradas [...] voy a prepararos un lugar»**.

–Con todo lo dicho, señor Herrador, ¿cómo definiría entonces el éxito? Porque está claro que usted ha logrado el éxito material con el que muchos ni se atreven a soñar y además se le ve radiante de felicidad.

–Gracias a Dios, Tomás, efectivamente soy un hombre todo lo feliz que en esta vida se puede ser. Contestando a tu pregunta te diría primero que no hay, a mi juicio, una definición única de la palabra «éxito», sino tantas como personas hay en este mundo. No obstante, sí he encontrado a lo largo de mi vida que hay definiciones que ayudan en ese camino de felicidad y éxito y definiciones que nos pueden llevar por el camino de la frustración y el sentimiento de fracaso.

Su expresión era la viva imagen del anhelo más absoluto.

–De entre todas las definiciones de éxito que he escuchado o leído a lo largo de mi vida, hay una que me parece extraordinaria por su sencillez y a la vez su rotunda utilidad para cualquier persona. Estarás de acuerdo conmigo en que toda definición que ponga su énfasis en el

tener o el conseguir nos lleva irremediamente a un estado de ansiedad e incluso frustración continuo hasta no llegar a alcanzarlo. –Tomás asintió con rotundidad–. Por lo que debemos guardarnos de plantear nuestro éxito como una cuestión de tener o conseguir, sino más bien de camino, de recorrido. Algo que indique un proceso que, en realidad, no termina en tanto sigamos vivos.

–El éxito no es un destino sino un camino –señaló Tomás con precisión de cirujano cardiovascular–.

–Si yo dijera que el éxito es llegar a poseer una mansión de 3.000 metros cuadrados, dos Rolls Royce y un yate –continuó–, hasta que no consiguiera ser el dueño de esas posesiones, no me podría sentir en ningún momento como una persona de éxito y por tanto feliz. ¿De acuerdo?

–De acuerdo, señor Herrador –Tomás estaba pendiente de cada palabra que salía de mis labios como si en ello le fuera la vida–.

–Pues bien, precisamente por ello, si entendemos el éxito unido a la felicidad y tanto el uno como la otra están en el ser y no en el hacer o tener, entonces la mejor definición que yo he encontrado es: El éxito es la realización progresiva de un sueño.

–El éxito es la realización progresiva de un sueño –repitió Tomás como si fuera un mantra.

–Voy a hacer todo lo posible por explicar la enorme belleza de esta definición. De ella que va a depender todo cuanto hablemos de aquí en adelante. Esta definición tiene, a mi juicio, tres palabras clave: realización, progresiva y sueño.

–Empecemos con la palabra «realización» –pidió Tomás expectante–. Realización indica la idea de culminación. ¿Cuántos se dan por vencidos incluso antes de empezar?

–Muchos al primer obstáculo o fracaso tiran la toalla. Lo cierto es que detrás de toda persona de éxito hay cientos y a veces miles de pequeños o grandes obstáculos, fracasos, frustraciones y desengaños. Pero por encima de todos ellos estaba la firme determinación (el compromiso) de llegar hasta el final.

–Og Mandino en su extraordinario primer libro *El vendedor más grande del mundo* dice: «el fracaso no me sobrevendrá nunca, si mi determinación por alcanzar el éxito es lo suficientemente poderosa» –afirmó Tomás confirmando así mi argumentación–.

–«Progresiva» –continué yo– es una palabra que nos ha de recordar que no obstante la determinación clara y comprometida de llegar hasta el final, las personas de éxito saben que el éxito no está en llegar, sino que es un estado actitudinal. Es un camino, nunca un destino, como con tanta precisión señalaste antes.

–Está claro que las personas de éxito saben que hay que mantenerse flexibles a lo largo del recorrido y del tiempo pues las circunstancias son cambiantes –sentenció Tomás–

–Las personas de éxito, incluso, van cambiando. A medida que luchan por una meta, concreta y perfectamente definida, van observando nuevas oportunidades y engrandeciendo su perspectiva. Mientras van luchando por conseguir una meta, ya están perfilando nuevos objetivos

futuros por los que luchar, una vez se consigan los que en ese momento les tienen comprometidos.

–Sabes que el cambio está para quedarse y lo que funciona hoy, muy probablemente mañana deje de hacerlo –añadió Tomás–.

–En definitiva, las personas de éxito auténticas nunca mueren de éxito, pues no se duermen en los laureles ya conseguidos. Se mantienen humildes ante los nuevos objetivos por conseguir.

–Y lo mejor respecto de esta palabra –comentó Tomás entusiasmado con mi explicación– es que al ser progresiva, desde el momento que me pongo a trabajar por conseguir una meta determinada, ya me puedo considerar una persona de éxito.

–¡Exacto! Y como bien sabes –concluí–, por las leyes del éxito, en el momento en que me considero persona de éxito atraigo más éxito. –Tomás iba asintiendo como el niño pequeño que repasa con su admirado profesor la lección estudiada y aprendida en casa–. Y nos queda la más fabulosa palabra de las tres, por lo que significa: «sueño».

Como Tomás me inquirió con un gesto le expliqué:

–Todos podemos y sabemos soñar. Lo que nos confirma que cualquier ser humano, como hijo de Dios, tiene dentro de sí mismo la portentosa capacidad de predecir su futuro, pues como bien dicen muchos autores en este tema...

–La mejor manera de predecir el futuro es construyéndolo –sentenció Tomás–.

–Dios, como Padre, nos ha dotado de la capacidad de soñar y si esto es así (y de ello no cabe duda, pues todos sabemos y podemos soñar) no es para que andemos frustrados toda nuestra vida, lastimosos y molestos por ver cómo otros alcanzan grandes metas y nosotros no. Muy al contrario: Jesús, en múltiples ocasiones a lo largo de su paso por la tierra en los cuatro Evangelios, nos dejó bien claro que **«según vuestra fe, así os sucederá»**.

–Lo puedo aceptar, señor Herrador, pero me da la impresión de que muchos creyentes piensan que por el simple hecho de creer, de tener fe, ya se lo merecen todo.

–La fe verdadera exige acción –dije sonriendo ante su punzante comentario–. No es algo pasivo que espera a ciegas. Como tú planteas, este es quizá, por lo que observo, uno de los grandes errores de muchos que se dicen buenos cristianos. Hay que actuar, tomar la iniciativa para que Dios nos ayude. Un buen ejemplo lo tenemos en el Evangelio.

–¿A qué se refiere, señor Herrador?

–Estando San Pedro y otros apóstoles en la barca, vieron a Jesús andando por encima del agua. San Pedro le pidió ir con él andando también por encima del agua, y al notar el viento, empezó a hundirse. Pidió ayuda a Jesús, y Este le salvó recriminándole su falta de fe. San Pedro salió de la barca y se puso a caminar. Mucha gente espera andar por encima del agua (conseguir sus sueños) sin ni siquiera estar dispuestos a abandonar la comodidad y seguridad de su barca.

–¿Debo entender entonces que Dios nos ayuda siempre que nosotros demos el primer paso?

–Sí. Él nos hizo libres, nunca actúa sin nuestra propia acción –concluí–.

–Si esta definición es aplicable a toda persona es porque ese sueño puede ser cualquier meta que cada persona tenga a bien plantearse de manera progresiva – observó Tomás como aguda conclusión–.

–Pero para el creyente, que se sabe hijo de Dios, esa última meta está perfectamente definida por Jesús con total claridad: volver al Padre que es de dónde venimos. Y lo bueno es que nunca estamos solos en ese camino hacia la última y más fabulosa felicidad y éxito eterno. Antes bien, estamos magníficamente acompañados y con la certeza absoluta de recibir todo aquello que realmente creamos merecer.

–«Tanto si creo que puedo como si creo que no puedo, estoy en lo cierto», dijo Henry Ford –recordó Tomás complacido–.

–Como decía San Juan de la Cruz, «de Dios obtenemos tanto como esperamos».

El gesto de Tomás mientras escuchaba me confirmaba que tomaba buena nota de todas mis palabras, si bien mantenía una evidente posición crítica.

–Esta es la fuente de la inmensa alegría vital del creyente: tener de antemano la certeza de la meta final. Una meta que significa una felicidad que ni en el momento más feliz de nuestra vida terrena puede compararse. Es muy interesante comprobar cómo los apóstoles, habiendo salido casi todos, menos San Juan, como alma que lleva el diablo al apresar a Jesús y estar escondidos hasta que resucitó, después de verlo y despedirlo mientras subía al

Cielo, estuvieron anunciando el mismo mensaje de Jesús con un ánimo y una vivacidad desmedidos. Sin duda, la certeza en el objetivo último de la felicidad eterna, les hizo ser valientes cuando antes se comportaron como tremendos cobardes.

–Le aseguro, señor Herrador, que en la vida se me había ocurrido plantearme el tema del éxito de esta forma –dijo Tomás con incredulidad en su semblante–.

–Pero tú me has hablado de Norman Vincent Peale, uno de los grandes gurús en el campo de la mejora personal. Precisamente su extraordinario libro *El Poder del Pensamiento Tenaz* es una contundente demostración de cómo todos los principios de éxito se encuentran en el libro de los libros: la Biblia. Sí tú quieres, te invito a que juntos hagamos un viaje por todas las leyes del éxito para que, finalmente, te des cuenta cómo cada una de ellas está recogida claramente en los cuatro Evangelios del más grande ser humano que ha pisado la tierra, hasta poder decir, sin ningún género de dudas, que estos constituyen el mejor libro de autoayuda de todos los tiempos.

–Estaré encantado de hacer ese viaje con usted, aunque no le engaño si le digo que más por curiosidad que porque crea que usted tiene razón.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

CAPÍTULO 3

LAS 18 LEYES DEL ÉXITO

De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si al final pierde su alma.

MATEO, 16, 26

La mayoría de la gente está tan ocupada tratando simplemente de sobrevivir que nunca tiene siquiera la oportunidad de aprender unos cuantos mandamientos sencillos para el éxito... un éxito, por cierto que poco tiene que ver con la fama y el oro.

OG MANDINO,

El éxito más grande del mundo

–¿Dirías que la aplicación consciente o inconsciente de las leyes del éxito te han llevado a una posición de claro privilegio, aunque sea merecida, en el mundo corporativo aún siendo tan joven?

–Quería empezar cimentando con su propia experiencia todas las leyes del éxito que íbamos a desgranar y cómo

estas están planteadas de manera más o menos directa en los Evangelios.

–Sin ningún género de dudas, señor Herrador. Mi éxito es fruto de la aplicación (consciente hoy, inconsciente en un primer momento) de todas las leyes del éxito que he podido estudiar.

–A fin de realizar este viaje de la forma más sencilla y lógica posible, creo que sería muy bueno que acordáramos los cuatro grandes bloques donde se asientan todas las leyes de éxito. De esta forma, una vez identificados podemos profundizar en ellos desde una perspectiva, como tú bien decías antes, nueva para ti. Quizás entonces aprecies la religión en la que naciste de una manera muy distinta.

–De acuerdo, señor Herrador. ¿Convendría conmigo en que el primer gran bloque de leyes del éxito tiene que ver con la forma de pensar de las personas de éxito?

–Sin duda alguna. Todo comienza en la mente. Cómo usamos este portentoso regalo de Dios es el primer paso para una vida de éxito y felicidad sin límites.

–¿Cuál diría usted que es el segundo? –Tomás me cedió la palabra divertido–.

–Si todo comienza con el uso de nuestra mente, el segundo bloque tiene que ver con cuidar lo que creemos. Como decía el escritor Sommerset Maugham «lo curioso acerca de la vida es que si le pides solo lo mejor, generalmente lo obtienes». En el segundo bloque nos adentraremos en el mundo de nuestras creencias, expectativas y la energía derivada de estas.

–El tercer gran bloque –continuó Tomás– es aquel en el que muchas personas fallan reiteradamente a lo largo de sus vidas: la acción. No basta con creer: hay que hacer consecuentemente.

El extraordinario conocimiento de las leyes del éxito y su práctica continua hacía que la conversación con Tomás fluyera de manera ágil, rápida y sin titubeos.

–Y nos queda el último y vital bloque.

–Casi me atrevería a decir que es el más simple de todos. Sin embargo es en el que más personas fallan antes de alcanzar lo que dicen querer –añadió Tomás–.

–Así es, así es. Solo consigue el que persevera. Y lo bueno es que las leyes del éxito en este punto son muy esclarecedoras.

–Estoy deseando ver cómo me explica todas ellas con los Evangelios en la mano. Lo poco que recuerdo de los sermones que he oído, el modelo de vida que te pintan no es precisamente muy alegre. Es más, siempre me ha sorprendido cómo los así mismos llamados católicos suelen hablar de esta vida «como un valle de lágrimas». Perdone mi posible descaro, pero yo no he venido a este mundo para estar todo el día llorando.

No pude por menos que sonreír ante su «pretendido descaro».

–Tranquilo, Tomás. Por desgracia te doy la razón sobre lo mal que vendemos el gran regalo de la fe. De hecho, el gran publicista español Toni Segarra comentaba hace tiempo que la Iglesia católica era la multinacional más impresionante del mercado. Tiene un logo espectacular: la cruz, conocido en todo el mundo; un producto imbatible:

la vida eterna; y sin embargo, decía con razón, lo mal vendido que está. No, no me ofenden tus palabras; yo mismo, muchas veces me siento molesto por ello.

Tomás quedó tranquilo por mi comentario.

–Como cristiano –proseguí– tengo como modelo de vida a Cristo. Deberíamos darnos cuenta de que nuestro vecino puede que sea a nosotros al único Jesucristo que conozca en su vida. ¿Qué ejemplo le estamos dando? A los primeros cristianos se les conocía por su ejemplo. Pienso que gran parte de la responsabilidad, por no decir toda, de que haya tantas críticas contra nosotros estriba en nuestra propia incoherencia de vida. Te contaré un pequeño secreto. ¿Sabes qué me hizo a mí disfrutar tanto de la fe católica?

–Ni idea, pero me encantará saberlo –dijo Tomás con sincera curiosidad–.

–Como te comenté cuando nos conocimos, soy un ferviente lector de biografías. Un día leí una biografía de Gandhi que me hizo reflexionar mucho acerca de mi propia situación. Como sabrás, Gandhi era abogado en la India. Por motivos laborales se fue a vivir a Sudáfrica y, allí, la comunidad cristiana protestante le invitó a abrazar su fe, al ver el magnífico profesional y la extraordinaria persona que Gandhi era.

–No conocía esa anécdota.

–La respuesta de Gandhi significó el punto de inflexión de mi conocimiento y profundización en mi fe católica. Les dije que les agradecía profundamente su invitación a abrazar la religión protestante pero que entendía que antes de abrazar una fe en la que no había nacido, debería, al

menos, conocer bien la suya propia. El autor de las *Crónicas de Narnia*, C.S. Lewis, comentaba sobre su conversión del ateísmo al cristianismo que lo que le había estado reteniendo no había sido tanto una dificultad para creer como una dificultad para conocer.

–No puedes creer en una cosa mientras ignoras lo que es –confirmó Tomás–.

Muchos conocidos míos y no tan conocidos han jugueteado o directamente se han ido a practicar otras religiones, creencias o definitivamente sectas, fruto de su propia falta de conocimiento y coherencia con la fe que decían profesar hasta ese momento. ¡Qué pena!, deciden emigrar a otras tierras sin haber hecho el mínimo esfuerzo por conocer y disfrutar en toda su dimensión del gran regalo de la fe católica.

Por un momento no dijo nada; quedó mirando al horizonte. Me gusta pensar que se estaba preguntando: ¿En qué medida conozco o desconozco la religión en que nací? Después, con una amplia sonrisa, me volvió a mirar y dijo:

–Señor Herrador, ya que hemos acordado sin problema alguno los cuatro bloques donde se sustentan todas las leyes del éxito: mente, creencias, acción y perseverancia, ¿cuándo empezamos el viaje de profundización? Le reconozco que mi curiosidad es enorme.

–¡Perfecto! ¿Cogemos tu coche o el mío? ¡Nos vamos de paseo!

–¿De paseo? –inquirió Tomás desorientado–.

–Sí, vamos a dar una vuelta por la ciudad para entender mejor el primer bloque de leyes del éxito.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

I. – TODO COMIENZA EN TU MENTE

Nada que entra de fuera puede manchar al hombre, lo que sale de dentro es lo que mancha al hombre.

MARCOS, 7, 15

¡Todo logro, toda riqueza ganada tiene su principio en una idea!

NAPOLEON HILL,
Piense y hágase Rico

Al final conduje yo. Quería cerciorarme de que Tomás estaba más concentrado en lo que observara que en la conducción. Empezamos el recorrido por la colonia de casas que rodeaban la mía. Por resumir lo visto, se respiraba lujo. Nos dirigimos a un barrio muy bueno que queda a su alrededor. Aquí sí se podrían ver más síntomas de vida humana en la calle. Justo cuando empezamos a entrar en un barrio mucho menos lujoso y bastante más bullicioso, Tomás me miró inquisitivo y no aguantó más.

–Señor Herrador, si vamos a tratar el primer bloque de leyes del éxito ¿qué tiene todo esto que ver con el uso de nuestra mente? No termino de entender por qué me está llevando por todos estos barrios. Aunque no quisiera prejuzgar, mucho me temo que acabaremos yendo donde venden droga.

–Cierto, Tomás. Pensaba llevarte también por esos barrios. Y ya que has captado la dirección que llevaba, dime una cosa: ¿qué crees que tiene que ver este curioso «tour», como lo llamarías tú, con el primer bloque de las leyes del éxito?

–Eso mismo me pregunto yo, señor Herrador.

–¿Qué leyes deberíamos abordar en este bloque?

–Las leyes del control, de la correspondencia y del desarrollo personal. Al fin y al cabo todas ellas tienen que ver con el uso de la mente, ¿no es así?

–Así es, Tomás. Lo que estamos viviendo es la materialización de estas leyes. Uno acaba viviendo, más o menos, entre sus iguales. Cómo se siente uno por dentro y cómo piensa de sí mismo se corresponde con lo que acaba obteniendo en el exterior. De ahí que en cada barrio de cualquier ciudad nuestros vecinos están, más o menos, igual que nosotros.

–Por lo general es verdad, pero ¿qué me dice de esa gente que vive por encima de sus posibilidades por aquello de aparentar?

–No te lo voy a negar. Pero actuando así, convendrás conmigo en que no pueden ser felices, pues bien en una especie de esquizofrenia perpetua. Rompen un principio básico del éxito: la gratificación retardada. Tienen antes de

merecerlo y así no lo disfrutan en plenitud. Viven por encima de sus posibilidades reales antes de haber alcanzado el nivel económico que les permita disfrutar de esas posesiones sin sentirse agobiados. En su fuero interno están más pendientes de pagar los gastos que conlleva vivir por encima de lo que pueden, que de disfrutar con libertad de lo que en verdad merecen. Mucha gente, al desconocer los principios del éxito, no los aprovecha, y quiere poseer antes del merecer. Es decir, rompen la gran regla de la construcción personal de la que venimos hablando todo el tiempo: Ser + Hacer = Tener. Lo importante de este paseo en coche es que debemos tener mucho cuidado con las personas de las que nos rodeamos: no se puede mejorar escuchando a quien está como tú.

Tomás sonreía asintiendo.

–En muchos casos, es nuestro propio entorno cercano (familia, amigos, vecinos) el que nos inhabilita para hacer un buen uso de las leyes del éxito; dejamos de controlar nuestros pensamientos por escuchar los de los otros y, así, dejamos de vivir nuestra vida para vivir según la de los demás –comentó Tomás–.

–Si te parece, vayamos por partes: el paseo es la simple excusa para hacer más gráfico el poder de estas leyes. El objetivo último de esta conversación está en establecer el paralelismo de estas leyes con algún momento de los Evangelios.

Ley del control

Debemos controlar lo que pensamos pues nuestro pensamiento determina nuestros sentimientos y estos, a su vez, nuestras acciones y comportamiento.

–Pues bien, analicemos la primera ley: la ley del control.

–Nuestros pensamientos determinan, al final, nuestro comportamiento y nuestras acciones. No queda mucho por analizar: son tantos los autores de reconocido prestigio, los estudios e investigaciones hechas sobre el particular, que no puedo por menos que estar milimétricamente de acuerdo con esta ley –afirmó Tomás con la ya acostumbrada solvencia que me había demostrado hasta el momento–.

–Sin duda para un joven de éxito como eres tú, esta ley no representa más que una enorme verdad. Sin embargo, resulta incómodo a todos los que se empeñan en defender que todo en la vida es cuestión de suerte. Jesucristo nos dijo: **«Nada que entra de fuera puede manchar al hombre; lo que sale de dentro, eso es lo que mancha al hombre»**. Una forma contundente de recordarnos que nosotros somos los generadores de la acción y consecuentemente de los resultados.

–Todo lo que nosotros pensamos actúa como agente generador de sentimientos que, a su vez, provocan actuaciones en un sentido u otro. Y así, producimos unos resultados u otros –concretó Tomás con apabullante desparpajo–. Todas las leyes del éxito, están unidas entre

sí. Forman un conjunto coherente y consecuente y su sencillez tan aplastante que, me atrevería a decir, es la principal causante de que tan poca gente se las tome en serio. «Son tan sencillas que no pueden ser verdad», vienen a pensar demasiados.

–Tantas personas se dan por vencidas antes de empezar a luchar por lo que de verdad quieren que se prohíben a sí mismas el premio de conseguir aquello que, muy probablemente, era para lo que realmente habían nacido.

–Al pensar que no son merecedoras de esto o aquello o de que no conseguirán tal o cual objetivo, sus acciones se hacen coherentes con su pensamiento y cercenan de lleno cualquier posibilidad de que actúen otras leyes del éxito en su ayuda.

Ley de la correspondencia

Lo que pasa en el exterior es una proyección de lo que nos pasa dentro de nosotros mismos.

–Así, la ley de la correspondencia queda sin posibilidad de surtir sus fabulosos efectos ya que la inmensa mayoría de la gente no cree en sus posibilidades. Jesús nos advierte de esta ley cuando dice: **«No hay árbol sano que dé fruto dañado, ni árbol dañado que dé fruto sano. Cada árbol se conoce por su fruto [...] El que es bueno, de la bondad que almacena en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque lo que**

rebosa del corazón lo habla la boca». El mundo exterior es siempre un reflejo del interior.

–Sí, –Tomás tomó la palabra– pero, como usted ya ha advertido, no funciona al revés. Y ahí es donde fallan muchas personas que creen que para cambiar ellas, antes tienen que cambiar las circunstancias a su alrededor. Al no ser esto posible, pues va en contra de las leyes del éxito, se convierte en la pescadilla que se muerde la cola. Esperando a que las cosas cambien, terminan por estar peor que cuando empezaron.

–Es lo que una vez escuché a un conferenciante explicar como «la espiral del fracaso». Como creo que no podré, compruebo y me informo de que efectivamente eso no es para mí, así no hago nada y, al no hacer nada, provoco que nada cambie. Con lo cual, como el mundo sí sigue cambiando a mi alrededor, al final estoy peor que cuando empecé, como tú bien has dicho.

–Lo que más me sorprende, señor Herrador, es cómo siendo esto tan lógico y sencillo la gente no lo acepta.

–De hacerlo, tendría que aceptar acto seguido que si está donde está, es lo que es, hace lo que hace y tiene lo que tiene, es porque quiere. Y eso, Tomás, es mucho aceptar.

–Siempre me ha fastidiado que la gente crea que si he llegado a un puesto de alta dirección tan joven ha sido porque he tenido suerte o, peor aún, he hecho tal o cual cosa que nada tiene que ver con trabajo. Cuando la realidad es que he trabajado más que muchos, me he comprometido de lleno con mi empresa y he estado siempre dispuesto a dar antes de recibir.

–Y así debe ser, Tomás. Por eso es tan fácil destacar. Mientras que uno hace lo que debe hacer, la inmensa mayoría están negociando y racaneando esfuerzos para incluso no hacer lo que en un principio habían acordado que harían. Lo que nos puede llevar a la última de las leyes mencionadas en este bloque: la ley del desarrollo personal.

Ley del desarrollo personal

La fortuna que cualquier ser humano consiga durante su vida ira en proporción directa con el grado de desarrollo personal y profesional que alcance.

–Cristo usó una figura muy interesante: **«Nadie enciende un candil para taparlo con un perol o meterlo debajo de la cama; lo pone en el candelero para que los que entran vean la luz»**. O lo que es lo mismo: si te formas es para usar esos conocimientos en beneficio de los demás. Si no actúas en beneficio de los demás, ¿para qué quieres nada? Y por si quedaran dudas, un poco más adelante nos advierte muy seriamente: **«Al que produzca se le dará, pero al que no produzca se le quitará hasta lo que cree tener»**.

–¿Eso dijo el Nazareno? –preguntó Tomás genuinamente admirado–.

–Jesucristo hablaba muy clarito, querido Tomás. Mucho más claro de lo que esta sociedad tan tolerante y relativista nos quiere hacer creer.

–¿Cree que es malo ser tolerante? –inquirió Tomás–.

–Usaré una afirmación de Alfonso Aguiló: «Ser tolerante es reconocer y respetar a los demás en su derecho a pensar de otro modo, pero no es compartir en todo la opinión de los demás». –Recuerdo que esto último lo enfatiqué de manera muy especial–. De hecho Bertrand Russell escribió que «el hecho de que una opinión la comparta mucha gente no es prueba concluyente de que no sea completamente absurda». ¡La de sandeces que los seres humanos hemos llegado a aceptar como ciertas, y seguimos aceptando hoy, para conocer a renglón seguido que se ha demostrado que era incorrecto! Una vez escuché: «La verdad duele no cuando vamos en su búsqueda, sino cuando huimos de ella». Jesús no aceptaba cualquier idea para ser mejor querido por la sociedad en la que vivió.

–Eso sí lo admiro en la figura histórica de Jesús. Nadie puede dejar de reconocer que echarle pantalones, echó todos.

–Víctor F. Dios Otín, en su libro *Mi querido agnóstico* comenta algo que tiene todo que ver con lo que acabas de decir: «Muchos de esos rebeldes más significativos no se han caracterizado por mantener una concepción ética difuminada o inconcreta, sino por todo lo contrario. Tales han sido el propio Jesús de Nazaret, Francisco de Asís, Gandhi, Martin Luther King o Teresa de Calcuta». A la gente buena le gustan las personas que van de frente y que son claras. Y en eso Jesús, también fue un impecable modelo. Pero a la hora de plantear nuestro camino de desarrollo debemos recordar que, como tan bien expresa

Paul J. Wadel en su libro *La primacía del amor*, «lo que amamos y cómo lo hacemos determina nuestro desarrollo personal y, por eso, es menester buscar un amor que nos haga al mismo tiempo felices y buenos».

–Está claro –confirmó Tomás–. Debemos poner mucho cuidado al escoger nuestro objetivo en la vida, pues este determinará nuestra forma de pensar y nuestra manera de actuar.

–Jesús lo expresa de forma maravillosa cuando nos advierte: «**Haceos bolsas que no se estropeen, un tesoro inagotable en el cielo [...] Porque donde tengáis vuestra riqueza tendréis el corazón**». –Por esta razón, estoy plenamente de acuerdo con Otín cuando dice que «quien no tiene fe en lo trascendente no está en una posición preferente a la hora de juzgar sobre cuestiones éticas o sobre los verdaderos bienes del hombre. Más bien pienso que están en una posición inferior».

–Tiene todo el sentido.

–Quien no tiene idea de un más allá y se queda en el mero vivir aquí, nunca tendrá más norte en hacer el bien que el puro placer de dejar una huella positiva de su persona o, directamente, las consecuencias materiales buenas que este traiga. Pero aquel que cree con sinceridad en una vida eterna siempre medirá mucho más sus actos por las consecuencias que estos tengan de cara al premio final.

–El general romano interpretado por el actor Russel Crowe en la película *Gladiator* antes de entrar en batalla con sus soldados decía: «lo que hacemos en la vida tiene su eco en la eternidad» –Las palabras de Tomás me

confirmaban que había entendido perfectamente mi razonamiento—.

—Bellas y sabias palabras —concluí—.

Preocupaciones. Una fórmula para vivir más feliz

—¿Me permite hacerle una pregunta muy personal? Ya que estamos tratando este primer bloque de leyes del éxito no quisiera dejar sin tratar las preocupaciones. Es algo que le reconozco me tiene dándole vueltas desde la primera vez que lo trabajé en un taller de Dale Carnegie que hice hace unos años. Según Carnegie, las preocupaciones son como aguiluchos o buitres que están volando sobre nuestra cabeza pero que no debemos dejar que se posen y hagan nido encima, porque entonces es cuando vienen los problemas. Quiere decir que, si nos centramos tanto en los problemas, estos acabarán por paralizarnos. Lo que hay que hacer es afrontar aquello sobre lo que podamos actuar. Y lo que no, dejarlo que siga volando pero sin darle nosotros más vueltas. Así dicho queda muy gráfico y muy bonito, pero me ha resultado imposible hasta ahora poder vivir en paz cuando hay mil preocupaciones que me rondan la cabeza.

—Querido Tomás, Jesucristo fue muy claro al respecto. Hasta el punto que no he encontrado un mejor sistema para vivir en paz y sin agobios que el que Él nos propone. —Recuerdo que su cara era la viva imagen de la desorientación—. Te lo explico, Tomás. Veamos. Estoy convencido que tú conocerás perfectamente la explicación

práctica de la zona de influencia y la zona de preocupación.¹

–Sí. Me imagino que por zona de influencia se refiere a todo lo que nosotros podemos influir en el devenir de los acontecimientos y por zona de preocupación a todo lo que nos preocupa. Los expertos nos indican que uno no ha de preocuparse de lo que escape de su zona de influencia, ya que no puede hacer nada con ello. A la vez, de todo lo que le preocupe, pero esté dentro de su zona de influencia, que se ocupe ya que sí puede influir. Y dejar a «lo que tenga que pasar pasará», ese pequeñito 8% de ocasiones en que, según las investigaciones realizadas, los temas que nos preocupan pueden ser algo importante.

–En definitiva: solo hay que ocuparse de aquello sobre lo que sí tengo influencia, siendo absurdo preocuparme de lo que no pueda influir.

–Como le digo, todo esto me resulta muy fácil de decir, pero difícil de llevar a la práctica.

–Pues créeme Tomás, es cuestión de hábito. Nada más. Si bien, aquí es donde te digo que ser creyente ayuda sobremanera. Empezaré por comentarte uno de los muchos pasajes de los Evangelios donde se ofrecen soluciones clarísimas al tema de las preocupaciones y luego, aprovechándome del apóstol viajero, San Pablo, te daré el secreto definitivo para nunca más estar preocupado por nada y sí muy abierto a la vida.

–O me lo dice o reviento, señor Herrador. –El gesto de Tomás denotaba incluso ansiedad–.

¹ El autor lo explica detalladamente en el capítulo 8 de su obra *El Reto. Cómo disfrutar la responsabilidad de tu propia vida*, Ed. Actitud en Acción.

–San Juan, el discípulo predilecto de Jesús, nos comenta una situación que arroja gran luz sobre lo que nos pasa a los humanos y cómo Jesús, cuando ponemos nuestra confianza en Él, nunca nos defrauda. –Tomás se mantenía atento–. Casi al final de su estancia en la Tierra, y después de su resurrección, estaban los apóstoles una noche pescando y no sacaron nada. Amaneciendo, Jesús se presentó en la orilla y les preguntó si tenían algo para comer. (Estaba comprobando su confianza en Él, su fe). Ellos le dijeron que no, pues la noche había sido de todo punto improductiva. Jesús les indicó que echaran la red a la derecha de la barca y el apóstol indica que **«cogieron tantos peces que no tenían fuerzas para sacarla»**. Pero curiosamente las redes no se rompieron.

Tomás escuchaba con atención si bien con un gesto de no entender, por lo que continué.

–¿Qué nos indica aquí San Juan? Además de contarnos lo que pasó, para mí tiene un sentido añadido: la forma de proceder del Señor en nuestra vida, tanto frente a nuestras penalidades como al resto de los momentos en la vida. La vida (la red en la parábola) está llena de buenos y malos momentos; todo entra en la misma red pero, por mal que puedan parecer las cosas y creamos que todo está perdido, la red nunca se rompe a no ser que sea nuestra ceguera y falta de fe la que lo haga. Dios nos ayuda para que nunca se rompa, y en el momento oportuno nos da la salida mejor. Los que confiamos en Él, antes o después, nos vemos colmados en la plena confianza de que lo que sucede es siempre para bien. Todo en la vida sucede para nuestro desarrollo y crecimiento. Santo Tomás Moro lo

expresa de manera bellísima cuando dice: «Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor». ¿Cuántas veces no has leído y oído esto en los múltiples libros talleres y seminarios que has hecho en el campo de desarrollo personal y profesional, Tomás?

—Sí. Los grandes gurús afirman que todo en la vida sucede para mejor, sucede para aprender una lección que nos vendrá bien en el futuro.

—En el Evangelio de San Juan puedes leer: **«Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en Mí no lleva fruto, le cortará; y todo aquel que diere fruto, le podará para que dé más fruto»**. Aquí tienes la base evangélica de esta afirmación. Pero si quieres más contundencia, el mismo Jesucristo nos dejó dicho que **«¿dentro de vosotros [por todos nosotros] está el reino de Dios!»**. ¿Te haces una idea de lo que esto significa? Los auténticos creyentes no solo no son débiles; muy al contrario, son muy fuertes. San Pablo decía: «Cuando soy débil, es cuando soy fuerte».

» Como expresa de manera muy acertada Alan Loy McGinnis en su libro *Confianza. Cómo tener éxito siendo uno mismo*², «el tema de la fuerza personal es un punto importante» ya que algunos cristianos creen que ser humilde es estar constantemente diciendo al mundo entero que no somos nadie, siempre criticándonos a nosotros mismos delante de todo el mundo. Pero, como sigue explicando este psicoterapeuta esta «autodepreciación no

² Alan Loy McGinnis, *Confidence. How to succeed at being yourself*, Augsburg Fortress, Minneapolis, Estados Unidos, 1987

aparece por ningún lado en la Biblia». De hecho, esta forma de actuar es psicológicamente peligrosa, pues llega a convertirse en un malísimo hábito que, por la ley de la atracción, lleva a muchas personas a la espiral del fracaso.

» Por el contrario, como cristianos debemos tener una altísima autoestima. No soberbia y autocomplacencia. Autoestima por sabernos hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza y amados por Él. No por lo que hacemos o llegamos a tener, sino por el simple hecho de haber sido creados por su Amor.

–Esto no tiene nada que ver con los católicos que suelo conocer –afirmó Tomás con rotundidad–.

–Afirmar esto sobre nosotros mismos no es, como sigue diciendo este autor, «para hacernos orgullosos y arrogantes; muy al contrario, manteniendo todo en esta perspectiva la vanidad se hace absurda». La devoción a Dios es la mejor vacuna contra la soberbia. Gracias a Él tenemos un poder infinito.

»También nos afirmó personalmente: **«No andéis agobiados por la vida [...] Pues si la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe?»**

Tomás parecía desbordado, pero mantenía el estado de atención en el máximo nivel.

–¿Pero no cree que esto es una salida fácil y simplona, señor Herrador? Al final, usted me viene a decir lo mismo que los grandes gurús en el tema del tratamiento de las preocupaciones pero añadiéndole que el propio Jesucristo nos conminó a no estar preocupados porque Dios ayuda

desde el Cielo. Sinceramente, no siempre lo hace. ¿O me negará usted que se ven enormes tragedias?

—Es verdad que se ven a menudo tragedias, Tomás, y cierto es que no siempre sucede lo que nos gustaría o lo que le pedimos al Señor en nuestras oraciones. Pero si bien me gustaría dejar el tema de la oración para otra ocasión, sí quiero que entiendas el enorme valor y significado que, como creyente, tienen las palabras de Jesús.

»El profesor de Harvard, Armand M. Nicholi, autor del libro *La cuestión de Dios*, comenta que en varios artículos recientes de prestigiosas revistas médicas han investigado los efectos del enfoque de vida en pacientes con depresión. Se ha descubierto que los que tienen una cosmovisión espiritual responden más rápidamente al tratamiento para la depresión que los que tienen una cosmovisión secular. Incluso descubrieron que cuanto más fuerte era su compromiso con sus convicciones espirituales, más rápido respondían al tratamiento. Él mismo realizó un estudio sobre estudiantes que habían experimentado una «conversión religiosa», pasando del ateísmo a ser creyentes. Comprobó que aunque su experiencia espiritual no les libraba de alteraciones en el ánimo, hablaban de una «sensación de alegría» desconocida antes y una marcada disminución en el sentimiento de total desesperanza contra el que habían luchado previamente.

»San Pablo en su fabulosa carta a los Corintios, explicita de manera inmejorable las palabras de Jesús, dándonos la razón concretísima de por qué nunca nos

debemos sentir saturados por ningún problema u obstáculo en nuestra vida. ¿Quieres conocerla, Tomás?

Mi pregunta era más una invitación a que no se sintiera agredido y sí a que quisiera abrazar una verdad que a mí y a otros muchos nos ayuda siempre a vivir en un estado de paz interior sin igual.

Con un gesto me pidió la respuesta.

–«Ninguna prueba os ha caído encima que salga de lo ordinario: fiel es Dios, y no permitirá Él que la prueba supere vuestras fuerzas. No, para que sea posible resistir, con la prueba dará también la salida». Me callé y le dejé meditar el apabullante mensaje de San Pablo. Como tantas veces había comentado con Isabel, mi mujer, si somos creyentes de verdad, y coherentes con nuestra fe, no hay ningún problema o prueba que nos deba tumbar el ánimo. Con la confianza puesta en Dios, siempre sabemos que cualquier problema viene para ayudarnos a mejorar en algo y enseñarnos una lección valiosa para el futuro.

Tomás se quedó callado un buen rato con la vista perdida en el horizonte. Después me dijo:

–Napoleon Hill, quizá la persona que hizo un estudio más completo de un gran número de personas de tremendo éxito, y lo escribió en el gran clásico *Piense y hágase rico*, expresó eso mismo diciendo: «Todo problema trae consigo la semilla de un beneficio aún mayor». –Luego calló durante un momento para terminar–: ahora entiendo que su vehemencia al tratar este tema es fruto de su absoluta conciencia de ser hijo de Dios; eso le hace grande. Comprendo que muchos le agradezcan que crea

así y reivindique nuestra propia grandeza como seres humanos. Eso, sin duda, le hace noble.

Reconozco, incluso hoy, pasados muchos años de aquella conversación, que sus últimas palabras aquella tarde me produjeron un sentimiento de agradecimiento infinito a Dios.

Era la primera vez que Tomás abiertamente manifestaba un comentario positivo sobre la fe. Esa noche recé por Tomás. Le pedí al Señor que le iluminara en su camino de búsqueda de la auténtica felicidad y el éxito supremo. Quedaba todavía un ilusionante camino hasta desentrañar todas las claves de las 15 leyes restantes. Como era habitual, tenía entradas para un maravilloso concierto de piano, por lo que invité a mi joven amigo Tomás. Sería un buen momento para tratar el segundo bloque de leyes. Los dos pianos en el escenario me serían muy útiles para tratar las leyes que tienen que ver con el uso de nuestra mente.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

II. – LO QUE CREAS ES LO QUE ATRAES

*Cualquier cosa que me pidáis alegando
mi nombre, la haré.*

JUAN, 14, 14

*Lo curioso de la vida es que si le pides lo
mejor, esta, normalmente, te lo da.*

WILLIAM SOMERSET MAUGHAM

El concierto fue una auténtica delicia para los oídos y, por qué no decirlo, para el alma. Tomás lo disfrutó tanto o más que yo; era la primera vez que asistía a un concierto de música clásica. Nunca pensó que escuchar uno de estos conciertos en directo pudiera ser tan gratificante.

Al terminar nos fuimos a cenar. Tomás quiso invitarnos a Isabel y a mí.

Una vez sentados a la mesa, comenzamos nuestro recorrido por las leyes que tienen que ver con cómo nuestros pensamientos atraen a nuestra vida aquello que pensamos. Fue Isabel la que inició la conversación al

preguntar a Tomás por cómo iban nuestras reuniones. Después de un simpático ping-pong entre ella y Tomás, nos metimos en harina.

—¿Qué te parece si determinamos cuáles son las leyes del éxito que podríamos incluir en este bloque, Tomás?

—Me parece perfecto, señor Herrador: creo que la primera es sin duda la ley de la fuerza de las creencias, también llamada la ley de la convicción. Unida a ella iría la ley de las expectativas y, como fabulosa ayudante de estas, la ley de la atracción.

—Así es, Tomás. Esta ley es la que muchas personas malinterpretan como buena suerte.

—Y a estas leyes hemos de añadir dos que me parecen extraordinarias para romper múltiples paradigmas y erróneas creencias que muchos tienen acerca del alcance de lo que realmente podemos llegar a conseguir. Me refiero a las leyes de la globalización y de la abundancia. Estoy deseando adentrarme en todas ellas, señor Herrador. Le reconozco que me causa tremenda expectación ver cómo me vende los Evangelios en este bloque. —La sonrisa y el tono de Tomás seguían siendo un poco sarcásticos, si bien no tan ácidos como en otras ocasiones—.

Isabel empezaba a entender mi admiración por Tomás. Con él no había que discutir la existencia de estas leyes y cuáles son. No solo las sabía, sino que su vida era una práctica continuada de las mismas. Lo único que hacía falta era cimentarlas con la mejor base cristiana y todo lo demás caería por su propio peso.

—Empecemos entonces —dije yo mirando de reojo a Isabel en un gesto de cariñosa complicidad—.

Ley de la fuerza de las creencias

Aquello en lo que crea firmemente se producirá en su vida.

–La ley de la fuerza de las creencias podríamos enunciarla como «Aquello en lo que crea firmemente se producirá en tu vida» –citó Tomás con absoluta seguridad en su voz–.

–«Si lo creemos, así lo experimentaremos» –dije yo acto seguido– ¿De quién dirías que es esta frase, Tomás?

–Podría ser de Napoleon Hill, de Og Mandino, de Henry Ford, de..., cualquier autor de los grandes –terminó diciendo Tomás con cierta resignación por ser, verdaderamente, tantos los autores que nos afirman esto mismo–

–Si te digo que es de un Jacques Philippe, ¿te suena?

–No, para qué le voy a engañar, suena a francés y no estoy muy puesto en autores franceses de autoayuda y superación.

–Es el autor de libros tan enriquecedores como *La libertad interior*.

–Muy buen título –comentó Tomás rápidamente–.

–¿No es ese el libro del sacerdote francés que te sugirió el profesor de uno de los niños? –me preguntó Isabel sorprendida al oír el título, pues a ella le había gustado muchísimo–.

–Así es, Isabel. El mismo.

–¿Un sacerdote? –preguntó Tomás con enorme sorpresa–. Aunque bien pensado ya debería estar curado de este tipo de sorpresas con usted –terminó diciendo Tomás–.

–Muchos libros de espiritualidad ofrecen un camino y un «método», mucho más acertados para el desarrollo personal y profesional que más de uno de los libros que están tan de moda en las librerías y centros comerciales. Pero claro, estos «no venden tanto». Si hay leyes en las que los Evangelios dejan muestra más que poderosa de su evidencia, esta es una de ellas. Jesucristo, entre otras muchas grandes perlas de sabiduría, dejó dicho: **«Si tuvierais una fe como un grano de mostaza, le diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería»**.

–Siempre entendí estas frases como una imagen literaria, no como un mandato literal –comentó Tomás con sorpresa por oírme usar esta evidencia para apoyar esta primera ley–.

–Pues no, Tomás, también nos dijo: **«Según vuestra fe, así os suceda»**. Recuerdo el acontecimiento de la higuera: acercándose Jesús para comer su fruto y viéndola sin higos, la conminó a secarse y en la siguiente ocasión que pasaron por allí, constatan los evangelistas que la vieron seca, tal y como Jesús había ordenado. ¿Te parece también esto una liberalidad literaria? ¿Cuántos grandes autores y oradores no han dicho esto mismo de formas más o menos distintas?

–Napoleón Hill dijo: «cualquier cosa que la mente humana pueda concebir y creer, lo puede conseguir».

William James afirmó que la mayor revolución de su generación era el descubrimiento de que las personas podemos cambiar nuestra vida exterior con sólo cambiar nuestra actitud mental –se calló por un momento y terminó diciendo–: sí, son multitud los autores que expresan esta misma idea. Si esta gran verdad tiene una base tan sólida como es la propia palabra de Jesús, ¿por qué entonces hay tantos creyentes tan mediocres? Y perdone nuevamente mi pregunta tan directa

Isabel se sonrió y con la mirada me pidió hablar ella, pero antes puntualizarle algo.

–Permíteme, Isabel, que le comente un tema y ahora mismo te cedo la palabra –dije dirigiéndome a mi mujer, para acto seguido volver mi mirada a Tomás–. La sabia conclusión de William James ya la afirmó unos cuantos años antes Santo Tomás de Aquino en su *Summa Teológica* al hablar de las virtudes, planteando que las virtudes nos potencian, nos moldean y dan una forma particular a nuestras vidas. Así, el hábito modifica el ser. Este santo nos confirmó la esperanza de que siempre podemos cambiar: podemos crecer de forma sana y feliz siempre que nosotros optemos por adoptar buenos hábitos en lugar de hábitos destructivos. –Dicho esto, miré a mi esposa, no sin antes cerciorarme de que Tomás había captado el mensaje–.

–Creo que muchos que nos decimos creyentes sólo vamos a misa. –Tomás pareció desorientado con la respuesta, por lo que Isabel continuó–. Muchos creyentes ni siquiera nos hemos leído los Evangelios. Ni qué decir

tiene que aún menos hemos meditado sobre ellos y su mensaje.

–Llevo observando durante mucho tiempo ya –intervine yo para concluir con esta ley–, que una gran mayoría de personas, creyentes y no creyentes, tienen ideas, creencias y paradigmas tremendamente limitantes, sobre ellos mismos, sobre el mundo y sobre sus posibilidades en él. Estas creencias tan limitantes son las que, al final, no sólo se convierten en el primer y gran obstáculo para conseguir nada sino que, por la ley de la atracción, consiguen atraer hacia sí aquello que creen.

–«En esta vida no obtienes lo que quieres sino aquello en lo que te centras». –A Tomás se le veía disfrutando con su apabullante conocimiento de este tema–.

–Bueno pero no adelantemos acontecimientos con la ley de la atracción, pues antes hemos de tratar la ley de las expectativas.

Ley de las expectativas

Todo lo que esperes con certeza e intensidad se convertirá en una profecía que se cumple.

–Todo lo que esperas con certeza e intensidad se convertirá en una profecía que termina por cumplirse. Lo que, en el campo de la expectativa personal se estudia con el nombre de «efecto Galatea»: lo que crees sobre ti mismo es el determinante de tu logro –expuso con notable brillantez, una vez más, Tomás–.

–Al final, si nos damos cuenta, esta ley está estrechamente unida a la anterior. Pero con un matiz especial y muy esperanzador, pues nos indica que según sean nuestras expectativas, así nos pasará. Jesús lo expresó con contundencia diciendo: **«Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama le abren»**. Según esperes, así sucederá. Bien sabes lo que sucede cuando sólo esperas lo mejor.

–Sí, lo dijo el famoso escritor Sommerset Maugham: la vida acaba dándotelo –sentenció Tomás–.

–Los creyentes de verdad tienen siempre expectativas positivas sobre cualquier acontecimiento que pasa en la vida. Saben que, antes o después, será para su beneficio.

–Doña Isabel, ¿me permite una pregunta muy personal? –pidió Tomás con exquisita educación trasladando su atención de mis palabras a Isabel–.

–Por supuesto, Tomás.

–Su marido me está haciendo ver de dónde nacen sus apabullantes logros, al orientar todo lo escrito sobre el éxito hacia lo dicho y vivido por Jesús. ¿Usted también es creyente?

–Sí, Tomás, lo soy. Los dos tenemos, si me lo permites –dijo mirándome con un gesto cariñoso, muy suyo–, mucho que pulir en nuestra práctica de las grandes verdades del Evangelio. Pero sí, puedo asegurarte que su determinación, que otros llaman obstinación, nace de su fe.

–Se lo pregunto porque todos los grandes autores en el campo del desarrollo personal explican que la más

importante fuente de generación de expectativas positivas o negativas son, precisamente, los padres, el cónyuge y luego, los profesores, jefes, empleados, compañeros y, en definitiva, la gente que nos rodea. Me imagino que, siendo usted creyente también, será mucho más fácil educar a sus hijos en este principio de esperar siempre lo mejor, ¿no?

Isabel rió con ganas.

—¡Esa es la teoría! La realidad es que, como mujer que soy, tengo una tendencia natural a preocuparme demasiado. Te reconozco que en este campo todavía tengo mucho que mejorar. Pero contestando a tu pregunta, hacemos todo lo posible por educar a nuestros hijos en este principio de esperar siempre algo bueno de cualquier acontecimiento. Incluso olvidándonos de la fe por un momento, como médico que soy, también te lo diría por un principio médico muy simple: quien se da un golpe estando tenso, se produce mucho más daño que el que se lo da con el músculo distendido; así que es mejor estar más relajado y esperar lo mejor.

—Sin embargo muchas personas opinan que andar por la vida esperando siempre lo mejor es de ilusos —expuso Tomás para inmediatamente advertir—: y no soy yo precisamente de los que opinan así.

—Justo por pensar de esta forma están haciendo funcionar la ley de la atracción para su perjuicio —intervine yo—.

Ley de la atracción

Somos imanes vivientes, atraemos a las personas y circunstancias que están en armonía con nuestros propios pensamientos y creencias.

–Según esta ley –explicó nuevamente Tomás mirando a Isabel– el ser humano es como un imán que atrae hacia sí las personas y las circunstancias que están de acuerdo a nuestros pensamientos y creencias.

–Eso es precisamente lo que les pasa a dos pianos de cola cuando están ubicados a la distancia precisa. Como los pianos que hemos tenido la ocasión de disfrutar esta noche. Por el principio de resonancia, al pulsar una tecla en uno, el otro producirá exactamente el mismo sonido, debido a la vibración que se transmite de uno a otro –explicó Isabel sorprendida de estar hablando mucho más de lo que ella misma me había indicado antes de venir–.

–A los seres humanos nos pasa igual: cuanto más carga emocional ponemos, más vibración transmitimos y mayor rapidez en atraer hacia nosotros las circunstancias y las personas que nos ayudarán a conseguir lo que queremos –volvió a tomar la palabra Tomás, gratamente admirado del ejemplo que había usado Isabel–. Se conoce con el nombre de «serendipidad».

–¿Seren...qué? –le preguntó extrañada Isabel–.

–«Serendipidad». Esta extraña palabreja la usó por primera vez Horace Walpole en 1754 y fue Robert Kina Merton el que la consagró en 1945 para designar el

descubrimiento, por casualidad o por sagacidad, de resultados válidos que no se buscaban.

–Mi marido me había hablado mucho de tus enormes conocimientos en estos temas. ¡Voy a tener que decir que se quedó corto!

–No, señora, no se crea. Es que hace muy poco estuve releendo un magnífico compendio de todo lo escrito sobre el tema de establecimiento de metas en el libro *Metas* de Brian Tracy y lo explicaba muy bien. Y como tengo buena memoria...

–Si te acuerdas, en ese mismo libro el autor hablaba de otro fenómeno que actúa en esta ley.

–Así es, el fenómeno del sincronismo. Como complemento de la ley de la causa y el efecto, que establece que todo sucede por una causa específica y, así, se puede encontrar una causa para todo efecto, el fenómeno del sincronismo nos advierte que «la única relación entre dos acontecimientos simultáneos es el sentido que le demos, basándonos en las metas que tengamos en diferentes campos de nuestra vida».

–Buena memoria, sí señor, buena memoria –dije con sincera admiración– Está ley está también perfectamente detallada en los Evangelios: no sólo en la misma frase que comentamos antes para la ley de la fuerza de las creencias sino que Jesús nos da la clave para atraer hacia uno aquello que quiere que le pase.

Recuerdo que la cara de Tomás en este punto fue todo un gigante signo de interrogación.

–«**Todo lo que queríais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos**».

Como parecía no terminar de creérselo, le invité a que cuando llegara a casa cogiera el Evangelio según San Mateo en su capítulo 7, versículo 12.

Tomás quedó callado por un momento para luego comentar:

–Lo que acaba de decir es claro y contundente, pero ¿qué me dice para los casos contrarios, es más, para lo que le pasa a una gran mayoría de gente que no tiene objetivos concretos y que están todo el día preocupándose y con muchos miedos?

–En el libro de Job, dentro del Antiguo Testamento, por ejemplo, encontramos una joya en este sentido, si bien a ese tipo de personas, no les gustará oírlo: «Porque si de algo tengo miedo, me acaece y me sucede lo que temo».

–¡A muchos eso no les gustará oírlo! Es más fácil pensar que uno tiene mala suerte. –Tomás tomó aire de forma teatral para luego confirmar que podíamos continuar con las restantes leyes–.

–¿Qué me dice de la ley de la globalización? Para mí esta ley es de vital importancia. ¿Dónde queda ésta probada en las Escrituras? –preguntó con sincero interés–.

Ley de la globalización

Una cosa atrae a la otra, las circunstancias se atraen. Todo el universo conspira para ayudarle a lograr el objetivo que te marques.

–Si te parece, enunciemos primero la ley; así, además, Isabel puede aportar sus propias ideas. –Dije esto porque Isabel se había quedado un tanto sorprendida con el nombre de esta ley–.

–Creo que el que mejor y más brevemente la ha explicado ha sido el famosísimo autor Paulo Coelho. Para mí tiene una forma preciosa de explicar esta ley: él dice que cuando un hombre se enfoca en conseguir algo, todo el universo se confabula para ayudarlo a conseguirlo.

–En los Evangelios son innumerables las ocasiones en que multitud de personas se agolpaban para escuchar a Jesús y pedirle que les sanara. Cada acción que hacía en su camino de desarrollo hasta alcanzar su meta le atraía más momentos para continuar con su labor salvífica y de ayuda al necesitado. Por si esto fuera poco, el mismo Jesús, según San Mateo nos dejó dicho: **«¿Cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos, dará cosas buenas a quienes las pidan?»** Nos advertía así que, si perseguimos algo que es justo, Él hará que las circunstancias se den de forma que podamos llevar a buen puerto nuestro navegar por la vida.

–Ahora soy yo la que te pregunto a ti, Tomás. Obviamente si me lo permites. –Esta vez fue Isabel la que intervino–.

–Faltaría más.

–¿Realmente tú crees que no existe la suerte?

–Rotundamente le digo, y aquí creo que su marido estará conmigo al ciento por ciento –dijo mirándome y sonriendo– que la suerte no interviene en el camino de éxito. Hay, de hecho, un magnífico librito, por su tamaño

que no por su genial contenido, que explica muy bien esto de la suerte. Está escrito por dos españoles: Fernando Trias de Bes y Alex Rovira. En su libro *La buena suerte*, explican que no existe la llamada buena suerte, sino que esta hay que trabajársela. Son estas leyes, y claramente la ley de la atracción, la que ayuda a conseguir muchas cosas que los mediocres tachan de suerte.

Solo nos quedaba la última ley de este bloque.

Ley de la abundancia

Hay suficiente para todos. No existe la escasez en esta vida.

–Esta ley nos indica que hay suficiente para todos. Dicho de otra manera: no hay tal cosa como la escasez en esta vida. En contra de lo que nos quieren hacer creer un montón de aprovechados agoreros de la catástrofe. –El tono de Tomás sonaba molesto–.

–Así es –intervine yo en esta ocasión– los pronósticos catastrofistas han sido, como tan bien explica y desarrolla Alfonso Aguiló en *¿Es razonable ser creyente?*, «moneda corriente durante los últimos treinta o cuarenta años».

–Yo diría que durante los últimos veinte siglos, ¡por lo menos! –observó Tomás–.

–Aunque ninguno de ellos se ha hecho realidad, sobre todo en el campo del aumento demográfico. Aquí las terribles predicciones se han probado una y otra vez erradas de pleno. Hoy día somos ya más de seis mil

millones de habitantes en la Tierra, con una estimación de vida más alta que nunca en la historia, y sin embargo los costes de los recursos naturales han ido siempre disminuyendo a largo plazo; los productos elaborados son cada vez más baratos; el incremento de productividad por superficie agraria ha crecido hasta límites insospechados o directamente tenidos por imposibles pocos años atrás; los recursos naturales no sólo no escasean sino que son cada día más accesibles y sus precios han bajado constantemente a lo largo de la historia.

–Pues es curioso entonces que el único recurso que se está mermando tremendamente es el ser humano – intervino Isabel dejando en el plato el tenedor con el bocado que iba a llevarse a la boca en ese momento–.

–Sí, es ciertamente penoso pero es bien real. De hecho, como sigue explicando este autor, «los expertos concuerdan en que las grandes hambrunas han sido, casi sin excepción, consecuencia de conflictos civiles y de desórdenes políticos y económicos». Frente a esto, Jesús nos invita: **«Dad y os darán: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante. La medida que uséis la usarán con vosotros»**. No es de extrañar que haya tanta idea de escasez cuando hay tanto egoísmo. Si no estamos dispuestos a dar, evidentemente, no podemos recibir.

»Jesús tenía tan claro que hay abundancia de todo que les conminaba a sus apóstoles diciendo: **«No os procuréis oro, plata ni calderilla para llevarlo en la faja; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón»**, para acabar diciendo **«que el**

bracero merece su sustento». Permite incluso que se derroche un caro bote de perfume cuando Magdalena le vierte su contenido en sus pies, haciéndonos ver que cuando el fin es bueno y desinteresado no hay problema, pues siempre habrá más. Con Jesús no se puede escatimar, hay que darlo todo, y a cambio Él nos da toda la felicidad del mundo.

–Para mí, si me lo permitís –dijo Isabel– donde más claramente veo este principio en los Evangelios es en el milagro de los panes y los peces. Con sólo dos panes y cinco peces hubo para dar de comer a más de cinco mil personas.

–Perdone, pero no lo entiendo –requirió Tomás–.

–Yo siempre lo he interpretado como que Jesús nos quiere hacer ver que en esta vida hay mucho más de lo que a simple vista nosotros percibimos. Por estas leyes de las que estáis hablando, cuando estamos dispuestos a poner todo lo que tenemos, aunque sea poco, como era este caso, el Señor ayuda para conseguir terminar la acción siempre que el objetivo sea bueno.

Recuerdo que Tomás se quedó sorprendido. Vio en ella una fe genuina y tremendamente pegada a la tierra, sin estridencias ni ñoñerías.

–Si te das cuenta, Tomás, las personas de éxito siempre dicen que cualquiera puede alcanzar lo que ellos han alcanzado, si lo quiere de verdad. Tienen muy claro que hay para todos, aunque no todos están dispuestos a pagar el precio para conseguir lo que dicen querer.

–Usted, sin duda, tiene todo el derecho a decir eso, pues si hay alguien que ha conseguido mucho, ese es usted –me

respondió Tomás con genuino aprecio—. Algo que me impresionó al leer la autobiografía de John Paul Getty, el hombre más rico cuando murió, fue que comentaba que si toda la riqueza se repartiera equitativamente entre todos los seres humanos del planeta, en cinco años estaría en las mismas manos. Incluso el cantante Bono dijo en una entrevista, y quiero citarlo literalmente, pues me sorprendió gratamente su afirmación: «Soy una estrella podrida de dinero, pero repartirlo no solucionaría nada». Eso es ser claro y no usar falsas demagogias.

—Tengo claro que no hay escasez, sino abundancia por todos lados, el problema es qué nos proponemos en la vida. Jesús lo resumió muy bien cuando nos advirtió que **«de la abundancia del corazón, hablará la boca»**. Tengo para mí que los que tanto alardean de escasez es porque ellos mismos son bastante poco generosos.

El poder de la oración

La cena llegaba a su fin y Tomás pidió la cuenta. Cuando cogió su cartera para sacar la tarjeta de crédito, hizo un gesto como si de pronto recordara algo y me demandó:

—Señor Herrador, ¿me permite una observación y una pregunta muy personal? Estoy ahora abriendo mi cartera y me he acordado de algo que me llamó poderosamente la atención en la segunda ocasión que nos vimos.

—Tú dirás, Tomás —respondí—.

–Cuando sacó su cartera para coger un papel donde apuntar algo, no pude por menos que fijarme que llevaba una estampa de la Virgen María.

–Sí, tengo una enorme devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra.

–Pero si tiene fe, ¿no será más rápido dirigirse a Dios directamente que no a través de intermediarios, como la Virgen o los santos?

–¿Te acuerdas de lo que te pedí que leyeras de las Bodas de Caná en el Evangelio?

–Sí, que Jesús, estando invitado en una boda, a instancia de su madre convirtió agua en vino al acabarse este y fue el mejor de toda la celebración.

–Si me permites, me gustaría explicárselo a mi manera –me pidió Isabel cogiendo mi antebrazo con su mano–. No fue un milagro cualquiera, Tomás. Fue el primer milagro de Jesús entre nosotros y, como bien has recordado, a petición de su madre. Nuestra madre, pues así nos lo dejó dicho por mediación de San Juan estando para morir en la cruz: «**Mujer, ese es tu hijo**». Y a San Juan le dijo: «**Esa es tu madre**». Cuando pedimos algo a Dios por mediación de nuestra Madre, estamos aprovechándonos de lo que ya en vida nos demostró. Jesús es incapaz de no hacer algo que le pide su madre, si es en beneficio de uno de sus hijos. Tú quieres a tu madre, ¿verdad Tomás?

–Creo que no exagero si le digo que con toda mi alma –afirmó Tomás categórico.

–Estarías entonces dispuesto a hacer cualquier cosa que ella te pidiera, ¿no?

–Creo que sí.

–Pues imagínate Jesucristo. María en esa ocasión nos demostró la eficiencia de su oración. Es oración de madre, y eso significa autoridad: como Jesús ama profundamente a su madre, no puede dejar de atender su petición. Si me permites una sugerencia, cuando reces, hazlo apoyándote en María y así estarás asegurándote que tus peticiones lleguen sin error a Dios.

–Jesús nos dijo que **«cualquier cosa que pidáis en vuestra oración, creed que os la han concedido, y la obtendréis»** –tercié yo encantado con la argumentación de Isabel–.

–Recuerdo que Napoleon Hill escribe que «si usted reza por algo, pero mientras lo hace experimenta temor de no recibirlo, o teme que la oración no actúe sobre la Inteligencia Infinita, esa plegaria habrá sido en vano» –añadió Tomás–.

–La oración –le dije yo– es tan importante que hay hasta diecisiete menciones a ella en los Evangelios. Jesucristo nos enseñó cómo se retiraba a orar antes de cualquier evento importante en su vida. Por ponerte solo unos ejemplos: antes de iniciar su labor evangelizadora estuvo cuarenta días en el desierto orando; a lo largo de su vida y de su trabajo normal, los evangelistas indican que se iba al monte a orar; antes de elegir a los doce apóstoles también rezó; y evidentemente, antes de su pasión y muerte, estuvo rezando toda la noche hasta que lo prendieron.

–Pero si esto es así, ¿por qué cuando la gente reza, no siempre obtienen lo que pide? ¿Es porque la gente nunca

pide con fe absoluta? –preguntó Tomás genuinamente interesado–.

–Está claro que –en esta ocasión fue Isabel la que contestó– muchas veces nos sucede lo que, si me permites, explica muy bien una leyenda noruega que me enviaron hace tiempo a mi correo. Me gustó tanto que me hice una copia en una tarjeta y la llevo siempre conmigo. Me ayuda releerla en esos momentos en los que parece que Dios no nos escucha.

Tomás sonrió e Isabel sacó de su cartera una tarjeta plastificada que, por ambas caras, contenía esta historia:

Cuenta una antigua Leyenda Noruega, la historia de un hombre llamado Haakon, quien cuidaba una ermita. A ella acudía la gente a orar con mucha devoción.

En esta ermita había una cruz muy antigua. Muchos acudían ahí para pedirle a Cristo algún milagro. Un día el ermitaño Haakon quiso pedirle un favor. Lo impulsaba un sentimiento generoso. Se arrodilló ante la cruz y dijo:

–Señor, quiero padecer por ti. Déjame ocupar tu puesto. Quiero reemplazarte en la cruz.

Y se quedó fijo con la mirada puesta en la figura, como esperando la respuesta.

El Señor abrió sus labios y habló. Sus palabras cayeron de lo alto, susurrantes y amonestadoras:

–Siervo mío, accedo a tu deseo, pero ha de ser con una condición.

–¿Cual, Señor? –preguntó con acento suplicante Haakon. ¿Es una condición difícil? ¡Estoy dispuesto a cumplirla con tu ayuda, Señor!,

–Escucha, suceda lo que suceda y veas lo que veas, has de guardar silencio siempre.

–¡Os, lo prometo, Señor!

Y se efectuó el cambio. Nadie advirtió el trueque. Nadie reconoció al ermitaño, colgado con los clavos en la cruz. El Señor ocupaba el puesto de Haakon. Y este por largo tiempo cumplió el compromiso. A nadie dijo nada.

Pero un día llegó un rico que, después de haber orado, dejó allí olvidada su cartera. Haakon lo vio y calló. Tampoco dijo nada cuando un pobre, que vino dos horas después, se apropió de la cartera del rico. Ni tampoco dijo nada cuando un muchacho se postró ante él poco después para pedirle su gracia antes de emprender un largo viaje. En ese momento volvió a entrar el rico en busca de la bolsa. Al no hallarla, pensó que el muchacho se la había apropiado. El rico se volvió al joven y le dijo iracundo:

–¡Dame la bolsa que me has robado!

El joven sorprendido, replicó:

–¡No he robado ninguna bolsa!

–¡No mientas, devuélvemela enseguida!

–¡Le repito que no he cogido ninguna bolsa! –afirmó el muchacho.

El rico arremetió, furioso contra él.

Sonó entonces una voz fuerte:

–¡Detente!

El rico miró hacia arriba y vio que la imagen le hablaba. Haakon, que no pudo permanecer en silencio, gritó, defendió al joven, increpó al rico por la falsa acusación. Este quedó anonadado, y salió de la ermita. El

joven salió también porque tenía prisa para emprender su viaje.

Cuando la ermita quedó a solas, Cristo se dirigió a su siervo y le dijo:

–Baja de la Cruz. No sirves para ocupar mi puesto. No has sabido guardar silencio.

–Señor, –dijo Haakon– ¿cómo iba a permitir esa injusticia?

Se cambiaron los lugares. Jesús ocupó la Cruz de nuevo y el ermitaño se quedó ante la Cruz. El Señor, siguió hablando:

–Tú no sabías que al rico le convenía perder la bolsa, pues llevaba en ella el precio de la virginidad de una joven mujer. El pobre, por el contrario, tenía necesidad de ese dinero e hizo bien en llevárselo; en cuanto al muchacho que iba a ser golpeado, sus heridas le hubiesen impedido realizar el viaje que para él resultaría fatal. Hace unos minutos acaba de zozobrar el barco y él ha perdido la vida. Tú no sabías nada. Yo sí. Por eso callo.

Y el Señor nuevamente guardó silencio.

Muchas veces nos preguntamos ¿por qué razón Dios no nos contesta...? ¿Por qué razón se queda callado Dios? Muchos de nosotros quisiéramos que Él nos respondiera lo que deseamos oír pero..., Dios no es así. Dios nos responde aún con el silencio. Debemos aprender a escucharlo. Su Divino Silencio, son palabras destinadas a convencernos de que, Él sabe lo que está haciendo. En su silencio nos dice con amor: **¡CONFIAD EN MÍ, QUE SÉ BIEN LO QUE DEBO HACER!**

Tomás la leyó en profundo silencio. Isabel le miraba con el cariño que bien conocía yo. Cuando terminó de leer miró a Isabel y luego a mí. Hubiera jurado que estaba conteniendo sus lágrimas. Entonces nos dijo:

–Mis padres son creyentes, yo estoy bautizado e hice la primera comunión y me confirmé. Luego, para qué engañarnos, dejé de creer. Yo veía que mis padres y otras personas a mi alrededor rezaban mucho y me cuestionaba para qué, si realmente no parecía que Dios les hiciera mucho caso. Un día mi hermano mayor tuvo un accidente de moto. Quedó tetraplégico y, después de una lucha titánica y mucho rezar por parte de todos, una complicación se lo llevó –Tomás nos hablaba mirando a todos lados pero evitando el contacto visual. Creo que por temor a no poder aguantar y llorar delante de nosotros. Y continuó hablando–. No les puedo negar que yo recé como el que más. Recuerdo que iba cada día a la capilla del instituto donde estudiaba y a solas, le pedía a Dios que se curara. –Una lágrima cayó por su mejilla derecha y compelido como por un resorte automático se la quitó con la mano, respiró hondo y mirando al techo continuó– Pero Él no me escuchó. Desde entonces, y hablando en plata, he pasado de todo esto. Nunca he llegado a entender cómo, si existe Dios, permite tanta injusticia. Y ahora usted me hace ver algo que hasta ahora nunca entendí así.

–Querido Tomás, –el sentido maternal de Isabel le hizo tomar la palabra sin esperar comentario alguno por mi parte– Dios es tremendamente empático. Yo diría que es «el gran empático». Sólo nos da aquello que necesitamos, no lo que queremos. Por esta razón debemos entender la

oración desde una perspectiva que Jesús tan bien nos enseñó cuando, estando en el Huerto de los Olivos y sabiendo lo que le venía encima, le dijo a Dios **«no se haga mi voluntad, sino la tuya»**, en la confianza plena y ciega de que lo que sea, es lo mejor para nosotros. Esta confianza es la que hace a los creyentes muy fuertes. Saber que todo, pase lo que pase, es para bien nuestro, aunque no lo entendamos en un primer momento, nos debe dar un gran alivio y enorme poder. Ten muy claro, querido Tomás –continuó diciéndole mi mujer–, que Dios siempre saca un bien de todo mal. Recuerda que Él dijo **«El bien prevalecerá»**.

»Si me permites una sugerencia, cuando reces, hazlo pidiéndole querer lo que Él quiera de ti y no, como hacemos la inmensa mayoría, pidiéndole que pase lo que nosotros queremos. Cuando el hombre pone su plena confianza en Jesús, este, a la larga, nunca le defrauda. Aunque en un primer momento, como le pasó al bueno de Haakon en la historia que has leído, no logremos entender nada. Recuerda a San Pablo, «Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios»

Tomás estaba como aturdido, sus lágrimas de tristeza se habían tornado en lágrimas de esperanza. Como el naufrago que necesita agarrarse al último bote nos preguntó a ambos:

–Está claro que ustedes creen. No tengo la menor duda. Pero, ¿no creen que esta actitud es muy rara hoy día? Al menos a mí me parece extraño en un gran empresario como usted.

–Te sorprenderías de la cantidad de creyentes que hay en el mundo en el que te mueves. No soy tan bicho raro. Me imagino que habrás leído algo sobre Conrad Hilton.

–Le he de reconocer que no mucho.

–Este extraordinario empresario creó la imponente cadena de hoteles Hilton, hoy día presente en casi todo el mundo. Católico practicante, ponía gran parte de la responsabilidad de su éxito en el poder de la oración. Él rezaba e iba a misa cada día. Y hay una anécdota muy buena sobre ese punto que relatan Charles A. Poissant y Christian Godofroy en su estupendo libro *Los hombres más ricos del mundo*.

–No conozco ese libro –reconoció Tomás–.

–Pues te lo recomiendo fervientemente. Se le quitan a uno muchas excusas para luchar y alcanzar nuestros sueños –Tomás escuchaba atento–. Conrad Hilton y su equipo, después de agotadores meses de trabajo y negociaciones, por fin consiguieron comprar el Waldorf Astoria de Nueva York.

–Lo conozco. Un hotel espléndido –dijo Tomás con toda naturalidad–.

–Hilton se ocupaba personalmente de despertar a todo su equipo cada mañana a las seis de la mañana para ir a la Catedral de San Patricio en pleno corazón de Manhattan a rezar durante media hora. Todos lo hacían, incluso los no católicos. Señalan que un colaborador comentaba que cuando Conrad Hilton reza para obtener algo, lo obtiene. ¡Tal vez porque no olvida nunca agradecer tan calurosamente como pidió!».

Tomás escuchaba en silencio y con atención.

–Pero lo mejor –proseguí– fue que, al terminar la negociación, ¡Hilton volvió a despertar a su equipo al día siguiente a la misma hora! y cuando, reunidos en el hall del hotel algunos protestaron, Hilton les respondió: «Uno no puede rogar por obtener algo que desea y después olvidar decir gracias cuando lo obtiene, ¡Vamos!».

En *Orígenes* puedes encontrar esta fabulosa sentencia: «Al que pide cosas espirituales, las materiales le vienen dadas por añadidura, porque son como la sombra que va siguiendo a los objetos».

Tomás parecía muy sorprendido. Por un tiempo se quedó mirando al infinito y, después de lo que pareció un reajuste en su mente, mirándome atentamente preguntó:

–¿Por qué se toma usted tanto esfuerzo y tiempo de dedicación conmigo, señor Herrador? Al fin y al cabo, usted lo tiene todo. –Tomás parecía genuinamente conmovido–. ¿Por qué está dispuesto a invertir tanto tiempo? En definitiva, ¿por qué creen?

Isabel me miró y me dejó responder, ya que me había mencionado directamente. Confieso que la respuesta me salió sin pensar.

–Empezando por el final, ¿por qué creemos? ¿Por qué no? Es mucho más lógico y razonable creer que Dios existe que lo contrario. Es mucho más fácil demostrar que existe que lo contrario. –Mientras le decía estas palabras vino a mi mente una frase del gran Pascal y la repetí en voz alta– «Prefiero equivocarme creyendo en un Dios que no existe, que equivocarme no creyendo en un Dios que existe. Porque si después no hay nada, evidentemente nunca lo sabré, cuando me hunda en la nada eterna; pero si

hay algo, si hay Alguien, tendré que dar cuenta de mi actitud de rechazo». En todo caso, como creo que ya te dije en una ocasión, la fe es un regalo, un maravilloso regalo que Dios nos dona gratuitamente. Si bien, como libres que somos, Él no nos lo da si no lo pedimos.

—¿Y cómo salvar el primer obstáculo? Para alguien que no cree en Dios es muy difícil ponerse a pedirle a alguien en quién no cree. En otras palabras, ¿cómo rezar si no tengo fe?

—Mirémoslo desde una perspectiva de puro pragmatismo en un inicio. Acuérdate de lo que te acabo de comentar que decía Pascal. Creer en Dios no te va a hacer daño, lo contrario sí puede. Así, San Siloán nos da un consejo muy simple para el que duda y no cree. Aconseja rezar así: «Señor Dios, si existes, ¡ilumíname!». Y nos sigue diciendo: «Solamente por este humilde deseo y por la prontitud en su servicio, el Señor lo iluminará y sentirá en su alma la presencia de Dios. Su alma sabrá que Dios lo ha perdonado y que lo ama. El que se mantiene fiel a la oración será iluminado por el Señor».

Tomás escuchaba con profunda atención.

—Pero si uno no sabe rezar, después de haber hecho esa exclamación, ¿cómo sigue?

Esta vez fue mi mujer la que respondió.

—Santo Tomás de Aquino decía que «orando a Dios, no hace falta inquietarnos para manifestar nuestros deseos y necesidades, ya que Dios los conoce todos». De hecho en los Evangelios podemos leer **«Ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis...»**.

–En todo caso –comenté yo– para que tengas más certeza del fantástico premio que nos puede deparar el trato continuo con Dios a través de la oración, podemos servirnos de alguien que hizo de ese trato continuo e intenso con Él un hábito de vida. Me refiero a Santa Teresa de Jesús.

–¡Pero ella era Santa! –exclamó Tomás–.

–De la misma manera que un profesional que quiera crecer usa a otros extraordinarios profesionales como modelo para aprender...

–En esto se basa la Programación neurolingüística – señaló Tomás–.

–Pues entonces lo entenderás muy fácilmente. Al igual que la PNL se basa en el modelaje para crear hábitos de éxito, los cristianos tenemos en los santos clarísimos modelos de conducta para alcanzar el premio eterno. Y el modelo perfecto en Jesús.

El gesto de Tomás cambió inmediatamente como dando a entender que aceptaba el símil.

–Santa Teresa de Jesús, en su obra *Las misericordias de Dios*, que es su autobiografía, nos advierte: «No puedo decir lo que se siente cuando el Señor te da a entender secretos y grandezas tuyas ni el deleite tan por encima de cuantos acá se pueden entender, que bien con razón hace aborrecer los deleites de la vida, que son basura todos juntos». Teniendo esta certeza sobre el futuro que nos espera, se hace mucho más simple trabajar» día a día. El compromiso se hace más fácil.

Quedaba una última pregunta de Tomás por contestar, después de dejarle digerir lo que acababa de escuchar, le contesté:

–Respecto a por qué invierto tanto tiempo contigo en demostrarte cómo el Evangelio contiene todas las leyes del éxito, la respuesta nos la da, como de costumbre Jesús mismo cuando dice: **«Por todo el que se pronuncie por mí ante los hombres, me pronunciaré también yo ante mi Padre del cielo»**. Digamos que, al invertir en ti, invierto en mi salvación.

Cuando salimos a la calle, Tomás se despidió de nosotros dándonos un firme abrazo a Isabel y a mí. En su cara se adivinaba que esa cena le había alimentado más su espíritu que su estómago. Isabel y yo nos fuimos a casa en silencio. Creo que ambos íbamos dándole vueltas a lo mismo. Si bien yo, he de reconocer, me sentía lleno de orgullo por mi mujer. Una vez más, como tantas en mi vida junto a ella, agradecí a Dios el habérmela dado como esposa.

Habíamos quedado en un mes para vernos, una vez Tomás volviera de varios compromisos que tenía. Yo también tenía distintos temas que me mantendrían atareado durante ese tiempo.

Iríamos al campo. Como persona de ciudad, Tomás no estaba muy al tanto del trabajo de los agricultores y podía ser una muy esclarecedora manera de estudiar el tercer bloque de leyes del éxito. Aquellas que tratan de la acción.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

III. – NO BASTA CON CREER, HAY QUE HACER

...porque al que produce se le dará hasta que le sobre, mientras al que no produce se le quitará hasta lo que tiene.

MATEO, 25, 29

En todos los asuntos humanos hay esfuerzos y también resultados, y la firmeza del esfuerzo es la medida del resultado. No lo es el azar.

JAMES ALLEN,

*Como un hombre piensa,
así es su vida*

Salimos muy temprano de casa. Tomás me recogió a las cinco en punto de la mañana. Los agricultores se levantan pronto. Había quedado con Pedro, un íntimo amigo mío dueño de una estupenda finca, a las siete a desayunar antes de ver el trabajo de la siega.

El viaje fue muy distendido. Hablamos del trabajo; de cómo las personas están constantemente negociando el precio de su éxito haciendo caso omiso de lo que nos

advierten todas sus leyes; y cómo, precisamente porque la gran mayoría de las personas quieren tener antes de ser y hacer lo que deben, pierden una oportunidad tras otra en el camino de sus vidas. La pena es que los jóvenes no aprenden estos principios en el colegio y la universidad.

He de reconocer que esperaba con enorme ilusión esta experiencia. Entrar en este tercer bloque de leyes del éxito, que tienen todo que ver con la acción, observando a los agricultores sería una fantástica demostración de que las leyes del éxito son, en sí mismas, leyes naturales, leyes físicas. Si bien, a diferencia de estas, que cuando las quebrantas te das cuenta y sufres sus consecuencias inmediatamente, con las leyes del éxito no siempre las consecuencias son tan inmediatas.

En la actividad agrícola, como fuimos comentando, se condensa de forma fabulosa la gran regla de la construcción personal (Ser + Hacer = Tener) y lo que implica tomar el camino de éxito.

Un agricultor antes de poder recoger una buena cosecha ha realizado muchas labores. Como agricultor que es, hace consecuentemente, y para ello, prepara la tierra como paso previo a la siembra. La tierra tiene que estar aireada y convenientemente nutrida (para ello el abono) y así puede aceptar y aprovechar al máximo la semilla que más tarde se sembrará en ella.

Como bien comentaba Tomás, estos primeros pasos son los que muchas personas no tienen en consideración a la hora de alcanzar lo que dicen querer. Antes de nada, muchas veces es conveniente remover todo (como cuando el agricultor airea la tierra con el arado) para poder luego

aceptar ideas y creencias nuevas, nada limitantes y sí de magnífica esperanza.

Demasiadas personas, al no hacer esta labor de limpieza previa de creencias limitantes y castrantes, imposibilitan su propio éxito. Al iniciar el camino sin una creencia absoluta en la meta a alcanzar terminan por desistir.

Una vez se hace la siembra, hay que esperar que la naturaleza y sus leyes hagan el resto hasta ver germinar la semilla y ver brotar las plantas. El tener, nos enseña la naturaleza, viene solo y como consecuencia directa del ser y el hacer coherente con ese ser pues, como bien nos recuerda Jesús en los Evangelios, **«de la abundancia del corazón, hablará la boca»**. Nadie puede llegar a tener lo que no ha merecido. Y de ahí, como bien recordaba Tomás, la cruda realidad de lo que les pasa a multitud de personas que ganan cifras millonarias en juegos de azar y en un breve período de tiempo están igual o peor que antes de conseguir esas sumas de dinero. Llegaron a tener sin ser y hacer. Al no estar preparados, sucumbieron.

Llegamos un poco antes de las siete.

Pedro, como era de esperar, ya estaba en la entrada hablando con su capataz y un grupo de hombres. Las máquinas segadoras estaban listas y sus motores rugían como anhelando hacer el trabajo para el que servían. Al vernos llegar, nos saludó con el brazo extendido al cielo.

Después de las lógicas presentaciones y de que Pedro terminará de ultimar los detalles del día con su capataz, entramos a tomar una buena taza de café con magdalenas

caseras que Adela, su mujer, había preparado ex profeso para nuestra visita. Tomás desayunó con auténtico deleite.

Al terminar, Pedro nos dio un paseo por la finca.

Explicamos a Pedro lo que comentábamos desde hacía un tiempo y este sonrió ante la propuesta de hablar de leyes del éxito. Su actitud vital era pragmática y muy pegada a la tierra. Siendo agricultor desde que tenía uso de razón entendía esto del éxito desde una perspectiva muy simple: lo que siembras, recoges, y para cada reacción hay siempre una acción.

En brevísimas palabras había resumido las dos grandes leyes dentro de este tercer bloque: la ley de la causa y el efecto y la ley de la siembra y la recogida. Leyes perfectamente complementarias entre sí, pero distintas. Fue Tomás el que definió la primera.

La ley de la causa y el efecto

Todo tiene una causa específica. Si existe un efecto que quieres alcanzar, observa cuáles son sus causas y reproducélas con toda su intensidad y repítalas, de forma que se producirá tal efecto deseado.

Pedro, en su magistral sencillez, quiso rubricar la verdad de esta ley.

–Una gran mayoría de gente cree que existe la suerte, pero no es así. Recuerdo que hace unos años tuvimos un enorme problema con varias cosechas; no teníamos buenos resultados. Al buscar la causa, acabamos

concluyendo que, salvo el año que hubo unas tormentas tremendas justo unos días antes de iniciar la cosecha, habíamos utilizado una semilla que no estaba en buenas condiciones.

»Otros agricultores de la zona achacaban la escasa productividad a la mala suerte, cuando la verdad fue, como os decía, que no habíamos comprado una buena semilla. Nadie puede producir bien cuando lo que siembra no es bueno. Por querer ahorrar, perdimos muchísimo.

»Por fortuna nos dimos cuenta y cambiamos las semillas al año siguiente. Otros agricultores de la zona siguieron usando la misma semilla, pues «estaba a muy buen precio» y volvieron a tener malos resultados. Cuando nosotros sí tuvimos un buen año, comentaron que habíamos tenido mucha suerte.

»Cuando se tienen malos resultados hay que observar qué se ha hecho, y al dar con la causa del problema debemos modificarla. Solo así se producen resultados distintos.

–¡Está claro! –dijo Tomás con evidente agrado–. Solo los mediocres esperan conseguir distintos resultados haciendo lo mismo. Todo, absolutamente todo, sucede por una razón específica, y si encontramos la causa que originó tal efecto, podremos provocar el mismo efecto tantas veces como queramos.

–Por aquí decimos que quien hace un cesto, hace ciento –sentenció Pedro–.

–Sí, pero ¿dónde queda esto explicitado en los Evangelios señor Herrador? –me inquirió Tomás con cierta impaciencia–

–Si me permites, antes de explicitártelo directamente, recuerdo ahora unas palabras de Benedicto XVI que tienen todo que ver con esta ley contraria a creer en la casualidad y sí en la causalidad. En su homilía de entronación como nuevo Papa dijo: «Cada uno de nosotros es amado y único, no somos fruto de la casualidad». Es esperanzador saber que no somos una casualidad en esta vida, sino que si estamos aquí es porque tenemos una misión que cumplir. Y esta ley nos confirma con precisión que el éxito no es una casualidad o un accidente sino que, como para cada acción hay una reacción, el que triunfa es porque quiere.

–El problema es que no mucha gente quiere aceptar esto –dijo Pedro–.

–¡Claro! –observó Tomás con sincera indignación–. Porque si acepto esta verdad, he de aceptar que si estoy donde estoy hoy (y una gran mayoría de gente no está precisamente muy satisfecha con su vida presente) es porque yo quiero. –En esta puntualización Tomás enfatizó mucho su tono–.

–Frente a esto, Jesucristo, una vez más fue muy claro –afirmé mirando a Tomás directamente– **«Cada árbol se conoce por su fruto: ¡No se cogen higos de las zarzas ni se cosecha uva de los espinos!»**. Y también dijo: **«dad y os darán [...] la medida que uséis, la usarán con vosotros»**.

–Desde luego, cada vez me sorprende más que haya tanto creyente que no crea en las leyes del éxito y que viva con tan poca coherencia la fe que dice profesar –afirmó Tomás con evidente sorpresa–.

–¿Te sorprendes de eso? –Señaló Pedro como el que ya está curado de espanto—. La gente dice profesar una fe que ni siquiera conoce. Mira, yo no soy muy practicante que digamos, y lo reconozco, pero sí tengo una cosa muy clara: si la Iglesia no brilla más es precisamente por personas como yo, que decimos ser creyentes pero no damos el mejor de los ejemplos. Nuestras enormes faltas ocultan la imponente labor de la Iglesia. Es más, de hecho este es un gran argumento a favor de creer en Dios y en la Iglesia.

Como Tomás le miraba con gesto interrogante, Pedro siguió explicándole:

–Con el mal ejemplo que damos muchos católicos, sacerdotes incluidos, desde el inicio del cristianismo, era para que la Iglesia católica ya no existiera, si fuera cosa de hombres solamente. Como muchas empresas mal gestionadas se van a la bancarrota aún después de años de consolidación. Sin embargo, la Iglesia se mantiene viva y esto, claramente, es mano del Espíritu Santo. La Gracia está en Ella y con Ella y de ahí que prevalezca a pesar de lo malo que hacemos los creyentes.

Mientras Pedro hablaba, Tomás afirmaba con un movimiento arriba y abajo de su cabeza enfatizando así lo dicho por Pedro.

–Si me permites felicitarte por lo que acabas de decir, querido Pedro, te diré que algo parecido escribe Juan Luis Lorda en *Moral. El arte de vivir* –apostillé sorprendido de escuchar a Pedro algo que hacía poco había leído–.

–Pero esto que dijo Jesús se podría aplicar también a la ley de la siembra y la recogida, ¿no? –preguntó Tomás con mucha lógica–.

–Sin duda que podría aplicarse a esta ley, aunque permíteme que te oriente hacia la parábola más maravillosa usada por Jesús en toda su vida, desde mi punto de vista.

–¿Y cuál es? –Tomás estaba claramente interesado–.

–La parábola de los talentos que aparece recogida tanto en el Evangelio de San Mateo como en el de San Lucas.

Tomás hizo un gesto indicando que se la explicara.

–La ley de la siembra y la recogida es una ley que implica acción. Mientras que la ley de la causa y el efecto conlleva una contemplación y observación de la realidad, esta segunda ley da un pasito enorme hacia delante sobre la primera al confirmar que no basta con saber cuál es la causa para provocar el efecto deseado sino que hay que hacer, hay que sembrar. Si nos quedamos en la mera observación y constatación de un hecho real no crecemos y no alcanzamos lo que de verdad estamos llamados a alcanzar. Hay que hacer, hay que sembrar. De ahí la tremenda importancia de esta ley.

La Ley de la siembra y la recogida

Obtienes lo que siembras. Todo lo que sucede en tu vida viene marcado por lo que piensas: tu comunicación interior y de ahí a lo que haces, lo que haces provoca unos resultados multiplicados.

–¡Qué gran razón tiene señor Herrador! –Sentenció Tomás para luego continuar diciendo–: Según un estudio de Napoleon Hill entre más de 25.000 personas que habían experimentado el fracaso resultó que la falta de decisión era casi siempre el motivo que encabezaba la lista de las causas del fracaso. Las personas no terminan de decidirse a dar el paso de hacer lo que hay que hacer y así, finalmente, no consiguen lo que dicen que quieren. Es más, a mí de esta ley hay un tema que siempre me ha resultado fascinante: el orden de los factores... –como Pedro puso un gesto interrogante, Tomás continuó explicando–: me refiero, don Pedro, a que no se puede pretender cosechar antes de sembrar, como usted mejor que nadie sabe.

–Y tampoco se puede sembrar trigo y esperar recoger manzanas –añadió Pedro–.

–Pues esto es precisamente lo que mucha gente no quiere ver –rubricó Tomás en un juego de tenis de mesa bien dinámico–.

–Son demasiados los que dicen dame y luego yo te daré, y así no funciona la naturaleza. Quieren obtener sin haber hecho nada para merecerlo. Quieren los resultados del trabajo bien hecho, pero sin tener que realizar ellos ese trabajo. Como si el simple hecho de vivir les diera derecho a percibir –terminó de comentar Pedro dejando traslucir su lógico malestar, ya que él bien conocía lo que pasa en muchas zonas rurales–.

–Pero... –Tomás se paró por un momento y volvió a donde me había quedado al introducir la parábola de los talentos– ¿cómo casa todo esto con esa parábola?

–Esta parábola, como te decía, no es sólo pasmosa para entender esta ley de la siembra y la recogida, sino para explicar también las otras dos leyes fundamentales en este tercer bloque.

–La ley de la aceleración acelerada y la ley del magnetismo. Sin duda, multiplican el efecto de las ya comentadas de la causalidad y de la siembra. Pero cuénteme la parábola antes de ver dónde casan todas estas leyes.

–Jesucristo cuenta la parábola de un noble señor que teniendo que marchar de viaje llamó a sus servidores y les entregó un dinero para que lo administraran y a su regreso ajustaran cuentas. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, en función de sus capacidades. Queriéndonos recordar que cada uno de nosotros somos distintos con capacidades y misiones distintas que cumplir en esta vida.

»A la vuelta, los tres empleados fueron a dar cuenta de la administración de lo dejado en sus manos. El primer empleado que recibió cinco talentos le presentó sus cinco y otros cinco más, fruto de la buena gestión que durante el viaje de su señor, había realizado, por lo que el noble le invitó a pasar a su mesa y le dio, en premio por tan brillante labor, la administración de más bienes.

»El segundo sirviente, al que le había dado dos, le entregó estos y otros dos, por lo que el noble, le felicitó como hizo con el primero y, dándole más bienes que administrar, lo invitó a pasar a su mesa.

»Pero cuando llegó el turno del tercer empleado, este, temeroso de perder el talento que le había entregado su señor, pues sabía que era un señor exigente, le entregó su

talento sin más beneficio, ya que lo había enterrado para evitar perderlo. El noble, indignado por tan pobre actuación, le profirió una sentencia que nos debe hacer meditar a todos en relación con la responsabilidad que cada uno de nosotros tenemos en esta vida de hacer lo máximo que podemos hacer con lo que hemos recibido.

Tomás se mostraba expectante ante mi argumentación por lo que terminé diciendo:

–El noble le dijo al empleado: **«¡Empleado negligente y cobarde! ¿Sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues entonces debías haber puesto mi dinero en el banco, para que al volver yo, pudiera recobrar lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez».**

Al terminar de citar estas palabras de Jesús, la cara de Tomás era la viva imagen del que acaba de descubrir algo muy importante.

La ley de la aceleración acelerada

Mientras más rápido e intensamente te muevas hacia tu meta más intensamente se moverá esta hacia ti.

–Y fijate lo que nos sigue diciendo inmediatamente después: **«Porque al que produce se le dará hasta que le sobre, mientras al que no produce se le quitará hasta lo que tiene».** Jesucristo con estas sentencias explicitó las dos importantísimas leyes a las que nos hemos referido hace un momento. Pues la ley de la aceleración acelerada nos indica que mientras más rápido e intensamente me

mueva hacia la meta, más intensamente se moverá esta hacia mí. Y, a la vez, la ley del magnetismo termina de ayudarnos en nuestra consecución de las metas que nos proponemos, al afirmar que cuanto más éxito tengo en mi vida, más éxitos atraeré.

Tomás no pudo por menos que reconocer la correspondencia de las palabras de Jesucristo con las dos leyes mencionadas como multiplicadoras de las leyes de la causalidad y de la siembra.

–Yo siempre he tenido muy claro –dijo mi amigo Pedro– que cuanto más demos de nosotros mismos sin esperar nada a cambio, más volverá a nosotros de los lugares más inesperados. La propia naturaleza nos da la tremenda lección de lo que significa eso que has citado de Jesús de que **«al que produce se le dará hasta que sobre»**. Cuando yo, como agricultor, siembro una semilla, un grano de trigo, al crecer, no recojo un solo grano por cada grano sembrado, sino una espiga llena de granos. Para mí, ahí está la abundancia de la que habla Jesús en su parábola. Y es más, muchas veces hay terrenos que quedan baldíos, pero no por ello dejamos de sembrar cada año.

La ley del magnetismo

Cuanto más éxito tengas en tu vida, más éxitos atraerás.

–«Haz el bien sin mirar a quien», dice el sabio refranero –puntualicé de manera automática–. La ley del magnetismo funciona a tu favor siempre que actúas así.

–Aristóteles decía que cuanto más virtuoso se vuelve el hombre, tanto más disfruta de los actos de virtud –recordó Tomás demostrando su conocimiento de los clásicos–.

–Y al disfrutar más de estos actos, más realizamos, y al realizar más, más beneficios obtenemos. San Mateo lo deja muy claro cuando cita las palabras de Jesús: **«Al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene»** –volví a recordar la sentencia de Jesucristo–.

–Desde luego no cabe duda de que este Jesucristo que usted menciona, nada tiene que ver con la imagen que tantas veces hemos oído –me comentó Tomás positivamente sorprendido–. En tan contundentes palabras está explicitada la razón por la que hay tantos que no llegan a nada y unos pocos que alcanzan tantos logros.

–Hay demasiadas personas con la errónea idea que para ganar deben primero recibir, cuando es todo lo contrario. Antes de obtener has de dar tú. Jesucristo lo dejó muy claro: **«Dad y os darán»**. El no dijo, os darán y luego dais a cambio. Y para enfatizar más este principio advirtió **«La medida que uséis la usarán con vosotros»**.

–Este principio de éxito del que estáis hablando, de la aceleración acelerada o como quiera que se llame –intervino en esta ocasión Pedro–, me recuerda un efecto muy normal en la física que es el del impulso. Cuando quieres poner en movimiento un objeto pesado con ruedas, por ejemplo, al tirar de él o empujarlo, cuesta mucho

esfuerzo al principio; pero una vez que empieza a moverse, ya es mucho más fácil mantener el movimiento e incluso incrementarlo. Yo soy muy aficionado a ver los campeonatos de los hombres más fuertes del mundo y tiene pruebas que son, precisamente, de arrastrar camiones o tractores. Siempre pasa igual, cuando están agarrados con el arnés y tirando para mover el vehículo pesado, parece que se le van a salir todas las venas del esfuerzo titánico, pero una vez rebasan la barrera de ponerlo en movimiento, los siguientes pasos los hacen casi por inercia, ya no parece tan pesado.

–El conocimiento de estas importantísimas leyes es vital para entender por qué, los que más tienen, parecen tener un don especial para producir cada vez más y atraer hacia sí, extraordinarias oportunidades. Y es que no existe la suerte y sí el movimiento continuo, la acción concreta en cada momento en busca de aquello que el hombre quiere conseguir –dije para cerrar el tema–.

–Lo que me sorprende sobremanera –dijo Tomás tomando la palabra– es cómo la gente y especialmente los creyentes, no ven esta gran verdad cuando, como usted nos acaba de señalar con las distintas citas de los Evangelios, Jesucristo lo dejó tan clarito dos mil años atrás.

–Como te vengo diciendo desde el inicio, querido Tomás, la inmensa mayoría de los creyentes no nos tomamos el tiempo ni el esfuerzo de conocer en profundidad el gran regalo de nuestra fe. Y al no hacerlo así, nos impedimos a nosotros mismos gozar de lo mucho

y bueno que el mensaje de Jesús, Dios mismo hecho hombre, nos ofrece.

–Es curioso comprobar, volviendo al ejemplo que ha puesto don Pedro de los hombres más fuertes del mundo, que si una vez han cogido impulso se paran, ya les es casi imposible continuar –comentó Tomás mirando a mi amigo Pedro–.

–Bueno, como bien sabes, Tomás, hay un porqué clarísimo que todos los libros de desarrollo personal y éxito te explican. Y precisamente tiene que ver con el cuarto y último bloque de leyes del éxito que quedamos en tratar.

–Así es, la perseverancia. Como bien reza el título del libro del doctor Lair Ribeiro, *El éxito no llega por casualidad*. Gran verdad. Solo el que persevera lo consigue.

–Sí te parece este bloque lo trataremos otro día; ahora, yo creo que sería un feo no centrarnos en disfrutar de esta maravillosa tierra y de nuestro anfitrión. Quiero recordar, Pedro, que nos ibas a enseñar todo el proceso de la siega y luego había unas migas esperando, ¿no?

El resto del día lo pasamos disfrutando de un clima soleado y no muy caluroso. Tomás descubrió todo el trabajo que hay detrás del pan que comemos a diario, volviendo a recordar que las leyes de la causa–efecto y la siembra y recogida son leyes naturales que siempre funcionan. Y, a su vez, las leyes de la aceleración acelerada y del magnetismo nos ayudan a que la cosecha sea más abundante y más rápida en la medida que estemos

dispuestos a sembrar con enorme generosidad ya que **«la medida que uséis la usarán con vosotros»**.

A la vuelta de ese día de campo quedamos en volver a disfrutar de un día fuera de la ciudad para tratar el último bloque de leyes y principios del éxito. Pero esta vez, iríamos un poco más lejos. Visitaríamos un campo de pozos de petróleo. Tendríamos que conjugar nuestras agendas para coger unos cuantos días libres.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

IV. – SOLO EL QUE PERSEVERA LO CONSIGUE

...pues Dios, ¿No hará justicia a sus elegidos si ellos le gritan día y noche?... Os digo que les hará justicia sin tardar.

LUCAS 18, 7– 8

El esfuerzo constante para desempeñarse en una forma superior en todo lo que uno intenta es lo que ayuda a conquistar la cima de la excelencia.

ORISON SWEET MARDEN

Pushing to the front

Al contrario de lo que muchos pudieran pensar, encontrar una fecha que nos viniera bien a Tomás y a mí para visitar los campos petrolíferos, considerando nuestras apretadas agendas, fue tarea relativamente fácil, lo que demuestra, una vez más, que las leyes del éxito ayudan al que sabe lo que quiere y está dispuesto a trabajar por conseguirlo.

Tomás se encargó de esclarecer la razón de la visita:

–Está en nuestro interior todo lo necesario para triunfar en la misión que cada uno hemos venido a cumplir en esta vida. Por desgracia no todo el mundo está dispuesto a encontrar su pozo concreto y una vez encontrado, profundizar lo suficiente para extraer la inmensa riqueza que posee en su interior.

»Michael Jordan, el mejor jugador de baloncesto de todos los tiempos, evidenció de donde nacía su genio al decir: «Todo el mundo tiene talento, pero la destreza exige trabajo». Y bien puede decirlo este inmenso campeón que en sus primeros años de baloncesto estuvo mucho tiempo en el banquillo y su entrenador del instituto le vino a decir que se dedicara a otra cosa. De no ser por su determinación en querer jugar y su perseverancia en los entrenamientos, su trabajo duro y continuo, nunca hubiera llegado a hacernos disfrutar tanto a tantos millones de personas alrededor del mundo con ese enorme talento que parecía dormido en sus primeros años.

»Michael Jordan sí que supo buscar su pozo y profundizar en él hasta sacar todo el oro negro que llevaba dentro.

–Y esto –dije yo, con enormes ganas de entrar de lleno en el tema que nos llevó a hacer ese viaje– nos pone en inmejorable posición para abordar el cuarto y último bloque de leyes.

–Todas las que tienen que ver con la acción perseverante. ¿Estaría conmigo en que en este bloque deberíamos abordar las leyes de la perseverancia, la acumulación, la perspectiva del tiempo, la ley de los talentos, la fundamental ley del kilómetro extra y

finalmente un principio básico del éxito, como es la gratificación retardada? –preguntó Tomás más por cortesía que por necesidad de confirmación–.

–Tenemos por delante unos días muy enriquecedores – afirmé con absoluta sinceridad–.

–Yo también lo creo. Y, a decir verdad, estoy deseando ver dónde se encuentran estas leyes en el mensaje de Jesús. –Tomás estaba genuinamente ilusionado–.

Acordamos dedicar las mañanas a conocer todo el proceso y las tardes a tratar los restantes principios de éxito.

Tomás demostró, una vez más, su curiosidad sin límites. Como un niño pequeño, mantenía la extraordinaria virtud de preguntar por todo lo que desconocía o le llamaba la atención, sin importar qué pensarán de él, dejando ver así una autoestima fuera de lo común. ¿Cuántos por miedo a lo que piensen de nosotros dejamos de preguntar cosas que nos vendría muy bien saber?

Mientras desayunábamos el segundo día de nuestra estancia, pregunté a Tomás.

–¿Te ratificas en lo dicho antes de conocer en detalle esta actividad?

–Sin duda, esto de la búsqueda y extracción del petróleo es como la tarea que cada ser humano tiene consigo mismo. Y lo que está claro es que la perseverancia juega un papel fundamental en el camino hacia conseguir nuestras metas.

La ley de la perseverancia

Cuanto más importante es algo que queremos conseguir, más perseverantes deberemos ser.

–Es gracioso, por no decir lamentable, como una gran mayoría de personas prefieren creer en la suerte que creer en algo tan sencillo y simple como es la ley de la perseverancia. Cuanto más importante sea lo que queremos conseguir, más perseverantes deberemos ser.

Lo dije recordando la última entrevista que me habían hecho para una revista económica. Lo que mi equipo y yo habíamos conseguido en estos años tenía una gran base en nuestra perseverancia, obviamente unida a unos objetivos prefijados, claros y concretos. Cualquiera con las mismas ganas, podría lograr lo mismo o más.

–Y sin embargo –continué– demasiadas personas, ante los primeros reveses, lo dejan con la idea de que «eso no es para ellas». Como afirmando, muy erróneamente, que si fuera para ellas lo habrían conseguido a la primera. Jesucristo nos advirtió cuando nos aseguró **«si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos»**.

Como Tomás puso un gesto interrogante, procedí a explicárselo en más detalle.

–¿Cómo son los niños? Abiertos al mundo, no tienen prejuicios, están dispuestos siempre a empezar de nuevo cuando quieren algo de verdad, demostrando una flexibilidad a prueba de bomba. Su curiosidad no tiene límites, por lo que ven una oportunidad tras otra de

disfrutar y aprender. Siempre hay un medio para hacer cualquier tarea y un camino para alcanzar cualquier objetivo. Jesucristo nos exhorta a ser flexibles y, claramente, nos inculca la importancia de esta ley de la perseverancia usando una parábola muy gráfica: la parábola del juez injusto. –Tomás frunció el ceño y me pidió que se la recordara–. Jesucristo, de la mano de San Lucas, nos cuenta la parábola de un juez que «ni temía a Dios ni respetaba a los hombres» y una viuda le pedía insistentemente que le hiciera justicia frente a otra persona. Jesús nos dice que si bien por bastante tiempo el juez no quiso hacerle caso, luego pensó «Yo no temo a Dios ni respeto a hombre, pero esa viuda me está amargando la vida; le voy a hacer justicia para que no venga a reventarme sin parar».

–¡Buen argumento! –exclamo Tomás con cierta sorna en su tono de voz–.

–Eso no es lo mejor. Lo mejor es lo que nos dijo Jesús al terminar de contar la parábola: **«Fijaos en lo que dice el juez injusto; pues Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos si ellos le gritan día y noche?, o ¿les dará largas? Os digo que les hará justicia sin tardar».**

–¡No está mal! –me cortó Tomás–.

–Sus últimas palabras, siguiendo a San Lucas fueron: **«Pero, cuando vuelva este Hombre, ¿qué?, ¿va a encontrar esa fe en la tierra?»** Y este es el gran problema de muchos de nosotros. Por falta de fe en Él y en nuestros objetivos, dejamos de perseverar, y al desistir, perdemos la oportunidad, abierta a todos, de alcanzar nuestras metas.

–Louis Binstock, rabí del Templo Shalom en Chicago, en su libro *The road to successful living*, nos dice que «con frecuencia no es el mal inicio, sino la parada equivocada, lo que significa la diferencia entre el éxito y el fracaso».

–«El que persevera con confianza recibirá infinitamente más que lo que se atreve a pedir o esperar» –recordé yo inmediatamente después–.

–¿De quién es esa fabulosa cita? –inquirió Tomás, no siendo capaz de recordar entre los múltiples autores de autoayuda–.

–Termina diciendo: «No porque lo merezca, sino porque Dios lo ha prometido». Y lo escribió el sacerdote católico Jacques Philippe en su libro *Tiempo para Dios*.

Tomás ya no parecía extrañarse al escuchar palabras a las que estaba tan acostumbrado, por su lectura de libros de desarrollo personal y mejora continua, en boca de autores espirituales cristianos.

–Y unida a esta imprescindible ley está la ley de la acumulación.

La Ley de la acumulación

Cada gran logro en la vida es el resultante de la acumulación de esfuerzos y sacrificios pequeños que muchas veces son difíciles de apreciar a simple vista.

–Por si alguien todavía no se entera; esta segunda ley nos recuerda que cada logro en la vida es el resultante de

la acumulación de esfuerzos y sacrificios pequeños que muchas veces son difíciles de apreciar a simple vista – comentó Tomás con gesto molesto–.

–Me viene a la memoria una anécdota que me comentó un amigo mío escritor, después de haber publicado su primer libro. Un familiar suyo le llamó para felicitarle y expresarle su sorpresa por su primera publicación. Queriendo entablar conversación, el familiar le preguntó cuánto tiempo había tardado en escribirlo. A lo que este amigo le contestó: cuarenta y tres años

–¡Me gustaría haber visto la cara de ese familiar! La respuesta de ese amigo suyo fue una lección sobre esta fabulosa ley.

–Así es, Tomás. Como su familiar, según me comentó, se quedó sorprendido con la respuesta, le explicó que en escribir el libro tardó unos meses, pero la experiencia y el conocimiento que finalmente le llevaron a escribirlo, lo adquirió a lo largo de toda su vida. Lo que tardó en escribir la obra fue, de hecho, los cuarenta y tres años que tenía. Todo en la vida es una sucesión de pasos cortos. Si lo hacemos bien en lo poco, podremos ir haciendo cosas más y más grandes.

–Y esto, señor Herrador, ¿dónde está reflejado en los Evangelios?

–Se me ocurren ahora dos bellísimos pasajes que expresan la importancia de lo aparentemente pequeño y cómo Dios, que obviamente lo observa todo, premia, a través de esta ley, a las personas que son grandes en lo pequeño. El primer pasaje lo encontrarás en el Evangelio de San Marcos cuando nos habla de la limosna de la viuda.

Tomás sorprendentemente tomó la palabra:

–Sí, ya recuerdo, es cuando estando Jesús en el Templo, frente a la sala del Tesoro, observaba como la gente iba echando sus ofrendas en el cepillo y en esto, se acercó una viuda muy pobre y echó muy poco dinero.

He de reconocer que mi cara debía de reflejar una sorpresa y una alegría inmensas. Por primera vez, Tomás me demostraba que se había tomado el interés por leer, por sí mismo, los Evangelios. Advirtiéndome mi sorpresa me dijo:

–Es que el Evangelio de San Lucas me lo he leído rápido solo una vez, pero los Evangelios de San Mateo y San Marcos ya me los he leído tres veces –me dijo Tomás con el sano orgullo del alumno aplicado al que le gusta ver la alegría de su maestro por su buena disposición a aprender–.

–¿Te acuerdas lo que les dijo Jesús a sus discípulos? –quise confirmar la prueba de la importancia de lo pequeño–.

–**«Esa viuda, que es pobre, ha echado en el cepillo más que nadie, os lo aseguro. Porque todos han echado de lo que les sobra, mientras que ella ha echado de lo que le hace falta, todo lo que tenía para vivir».**

Orgulloso y feliz, aplaudí con sincera emoción y gratitud.

–Pues esta gran verdad la complementa Jesucristo en la parábola del administrador que cita San Lucas cuando nos advierte que **«quien es de fiar en lo de nada, también es de fiar en lo importante; quien no es honrado en lo de nada, tampoco es honrado en lo importante».**

–Está claro. Con toda humildad le he de reconocer, señor Herrador, que si he llegado a la alta dirección tan joven tiene mucho que ver con el hecho de que siempre estuve dispuesto a hacer esas cosas que nadie quería o a las que nadie parecía prestar importancia. Yo me las tomaba como si en ello me fuera la vida.

–Y ten por seguro que siempre había alguien observando tu actitud y tu acción. Por experiencia como gestor de algunas empresas te diré que en toda empresa que se precie existen, de forma más o menos estructurada y formal, unas personas que hacen el mismo trabajo que los ojeadores en el mundo del deporte. Observan a cada empleado para ver dónde hay enorme potencial, por actitud y acción, para llegar alto en las empresas.

–Ahora que lo dice, en mi caso, no fui ascendido por mi jefe, sino por un alto ejecutivo ajeno al departamento en el que yo trabajaba. Tiraron de mí desde más arriba.

–Suele suceder así, Tomás. Como bien sabes, las leyes del éxito funcionan siempre. Si te parece, mañana abordaremos las leyes de la perspectiva del tiempo y la ley de los talentos. Para lo cual te agradeceré que te leas las parábolas de las diez vírgenes, del siervo fiel y de los talentos y pienses sobre ellas –dije, dando por terminada la conversación sobre estas dos vitales leyes para alcanzar cualquier meta en nuestra vida–.

La ley de la perspectiva del tiempo

Las personas más exitosas en cualquier sociedad son aquellas que toman decisiones con mucho tiempo de anticipación.

–¡Cómo pueden los que se dicen creyentes cristianos no estar como motos, locos de contentos y luchando por mejorar día a día! –exclamó Tomás nada más sentarnos en los mullidos sofás del bar del hotel–.

–Y bien, ¿qué te ha dicho la parábola de las jóvenes vírgenes?, –pregunté mientras sonreía–.

–Sin duda explica como un calco, lo que la ley de la perspectiva del tiempo enuncia. En la parábola encontramos las dos formas típicas de proceder de los humanos. Los necios, al igual que las muchachas necias, no prevén lo que necesitarán en el futuro (fruto sin duda de que tampoco se ponen objetivos y planifican su actuación) y así, cuando la oportunidad llega, les coge sin preparación. Como a las jóvenes necias que no tenían aceite para encender las lámparas al llegar el novio en plena noche y tuvieron que salir corriendo en busca de aceite para encenderlas, perdiéndose el entrar con el novio en el banquete.

»Por el contrario, las sensatas, siendo previsoras, pues tenían claro su objetivo, (entrar al banquete de bodas con el novio que debía llegar), tenían candiles y aceite suficiente. Así cuando el novio llegó por la noche, ellas tenían las lámparas encendidas. Obviamente, consiguieron su objetivo y entraron al banquete de bodas.

–Si recuerdas, Jesús acaba previniéndonos con una gran verdad: **«Por tanto, estad en vela, que no sabéis el día ni la hora»**. Cuando iniciamos el camino hacia cualquier objetivo, hemos de planificar: prever a corto, medio y largo plazo, ya que ninguna meta importante se consigue de la noche a la mañana. Muchas veces no la alcanzamos en el tiempo que en principio planeamos sino que tardamos una veces más y otras menos.

–El profesor Edward Banfield, de la Universidad de Harvard, llegó a la conclusión de que «la perspectiva a largo plazo» era el máximo determinante del éxito personal y económico en la vida. Definió esta perspectiva como «la capacidad de pensar en un futuro de dentro de varios años, mientras se toman decisiones en el presente» –recordó Tomás–.

–Cierto. Las jóvenes sensatas que en el presente se cargaron con mucho aceite, previendo que el novio pudiera tardar más de lo esperado. La fijación de metas nos permite usar mucho más y mejor nuestros poderes mentales. ¡Qué pena que tanta gente no los aproveche más por no establecer objetivos!

–¡Sí! –afirmó Tomás– Al fijarnos metas aprovechamos al máximo la función reticular de nuestro cerebro³ y así no pasan desapercibidas a nuestro lado las distintas oportunidades que nos van a ayudar a conseguir la meta.

–Precisamente por eso es tan importante esta ley, ya que nada grande se consigue de la noche a la mañana. Es

³ En el libro *El Séptimo Sobre*, Editorial EBS, el autor explica cómo funciona nuestra mente y cómo aprovechar al máximo nuestras capacidades mentales para conseguir lo que deseamos en esta vida.

más, también nos ayuda esta ley a no caer en las garras del chantaje emocional de los mediocres. ¿Te has dado cuenta de cómo actúan las jóvenes sensatas cuando las necias les piden un poco de aceite?

—Sí, confieso que me sorprendió el ejemplo usado por Jesucristo. Si bien ya me voy empezando a dar cuenta que ante todo es justo y, como buen líder, no premia al que no lo merece, por la estúpida idea de que hay que tratar a todos igual.

—Es un craso error de esta sociedad en la que vivimos que, bajo la amenaza de calificarte como no tolerante, dispone que todos sean tratados iguales. Gracias a Dios, cada uno somos distintos y, en justicia, merecemos en función de nuestra propia actuación.

—Como comentó su amigo don Pedro el día que lo visitamos en su finca, algunos se creen que por el hecho de existir ya merecen todo, sin darse cuenta que efectivamente pueden alcanzar todo, pero tienen que estar dispuestos a pagar el precio. —Nuevamente la memoria de Tomás en acción—.

—¿Sabes dónde creo que reside el problema de que tanta gente sea escéptica o incluso reacia a aceptar la verdad de las leyes del éxito?

—Por favor —pidió Tomás—.

—Esta idea la encontré en el fantástico libro del que ya te he hablado en más de una ocasión, Alfonso Aguiló. Él lo explica respecto a la ley moral pero funciona igualmente con las leyes del éxito. —Tomás denotaba interés—. Aguiló comenta que cuando uno quebranta las leyes físicas se da cuenta inmediatamente, ya que el

primero que sale perdiendo es uno mismo.

Tomás se quedó pensativo para terminar afirmando con la cabeza.

–Si por ejemplo yo quebranto la ley de la gravedad y me lanzo por un precipicio, como mínimo me romperé unos cuantos huesos.

–Aguiló explica esto respecto de la ley moral con un símil que bien puede usarse para las leyes del éxito: «Si llegamos con sed a una fuente en la que nos encontramos un cartel que dice “agua no potable”, esto puede producirnos una primera reacción de desagrado, pues tenemos sed y allí hay agua fresca. Pero saciar la sed con esa agua nos llevaría a una intoxicación, que ese cartel nos ahorra. Quien pone el cartel no busca fastidiar, sino ayudar, prevenirnos ante un mal no siempre perceptible con evidencia. Y esa agua no nos hace daño por tener el cartel, sino que han puesto el cartel para que no nos haga daño». Como él dice, la fe verdadera es exigente, también lo son las leyes del éxito.

–Ahora lo veo –dijo Tomás recapitulando mi argumento–. Con las leyes del éxito pasa como con la ley moral: las consecuencias de actuar en su contra no son siempre automáticas. Por esta razón hay gente se mantenga escéptica ante la veracidad o no de estas leyes.

–¡Cuántos jóvenes volarían más alto y serían más felices de aprender estas leyes en el colegio!

–Nunca pensé que en libros de espiritualidad pudiera encontrar tantos buenos argumentos a favor de las leyes del éxito –comentó Tomás con sincera sorpresa. Quedó pensativo durante un rato y finalmente quiso seguir

adelante—. ¿Vamos entonces con la ley de los talentos? Le confieso que la gran verdad que engloba esta ley me hace discutir con más de una persona hoy día acerca de si hemos de estar con los pies en la tierra y ser prácticos o por el contrario hay que soñar y luchar por hacer esos sueños realidad.

—¿Por qué lo dices Tomás? —le pregunté con cierta desorientación por mi parte—.

La Ley de los Talentos

Dedícate a aquello que te apasiona y tendrás éxito. Toda persona ha nacido con uno o varios talentos específicos, elige tu propósito vital en función de estos y serás feliz alcanzando lo que te propongas en esa actividad acorde a tus talentos.

—Hace poco me invitaron a participar en una tertulia radiofónica acerca de las salidas profesionales de los jóvenes universitarios y las carreras a elegir. Yo comenté que una de las razones de que haya tanta gente frustrada estriba en el hecho de que no se dedican a lo que realmente les gusta sino que trabajan por ganar un sueldo. A micrófono cerrado, un profesor universitario que estaba participando también en la tertulia me preguntó con cierta sorna si yo era de esos ilusos que todavía creía en la vocación. Le reconozco que me hubiera gustado ver mi cara en ese momento, pues no podía creerme su pregunta. Sentí pena por sus alumnos. Poca pasión y gana les podría

mostrar este profesor que cree en el trabajo como instrumento de generar ingresos solamente y no como forma fabulosa de realización y disfrute personal.

–¿Qué le dijiste tú?

–Le reconozco que me salió del alma, señor Herrador. Le dije que por supuesto creía firmemente en la vocación. De hecho, le dije que efectivamente esta era la primera ley del éxito: dedicarte a lo que te apasiona. El profesor me miró como si estuviera loco. Hizo un gesto despectivo y siguió hablando con otro tertuliano.

–Ahora entiendo tu comentario –dije yo de acuerdo con su anécdota– ¿Recuerdas lo que comentamos acerca de la perseverancia que tienen los niños para conseguir lo que quieren? ¿De dónde dirías tú que nace esa perseverancia?

–Sin duda alguna de lo mucho que quieren eso que pretenden conseguir –la contestación de Tomás fue contundente–.

–Así es. Y este es el «gran secreto» de esta ley de los talentos. Cuando te gusta de verdad lo que haces, no hay problema en ser determinado, enfocado, perseverante y darlo todo. Pues realmente haces lo que haces porque te gusta y no por esperar nada a cambio. Las recompensas vienen solas.

–«La mejor manera para no cansarse, es dedicarse a algo en lo cual se tenga una profunda convicción», sentenció Norman Vincent Peale y estoy plenamente de acuerdo con él –afirmó Tomás con rotundidad–.

–Por esa errónea idea actual de centrarnos en el tener, no nos dedicamos a lo que de verdad queremos, sino a lo que parece que nos puede aportar más beneficio material a

corto plazo, y se cae en la paradoja de trabajar en algo que ni nos llena ni nos apasiona. Y al no dar todo lo que llevamos dentro, no alcanzamos el éxito con mayúsculas. Así vemos tanta gente que parece tenerlo y en realidad están vacíos por dentro. No son felices. Jesucristo lo afirmó en la parábola de los talentos. Cada uno nacemos con unos en particular y nuestra obligación en esta vida es aprovecharlos al máximo para beneficio propio y de la sociedad en la que vivimos. Confirmándonos que **«al que mucho se le dio mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá»**.

–Lou Marinoff, en su libro *Más Platón y menos Prozac*, comenta una gran verdad: «Todos tenemos talentos concretos, pero la mayoría debemos escarbar un poco para encontrarlos». Y añade algo que me parece de vital importancia para tener una vida más plena de sentido cuando dice que «encontrar [los] (y decidir cómo usarlos) contribuye a conferir un sentido o un propósito a nuestra vida diaria. Sin importar lo humildes que sean sus aspiraciones. Termina diciendo, «un trabajo lleno de sentido es vital para una vida llena de sentido».

»Igualmente, Brian Tracy en su libro *Metas*, plantea como una de nuestras primeras metas en la vida la de identificar y aislar esa cosa o ese par de cosas que podemos hacer mejor y disfrutar más haciéndolas que cualquier otra, para, a continuación, concentrarnos en llegar a ser absolutamente excelentes en ellas.

–¡Qué bueno lo que estás comentando, Tomás!, San Pedro nos dejó dicho: «Cada uno, como buen administrador de la multiforme gracia de Dios, ponga al

servicio de los demás el carisma que haya recibido». Si hay algo que tengo muy claro es que nuestra primera obligación como seres humanos es encontrar nuestro propósito de vida y una vez claro, dedicarnos a él como forma de alabanza continua a Dios y servicio al prójimo.

»Y ya que me comentas un par de libros, Víctor F. Dios Otín, en su libro *Mi querido agnóstico*, hace una fabulosa reflexión que viene pintada para lo que estamos comentando: «Las empresas y los logros que valen la pena llevan detrás una gran cantidad de horas de dedicación, de concentración, de pensar en ellos desde diferentes ángulos, de renuncia a otras opciones» y por ello, solo cuando te dedicas a lo que realmente quieres, estás dispuesto a hacer todo lo necesario y no solo todo lo posible. De hecho termina afirmando algo que debería llevar a la seria reflexión a toda persona: «Quien quiere hacer aquello que debe hacer es la persona más afortunada». El éxito y la felicidad van ligados a aquellos que dan siempre lo mejor.

–El célebre escritor Deepak Chopra, al hablar de esta ley dice que «la expresión de nuestro talento para satisfacer necesidades crea riquezas y abundancia ilimitadas» –comentó Tomás con una expresión que denotaba su acuerdo con este punto–.

–Como verás no hay mucha diferencia entre lo que dicen los llamados gurús del desarrollo personal y lo que nos dicen Jesús, sus discípulos y muchos autores cristianos.

Tomás permanecía callado y reflexionaba.

–Me acuerdo ahora de una anécdota –proseguí– que escuché una vez del tenor Gayarre y el violinista Sarasate

que nos plantea una enorme verdad acerca de cómo saber qué es aquello que querrías hacer en tu vida. –Tomás continuaba atento a mis argumentos–. Un día después de un concierto en el Teatro Real de Madrid, salían al acabar su actuación y se les acercó un pobre ciego con un violín en la mano y les rogó que le ayudaran. Al preguntarle qué es lo que quería de ellos, este les pidió una limosna. Desde hacía unos días se estaba muriendo de hambre y esa noche no tenía adónde ir y era pleno invierno.

»Los artistas se compadecieron de él y tomando el violín, Sarasate comenzó a tocar maravillosamente, mientras Gayarre cantaba. No pasaron muchos minutos y una multitud de los mismos que habían pagado por escucharles actuar se arremolinaron alrededor de los tres hombres y aplaudieron calurosamente al fin de la actuación al aire libre. –La cara de Tomás era de absoluto deleite con la historia que le estaba contando–. Gayarre –continué la anécdota– pasó el sombrero a todos los presentes diciéndoles: «Damas y caballeros, por amor de Dios, ofreced una pequeña limosna para este pobre hombre que está hambriento y no tiene dónde pasar la noche.» Se hizo una gran colecta que se puso en las manos del ciego. Este, lleno de alegría, fue en busca de cama donde pasar la noche, mientras que sus bienhechores se marcharon en silencio.

–Dedícate a aquello que harías aún sin cobrar nada y estarás más cerca de ser feliz –sentenció Tomás muy oportunamente a modo de conclusión–. De hecho, la Universidad de Chicago realizó hace varios años un estudio llamado Proyecto Talento, cuyas conclusiones

comentan Brian Tracy y el doctor Camilo Cruz en su esclarecedor libro *Piense como un millonario*.

–Perdona pero no conozco ese estudio. ¿Me podrías explicar en qué consistió? El título parece sugerente.

–Lo haré encantado, señor Herrador. Examinaron meticulosamente las carreras de aquellos escultores, pianistas, científicos, médicos y tenistas considerados brillantes y observaron que en el caso de veinticuatro pianistas de fama mundial, por poner un ejemplo, el período promedio de tiempo transcurrido entre su primera lección de piano y su primer premio o reconocimiento internacional, era de unos diecisiete años. En el caso de los científicos generalmente este período era aún mayor. Los tenistas brillantes ya en su adolescencia generalmente han practicado con disciplina espartana y rigurosa desde los tres o cuatro años de edad. Así concluyeron que las dotes naturales no eran suficientes para lograr tan altos triunfos. A menos que estas estuviesen acompañadas por un largo proceso de educación, práctica, motivación y sobre todo, disciplina.

Tomás se calló un instante para terminar diciendo:

–Y sin embargo sigue habiendo gente que dice: «Mira qué suerte tienen esos».

–Tú citaste a Michael Jordan, ¿no?

–Sí; se refiere a cuando dijo que «todo el mundo tiene talento, pero la destreza exige trabajo».

–Son varios los estudios que demuestran que una cifra tan elevada como el 87% de los profesionales no consideran su trabajo un reto, ni una motivación. Necesitan descanso, vacaciones, ya que es muy cansado

física y, sobre todo, emocionalmente dedicarte a algo que no te gusta o no te llena. Por el contrario, a los que les encanta lo que hacen no necesitan descansar porque no están cansados. ¿O se cansa uno de hacer aquello que le apasiona de verdad?

Tomás me miró, sonrió y terminó diciendo con tono muy simpático:

–Creo que esta ley ya la hemos abordado con suficiente profundidad.

–Si te parece vamos a dar un paseo y mañana nos adentraremos en la ley más importante en el camino de éxito de todo ser humano y el principio de éxito menos observado hoy día. Por el que, a buen seguro, tanta gente anda tan mal –planteé yo–.

–Estoy, sin duda alguna, deseando adentrarme en estos dos grandes y últimos principios fundamentales del éxito.

–Pues vamos a ver a Javier al centro de mando y mañana seguimos.

Esa noche cenamos con mi antiguo compañero de clase Javier Zamacona. Fue bonito observar como mi antiguo compañero de pupitre era hoy todo un ingeniero jefe de unas plataformas petrolíferas.

La mañana siguiente amaneció fría y nubosa. El viento soplaba fuerte; al llegar a las plataformas presenciamos una discusión acalorada entre varios operarios y su jefe. Desayunando un poco más tarde con Javier, después de pedirnos disculpas por la desagradable escena que habíamos presenciado, nos comentó el motivo de la discusión.

Al parecer varios operarios se quejaban de que un

compañero estaba siempre remoloneando y no hacía todo lo que debía, siendo esta una actitud demasiado frecuente en él. Y claro, solía pasar que el trabajo que este no hacía, repercutía en más trabajo para el resto. Se había convertido en una especie de cabecilla, teniendo a varios compañeros con poca o nula autoestima y autoconfianza como «protegidos» suyos, constituyéndose el grupillo ese en fuente continua de problemas. Esa mañana, simplemente, se había desbordado el vaso de la paciencia ante la crudeza del tiempo que hacía y lo duro del trabajo a realizar.

Mientras nos lo contaba, Tomás movía su cabeza en sentido afirmativo como queriendo decir «esto me suena». Finalmente, Javier concluyó con una desesperada exclamación:

–¡Si cada uno simplemente hiciera lo que debe hacer, qué fácil sería esto de dirigir un equipo!

–Y esta es una de las más importantes razones por las que la ley del kilómetro extra da tan buenos resultados – sentenció Tomás mirándome con una amplia sonrisa en la cara–.

Por un momento Javier se quedó desorientado, por lo que rápidamente le explicamos las conversaciones que estábamos teniendo y cómo su comentario venía perfectamente a colación con el objeto de conversación de ese día.

Como quiera que Javier, como muchísimos otros directivos, no conocía las leyes del éxito, por más que hubiera podido oír algo al respecto en algún taller de trabajo, Tomás se ofreció a enunciarle la más importante

ley del éxito. Hasta el punto de que el gran maestro del desarrollo personal y el éxito Og Mandino la catalogaba como «el único medio seguro para alcanzar el éxito».

La ley del kilómetro extra

El único medio seguro para alcanzar el éxito es prestar más y mejores servicios de los que se esperan de ti, sin importar cuáles puedan ser las tareas.

–De la misma forma, el camino más seguro para condenarte a la mediocridad es desempeñar únicamente aquellas tareas por las cuales te pagan –termino de decir Tomás–.

–¡Si al menos hicieran exactamente aquello por lo que se les paga! –dijo Javier con desesperación contenida–.

–Es por esta razón es por lo que es muy fácil triunfar en esta vida. Napoleon Hill decía que la aplicación de esta ley es «la cualidad clave de los triunfadores», hasta el punto de exponer su famosa sentencia de que «nunca hay atasco de tráfico en el kilómetro extra». Hay tanta gente que no hace ni lo que se supone que debería hacer que, incluso haciendo solo lo que se supone que debemos hacer, ya estamos haciendo más que la inmensa mayoría.

–No es de extrañar. Son demasiadas las personas que están constantemente negociando el precio de su éxito y así, lo único que consiguen es frustración e incluso rencor –comenté yo por primera vez–.

–Todo lo que he estudiado a lo largo de mi vida sobre

las personas de éxito nos indica que su éxito era el resultado de hacer siempre más de aquello por lo que se les pagaba.

»De hecho, –siguió diciendo Tomás–, recuerdo ahora algo que dijo el multimillonario y fundador de EDS Industries, Ross Perot. La fundó con 1.000 dólares y la convirtió en una fortuna de casi 3.000 millones de dólares: «La mayoría de las personas abandonan justo cuando están a punto de lograr el éxito. Lo dejan cuando les falta un metro para la meta. Se rinden en el último minuto del partido, a un pie de conseguir el tanto que les daría la victoria».

–Siempre he pensado que el éxito es como un amante muy celoso. Quiere probarte continuamente y, por eso, cuando alguien quiere algo de verdad, la vida le pone a prueba para confirmar si de verdad quiere lo que dice que quiere o es solo mera ensoñación. Por eso, al ponernos en camino hacia una meta, debemos ser conscientes de que el éxito nos va a probar una y mil veces. Cuánto más grande e importante sea aquello que queremos, más pruebas y más grandes serán. Y sin duda, siempre habrá una última prueba grande, justo antes de alcanzar lo que queremos – dije por propia experiencia–.

–Y lo bueno –comentó Tomás– es que siempre que nos topamos con un obstáculo, como decía Napoleon Hill, respecto de todas las grandes personalidades que estudió, «dentro de cada revés u obstáculo descansa la semilla de una oportunidad o beneficio iguales o mayores». Cada día tengo más claro que las personas «normales» son aquellas que dejan de hacer muchas cosas que, curiosamente, son

las que las personas de éxito han convertido en un hábito continuo: autodisciplina, autocontrol, autodominio y responsabilidad absoluta frente a su vida.

Mi amigo Javier estaba sorprendido escuchando a un joven como Tomás hablar de esa manera. Bromeando le comentó si no estaría dispuesto a irse a trabajar con él.

–Pero, ¿dónde queda esta ley explicitada en los Evangelios? –preguntó Tomás con curiosa premura–.

–Ciertamente, querido Tomás, toda la vida de Jesús en la tierra es un ejemplo de esta ley. Hizo algo muy «extra» cuando se hizo hombre, como nosotros, siendo Dios. Continuó en ese extra, naciendo de la manera más humilde en un establo, pudiendo haber elegido cualquier otro lugar. Hasta que inicio su misión evangélica, vivió calladamente con sus padres trabajando junto a su padre San José. Sus tres años de anuncio de la Buena Nueva los vivió como un nómada de un sitio a otro, pudiendo haber vivido como un rey. Y al final hizo «el gran kilómetro extra» padeciendo la mofa, el escarnio, la burla y la más tremenda tortura de manos de nuestros semejantes, muriendo finalmente en la cruz por salvarnos a todos. Si bien, ya que preguntas tan concretamente, San Mateo nos recuerda las bellísimas palabras de Jesús sobre esta ley tan fundamental del éxito: **«A quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos»**.

–Estoy convencido de que el éxito en esta vida es proporción directa a lo que hacemos después de hacer lo que se espera de nosotros –sentenció mi amigo Javier mirando al horizonte–.

–¡No lo hubiera dicho mejor! –exclamé con absoluta

sinceridad–.

–Es bien cierto –continuó Tomás–. Cualquier biografía que leas de alguien que ha alcanzado algo grande está plagada de anécdotas de hacer más de lo que se esperaba. Y todos los grandes gurús de este tema lo predicán continuamente en sus charlas y sus libros.

–Tú debes saberlo bien, Tomás, pues te conoces a casi todos –bromeé cariñosamente–.

Tomás me devolvió la sonrisa y con un gesto muy elocuente dio por comentada esta fundamental ley del éxito personal y profesional.

Quedaba entonces la gran ley de la gratificación retardada, pero como quiera que ya se estaba haciendo tarde, salimos a dar un pequeño paseo y lo dejamos para después del almuerzo. Javier quiso unirse a nuestra conversación.

Ley de la gratificación retardada

Todo logro conlleva un sacrificio, y al conseguirlo es cuando podemos premiarnos. Hacerlo antes nos resta energías y motivo para perseverar en la consecución del mismo.

–La gente de éxito sabe que hay que hacer aquello que parece duro, es necesario e importante. Los demás prefieren todo aquello que les gratifique de inmediato –sentenció Tomás mientras tomaba la taza de café hirviendo que nos trajeron después de una muy agradable comida en

el restaurante del hotel—.

—Y esa es precisamente la clave donde reside el éxito con mayúsculas en los grandes hombres y mujeres de la humanidad: siempre han estado dispuestos a posponer el premio hasta merecerlo —observé no sin cierta pena—.

—Si es que está claro —era Javier el que hablaba ahora—. En la sociedad en la que vivimos hoy estamos de espaldas a esta ley fundamental. No en vano vivimos en la sociedad del «disfrútelo hoy, páguelo mañana».

—Nada hay más pernicioso que eso para tener energía suficiente de cara a luchar por nuestros sueños —dije recordando la multitud de ocasiones en que había visto a prometedores jóvenes darse golpes enormes en sus carreras debido a la impaciencia por disfrutar futuros premios.

—Como bien dice, don Javier, hoy todos quieren disfrutar el día de hoy sin importar el mañana. Lo gracioso es que esos mismos que hacen eso, le critican a uno por trabajar tanto, y luego, cuando uno alcanza aquello por lo que trabajaba entonces, mágicamente se olvidan de sus sacrificios y de sus gratificaciones a destiempo y te tachan de tener mucha suerte —Tomás no podía dejar de acordarse de la de veces que esto había sido una constante en su joven pero intensa vida—.

—Noto cierto «mosqueo» en tu tono, Tomás. No te conozco lo suficiente, pero juraría que has sufrido esto en tus carnes alguna vez.

—¡Alguna vez, dice usted! —Tomás me miró sonriendo para terminar diciéndole a Javier—: mi corta vida es una lucha continua con este tipo de gente. Hay momentos que

me cansa tener que aguantar el que hablen de suerte cuando lo que haces es trabajar como el que más, siempre confiando en alcanzar tu objetivo en el plazo que te has marcado.

–José Ramón Ayllón en su libro *La buena vida*, nos recuerda un estudio sobre el que he leído en más de una ocasión, que se desarrolló en la Universidad de Stanford en la década de los sesenta, dirigido por Walter Mischel, sobre este vital punto, con niños de cuatro años –recordé en ese momento–.

Como Javier me pidió que lo desarrollara, continué explicando el mismo.

–Si no recuerdo mal, el ejercicio consistía en que un instructor le daba una golosina a cada niño y le decía: «Ahora debo marcharme, y regresaré dentro de veinte minutos. Puedes tomarte la golosina ahora, pero si esperas a que vuelva, te daré otra».

–¡Ah, sí, ya recuerdo! ¡Es fabuloso! –confirmó Tomás al instante–.

–Pues bien –continué explicando–, resumiendo el proyecto, doce o catorce años después de aquel experimento se comprobó la diferencia entre los chicos que habían sido capaces de aguantarse sin comer la golosina en ese momento y esperar a recibir otra, o aquellos que nada más salir el adulto por la puerta se la comían, sin esperar a poder recibir otra.

La cara de Javier era la evidente demostración de que había captado su atención, por lo que continué sin dilación.

–Los chicos que no habían tomado la golosina eran más

sociables y emprendedores, más capaces de afrontar las frustraciones de la vida. Eran jóvenes poco inclinados a desmoralizarse fácilmente, no huían de los riesgos, confiaban en sí mismos. Eran honrados, responsables y con evidente iniciativa. Por el contrario, los chicos que no pudieron o supieron esperarse y se comieron la golosina rápidamente, presentaban un perfil psicológico más problemático. Eran más tímidos, indecisos, testarudos e inclinados a considerarse «malos». Tenían un aire resentido y reacciones desproporcionadas.

–Y, si me permite, añadir, pues me parece muy relevante –concluyó Tomás–, lo más sorprendente es que académicamente reflejaban las mismas diferencias a favor de los que habían esperado pacientemente al adulto.

Javier parecía no dar crédito a estos datos.

–¿Y cómo es que no se educa a los chavales de acuerdo con este hallazgo?, –preguntó Javier con enorme sorpresa.

–Pues eso comentamos Tomás y yo constantemente. Algo tan simple y, sin embargo, tan erróneamente enseñado.

–Te aseguro que lo creo porque me lo estás diciendo tú, y parece que Tomás también lo ha leído, porque si no, me costaría aceptar que esto se sabe y sin embargo, no se aplica consecuentemente en la formación de los jóvenes.

–Como padre que soy, sí te reconozco que, al menos en casa, este es un principio que actuamos con nuestros hijos constantemente. Confío que el resultado sea el mismo en un futuro. Por el momento si reconozco que lo que vemos promete mucho y bien –comenté con el sano orgullo de padre–.

De repente llamaron a Javier y disculpándose se marchó de inmediato. Tomás y yo nos quedamos solos mirando el atardecer tras los cristales del restaurante.

Por un momento, me dio la sensación de que Tomás estaba ausente. Sin embargo, su siguiente comentario me hizo entender que más que ausente estaba reflexionando sobre esta fundamental ley del éxito que ayuda a forjar el carácter, o lo que es lo mismo, que ayuda a SER de cara a HACER consecuentemente, logrando el TENER de manera automática.

–¡Ahora lo terminé de entender! –la expresión de Tomás reflejaba la alegría propia de un gran descubrimiento–. Ser cristiano tiene todo que ver con este esclarecedor principio, y de ahí la alegría vital de todo buen cristiano, independientemente de los muchos o pocos reveses de la vida. Al estar viviendo de acuerdo al modelo de Jesucristo, el auténtico cristiano mira siempre la gran recompensa de la vida eterna como esa maravillosa gratificación retardada, de forma que vive su vida de acuerdo a los actos que le aseguren dicha recompensa.

Reconozco que oír de su boca tan interesante conclusión sobre este principio me llenó de sorpresa y de gozo. No pude por menos que sonreír y añadir:

–¡Sí Tomás! Y no te olvides de algo muy importante, el cristiano coherente con su fe, empieza a disfrutar la felicidad del Cielo cada vez que actúa de acuerdo a su fe aquí en la tierra. La felicidad del Cielo nos sobrepasa intelectualmente de forma que es imposible para cualquier mortal llegar a describirla. Aunque tengo algo claro después de leer a muchos santos: la mayor felicidad que

lleguemos a disfrutar aquí en la tierra, en cualquier momento de nuestra vida terrena, no será nada comparado con la felicidad que tendremos estando junto a Dios.

El resto de la tarde lo pasamos respondiendo a unos cuantos correos electrónicos y hablando con nuestras familias. El día, sin duda, había sido productivo.

Quedaba, para terminar de comprender la base de todas las leyes del éxito, hablar de la pieza clave en el engranaje del éxito. Tanto es así que sin esta nada funciona correctamente. Pero de eso hablaríamos en nuestro último día de estancia en los campos de petróleo.

El poder del compromiso

Nos pasaban a recoger a las diez de la mañana para el aeropuerto. La visita a los campos de petróleo había sido mucho más fructífera de lo que en un principio pude imaginar.

No sólo habíamos podido comprobar in situ cómo se extrae el codiciado oro negro de la madre tierra sino que habíamos hecho lo propio de nosotros mismos. Como todos los grandes gurús del desarrollo personal, todos los santos y todos los escritores espirituales del cristianismo coinciden: es en nuestro interior donde está la solución a todos nuestros problemas. San Cesáreo de Arlés escribió: «Dios ha puesto en el corazón lo que nos pide».

El recorrido hasta el aeropuerto fue en silencio. Ambos teníamos mucho en qué meditar y yo quise respetar el silencio de Tomás.

Ya en el avión y una vez había despegado Tomás sonreía mirando por la ventanilla. Y entonces comenzó a hablar.

–Me estoy acordando ahora de una escena que a mí me pareció impresionante en la película *El Patriota* de Mel Gibson –yo escuchaba con atención–. No sé si ha visto la película. Está ambientada en la guerra de Independencia de Estados Unidos de América. En todo caso la escena es al inicio de la batalla final entre los rebeldes americanos contra las tropas inglesas camino de la independencia de los Estados Unidos. Entre los miembros del grupo de Mel Gibson que luchan por la independencia hay un negro que acababa de conseguir su libertad; antes era un esclavo. Un compañero suyo blanco, que al inicio se había mofado de su compromiso porque entendía que si estaba en esa guerra era sólo por estar a la orden de su amo blanco, al verlo en primera línea de batalla junto a él dispuesto a dar su vida por el mismo ideal de libertad, le recordó que ya era un hombre libre, a lo que el hombre negro responde: «Estoy aquí por propia voluntad». El blanco, mirándolo con auténtica emoción, le dijo: «Es un honor para mí tenerte con nosotros. Un honor».

No puedo dejar de reconocer que estaba un poco desorientado por su comentario. Tomás continuó su monólogo en voz alta.

–Es curioso cómo la gran mayoría de las personas entienden tan mal el gran regalo de la libertad.

–¿Por qué lo dices, Tomás? –no quería prejuzgar su comentario–.

–La gente. No termino de entender por qué actúa tan en

contra de las leyes del éxito. Con lo fácil que es convertir un sueño en meta, plantearte un plan de acción, poner fechas, actuar consecuentemente con el plan establecido, verificar el progreso y mantenerte flexible a los acontecimientos que puedan ocurrir y modificar rumbos a lo largo del camino. Le aseguro que es simplemente eso lo que me ha llevado a ser el alto ejecutivo que soy hoy. Nada más. Tan simple como eso.

Yo sonreía mientras lo oía. Y no por reírme de él sino muy al contrario, fruto de mi total empatía con lo que sentía.

—No tengo la menor duda de la verdad de tus palabras y de que si has llegado donde has llegado a tu edad es fruto de lo que dices, si bien, has de recordar siempre que hay mucha gente que es reacia a algo vital para el éxito. Y evidentemente tú sí lo tienes en dosis notable.

Tomás me miraba con expectación y, sin pronunciar palabra alguna, su gesto inquisitivo me animó a seguir.

—Me refiero, querido Tomás, al compromiso. Cuando este falta, el edificio no se puede construir con buenos cimientos. Y no hace falta saber de arquitectura para entender las consecuencias de una mala cimentación.

»Demasiada gente piensa que el comprometerse es esclavizarse cuando, muy al contrario, el compromiso significa elección en el uso de la libertad. Cuando nos comprometemos con algo o con alguien, lo que estamos haciendo es optar por usar nuestro gran regalo de la libertad en beneficio de una determinada persona, causa u objetivo. Al igual que el personaje negro en la película de Mel Gibson que me acabas de comentar.

»Mira el desayuno que nos han puesto hace un rato. Estoy convencido que en más de una ocasión habrás oído el típico ejemplo del desayuno de huevos con beicon para describir el compromiso.

–Sí. Para tomarnos ese desayuno han intervenido dos personajes, de los que uno sólo ha participado (la gallina) y el otro se ha comprometido (el cerdo): la primera puso el huevo y siguió tan feliz, mientras que el cerdo dio la vida para que usted y yo disfrutáramos el desayuno que acaban de ponernos en este avión.

–Este ejemplo de compromiso nunca me ha gustado, porque lleva a mucha gente al comentario cínico de: «¿Qué me están pidiendo, que dé la vida por esta empresa?». Esa posible interpretación literal lleva a mucha gente a no tomarse en serio la importancia vital que tiene el compromiso en la vida de todo ser humano.

–Y si no le gusta ese ejemplo, ¿cómo lo explicaría usted, señor Herrador? Porque estoy seguro de que, sin pretenderlo, acaba de cargarse el ejemplo más usado en el mundo de la formación para explicar el compromiso.

–Muy sencillo. Piensa en una mujer embarazada. En el momento en que el ginecólogo le confirma su embarazo al hacerle una ecografía, no le dice «¡Enhorabuena, está usted un poquito embarazada!»

–La verdad es que sonaría a broma –cortó Tomás con una amplia sonrisa en su gesto–.

–¡Ajá! Sería una broma pesada. O se está embarazada o no se está. Punto. Y la mujer embarazada sigue así hasta dar a luz, por mucho que a lo largo de los nueve meses pueda haber momentos que le encantaría poder dejar el

peso de la barriga y descansar la espalda. Como no se puede, la mujer ni se lo plantea. Y eso es el compromiso, o ciento por ciento o nada. No hay compromiso al 99%.

Tomás reflexionaba sobre lo que le estaba explicando y terminó diciendo:

–Un momento. Un 99% es un excelente porcentaje.

–No en el compromiso –Tomás no acababa de aceptarlo por lo que terminé de explicar mi argumento–. Te pondré un ejemplo para que entiendas muy bien lo que realmente significa compromiso. Me comentaste que llevas saliendo con una chica dos años, ¿no es así?

–Así es –afirmó Tomás lacónicamente–.

–Muy bien. Ahora has estado cinco días sin verla, supongo que cuando llegemos te estará esperando. Imagínate que llegáis a casa y ella te abraza, te da un beso y te dice: «Querido Tomás, quiero que sepas que estos dos años que llevamos juntos han sido los mejores de mi vida y por esta razón, mereces que me sincere completamente contigo. En este tiempo te he sido fiel el 99,9% del tiempo» –La cara de Tomás parecía no dar crédito a mi planteamiento– ¿Cómo te sentaría?

–¡La mando a paseo de inmediato! –afirmó Tomás con una rotundidad que dejaba entrever el carácter que le había llevado donde estaba hoy–.

–O sea, el que hace un momento me estaba diciendo que un 99% es muy bueno, ¿ahora no acepta de su chica un 99,9%!

Tomás me miró, se calló por un momento, supongo que para reflexionar sobre mi comentario y finalmente, con una amplia sonrisa, dijo:

–*Touché!*, Ahora entiendo su argumento. Francamente bueno, señor Herrador.

–Jesucristo dijo: **«El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el Reino de Dios»**. Hoy a esto se le denomina «quemar las naves», recordando la gesta de Hernán Cortés que al llegar a las costas de Méjico quemó las naves para asegurar el compromiso de su gente con la victoria. Y para asegurar la vital importancia del compromiso nos recordó que **«no se puede servir a dos señores a la vez»**.

–Jesucristo también dijo que **«todo aquel de vosotros que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío»**. ¿No son palabras estas muy duras que entran en colisión con nuestra libertad humana?

–Muy al contrario, querido Tomás. Como venimos hablando, lo que Jesús nos plantea es el verdadero desapego de las cosas materiales, cuestión esta que ya tratamos cuando hablamos de la riqueza, si te acuerdas.

–Me acuerdo perfectamente –respondió Tomás nada más terminar mi frase–.

–Lo que Jesucristo nos plantea en ese bello pasaje del Evangelio de San Lucas es que para ganar la vida eterna debemos comprometernos con Él. Nada en este mundo es más importante que la fabulosa gratificación última, como ya hablamos ayer. Todo lo material es fantástico como medio para hacer el bien, pero no como objeto de nuestros anhelos últimos.

»Es más, en el deseable camino de desarrollo personal de cada ser humano, es lógico que se alcanzarán muchos bienes materiales, y eso Jesucristo no lo condena; antes

bien, lo que nos advierte es que no hemos de poner nuestro objetivo en ellos, sino en el bien que gracias a ellos podemos hacer, mirándonos siempre en su ejemplo.

»Jesucristo comió y bebió, disfrutó la vida a plenitud con los suyos, pero siempre tuvo muy claro que esta vida terrena era sólo temporal, un alentador camino de perfección para alcanzar la eterna. Esa es la que realmente importa. Y en su caso, también con un propósito concreto: conseguirmos la salvación eterna por medio de su sacrificio en la cruz.

»Al principio de nuestra visita a estos pozos, comentaste muy acertadamente la razón por la que escogí que viniéramos hasta aquí, como símil de un ser humano y su misión en esta vida. Pero fíjate, hay algo más. ¿Te das cuenta cómo llegan a ponerse los trabajadores en el momento en que sale el petróleo?

Decía esto pues habíamos podido observar una película del proceso entero de búsqueda, perforación y extracción del petróleo y nos reímos en el momento en que veíamos las imágenes, ya históricas, de los primeros pozos de petróleo cuando al alcanzar la bolsa de crudo, este salía hacia la superficie duchando literalmente a todos los operarios entre la algarabía y el regocijo de todos.

–Bueno –proseguí–, yo diría que es un buen recordatorio para todos de que para alcanzar algo hay que estar dispuesto a mojarse y mancharse. Pero hoy día no está muy de moda el compromiso.

»El hombre utiliza sabiamente su libertad por medio del compromiso, pues como dice, José Eulogio López en su libro *Por qué soy cristiano...y sin embargo periodista*,

«para el que se compromete con algo en lo que realmente cree, no se trata de un gasto, sino de una inversión que le reporta plusvalías en forma de más libertad», pues, al igual que con el amor, «cuánto más doy más recibo», si bien primero he de dar. «Y el caso es que sin compromiso, el hombre está muerto en vida, triste y sin esperanza. Que es, justamente, lo que le ocurre al hombre de hoy».

–Fue Abraham Maslow –Tomás volvía a retomar la conversación–, el padre de la pirámide de las necesidades humanas, el que dijo que «uno puede elegir entre retroceder hacia la seguridad o avanzar hacia la madurez. Una y otra vez debemos elegir la madurez; una y otra vez debemos superar el temor». Y creo que de eso se trata: de cómo nos enfrentamos al temor. Todos los grandes gurús y personas de éxito que he conocido te plantean con unas palabras u otras la misma idea: la inmensa mayoría de las personas no establecen metas por escrito por miedo a comprometerse. Y, claro, es evidente que al fijarnos metas y comprometernos con ellas estamos expuestos al fracaso de no conseguir aquello que decimos querer; pero si no nos ponemos metas y nos comprometemos con ellas, entonces, sin quererlo y menos saberlo, lo cierto es que nos estamos comprometiendo con algo muchísimo peor: la mediocridad. Y le aseguro señor Herrador, que de esta he huido siempre como de la peste.

–Lo que has de preguntarte, querido Tomás, es si huyes por un sano compromiso con dar lo mejor de ti en beneficio tuyo y de los que te rodean o si huyes por pura y simple soberbia de saberte mejor que el resto. – Reconozco, aún hoy, que mis palabras debieron sonar

duras en la frialdad de la cabina de un avión, pero apreciando como apreciaba a ese joven y queriendo su mayor bien, no me podía andar con diplomacias hipócritas–.

Tomás me miró y calló por un buen rato, evidenciándome que mi última reflexión había dado exactamente en la diana de su tormento interior.

Quedaba todavía un muy importante trayecto que cubrir antes de dar por finalizado nuestro objetivo de entender las leyes del éxito en su impresionante dimensión trascendental. Pero eso quedaría para cuando llegáramos a casa.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

CAPÍTULO 4

EL CAMINO MÁS SEGURO

-Santo Padre, podría decirme en pocas palabras, ¿Qué es la Iglesia?

-No se lo diré en pocas palabras, sino en una sola: Salvación.

Anécdota de Juan Pablo II
citada por Eduardo Camino
Dios y los ricos

A mí me basta con comprobar, en mi propia vida, que, si nos lo tomamos en serio y tratamos de vivir de acuerdo con él, el Evangelio «funciona».

Leonardo Mondadori a
Vitorio Messori, *La Conversión*

—¿Te acuerdas que en nuestra tercera conversación tú ponías en duda que Jesús acabara muy bien al ser crucificado?

—Por supuesto, si bien ahora sí entiendo por qué me decía que la muerte en cruz fue el paso necesario para

cumplir con su propósito de vida: la salvación de todos nosotros.

–Por esta razón, lejos de ser la cruz algo horroroso, es un símbolo lleno de esperanza y sentido positivo.

Tomás no terminaba de aceptar este último argumento, por lo que proseguí.

–El símbolo del cristiano es la cruz, es el signo más, el signo de suma. Con Dios somos más, somos lo más que estamos destinados a ser. Recuerda: **¡dentro de ti está el reino de Dios!** La vida de Jesús no es un ejemplo de prohibición y resta; muy al contrario, es un fabuloso ejemplo de acción comprometida en pos del mejor fin posible: la vida eterna.

»La moral cristiana es, sin duda, un grandioso ideal de excelencia humana. ¿No te gustan tanto los libros, seminarios, talleres y conferencias de desarrollo personal? Pues este camino es, sin lugar a ninguna duda, el más excepcional camino de desarrollo personal que puedas elegir. Con un extraordinario destino al final: la vida eterna.

»Cuando nos conocimos tú me llegaste a decir que tú no habías venido a este mundo para sufrir –Tomás asintió con la cabeza manteniendo la atención en cada palabra que pronunciaba–. Yo tampoco. –Hice un silencio queriendo dejar que mi confirmación de sus propias palabras calara en su mente–. Dios no nos creó para sufrir. Si lees la Biblia, en el primer libro de la misma, El Génesis, nos dice que Dios puso al hombre en el paraíso. Nos creó para la felicidad, no para el sufrimiento.

»Sin embargo nuestra soberbia nos hizo mortales. A

Moisés le entregó los DIEZ MANDAMIENTOS como libro de instrucciones para nuestra felicidad. En nuestra soberbia no le hicimos caso. Envió a muchos mensajeros, los profetas y finalmente se hizo hombre. Fuimos nosotros los que voluntariamente, por un mal uso de nuestra libertad, nos salimos de Él. Y todo nuestro afán por ser felices viene precisamente de ahí. Dios nos creó para ser felices, por eso buscamos la felicidad plena en todo momento. Y esta solo la encontraremos con Dios y en Dios.

—¿Te acuerdas que te mencioné al profesor de psiquiatría Armand M. Nicholi en su día, cuando hablábamos de las preocupaciones?

—Me acuerdo perfectamente, señor Herrador.

—En el mismo libro, extrae lo siguiente.

Le entregué el libro y Tomás leyó en voz alta:

—«...cada sujeto [que había experimentado una conversión religiosa] describía una marcada mejoría en el funcionamiento del ego, [que incluía] un cambio radical en el estilo de vida con un brusco abandono del uso de drogas, alcohol y tabaco; un aumento del control de los impulsos, con la adopción de un código sexual estricto, que exige la castidad o matrimonio con fidelidad; una mejora en los resultados académicos; un incremento de la autoestima y mayor acceso a sentimientos internos; una mayor capacidad para establecer “relaciones estrechas satisfactorias”; mejor comunicación con sus padres, [...]; un cambio positivo en los afectos, con una disminución de la “desesperanza existencial”; y una disminución de la preocupación por el paso del tiempo y la aprensión sobre la muerte».

Al terminar de leerlo, Tomás guardó silencio y volvió sobre lo leído esta vez en voz baja, para sí mismo.

–No está mal como prueba de eficacia en el desarrollo personal –terminó aceptando Tomás–. Pero, señor Herrador, ¿no me negará que la Iglesia está un poco desfasada? Sólo se dedica a prohibir cosas recordándote el infierno. No me extraña que tantas personas se hayan alejado de esta.

–Criticar que la Iglesia es enemiga de la libertad del hombre porque nos impone un sinfín de normas y reglas de conducta bajo el peligro de infierno, por el pecado, es tan errado como pretender que el gran enemigo de la libertad es la Ley, ya que esta prohíbe determinados actos a los seres humanos.

»Con el paso de los años he encontrado que el cristianismo y los cuatro Evangelios son el mapa de carreteras para vivir sanamente nuestra libertad como hijos de Dios. Pues esa libertad que nos venden para hacer con nuestro cuerpo lo que queramos bajo el irresponsable criterio de que «como es mío, hago con él lo que me da la gana», a lo único que lleva al final es a esclavitudes mucho más perversas e inhibitoras de nuestra libertad; la drogadicción, el alcoholismo, la adicción al sexo, al juego y a un sinfín de muy distintos y destructivos hábitos para el ser humano. Y una vez ahí, son explotados por quien maneja su adicción.

»Frente a eso, lo que Jesucristo nos ofrece es un mapa soberbiamente señalizado para vivir nuestra libertad con absoluta responsabilidad. Siendo conscientes, como tan bien indica Jacques Philippe, de que «la libertad no es

solamente elegir, sino aceptar lo que no hemos elegido». En todo esto, la Iglesia actúa, como explica Aguiló, de «garante de que el libro de instrucciones para vivir felices no se altere en perjuicio del hombre». No obstante, la fe sola no es suficiente; necesitamos la Gracia, que como regalo de Dios puede venir por muchas vías, siendo los sacramentos el camino más recto y seguro para obtenerla rápidamente.

Tomás seguía mi argumentación con la acostumbrada atención.

–De entre ellos, me gustaría hablarte tan sólo de dos, que desempeñan un papel vital en nuestro objetivo de conseguir el éxito y la felicidad supremos: la confesión y la comunión.

Tomás parecía absorto en mis palabras, como queriendo memorizar una a una estas ideas. Así, continué.

–Después de muchos años he descubierto que los sacramentos son el magnífico regalo de Jesús para conservar vivas en nosotros las posibilidades de mantenernos en el recto camino. Yo los veo como imprescindibles cargadores de pilas y limpieza profunda. No te debe extrañar –le dije, cuando Tomás me hizo un gesto simpático de interrogación–. Tú eres alto ejecutivo, ¿por qué las empresas organizan convenciones periódicamente?

–Está claro –me contestó Tomás sin apenas pensarlo–: para celebrar los éxitos pasados, mantener y fomentar el espíritu de equipo, informar de novedades y futuros lanzamientos, y sobre todo, si están bien hechas, para cargar las pilas de cara al período siguiente.

–Esos, entre otros, son el objetivo de los sacramentos. No es, ni mucho menos, que nos agobian con cumplir unos preceptos bajo pena de infierno, poco menos.

–¿Me quiere usted decir que los sacramentos hacen esa sensacional labor que las empresas quieren conseguir en las convenciones?

–Con la fabulosa diferencia de que, en el caso de la confesión y la comunión, cada uno de nosotros puede, si lo necesita para la primera y si quiere para la segunda, vivirla cada día del año.

Como veía que Tomás aceptaba el símil, le pregunté:

–¿Te imaginas que tus vendedores asistieran a una reunión de motivación todos los días del año? Y que en esa reunión de motivación comieran un alimento que les mantiene con una fuerza especial para ser todavía mejores: la Gracia.

–Muy bien. Hábleme entonces de la confesión. Le reconozco que a mí eso de abrirme a un desconocido para contarle mis cosas, me ha parecido siempre innecesario. ¿No está Dios en todas partes? Pues yo puedo decirle que me arrepiento y ya está –expuso Tomás con evidente sinceridad–.

–Conozco más de un amigo de otras creencias, por no hablarte de agnósticos y ateos, que por falta del sacramento de la confesión gastan mucho dinero en psicólogos, psiquiatras y pastillas para, después de atiborrarse de estas, no encontrar la paz que solo da Dios. Muchas veces nosotros no somos capaces de perdonarnos, pero, gracias a este fabuloso «Taller de puesta a punto, reparación y re- arranque» que es la confesión, Dios nos

concede el ansiado perdón, y entonces volvemos a nacer, libres de carga, para luchar como si fuera nuevamente, el primer día.

Tomás frunció el ceño en sentido de interrogación, por lo que me expliqué con más detalle.

–Uno generalmente, no se perdona con la misma y fabulosa generosidad y prontitud con que lo hace Jesús cuando arrodillados en confesión delante de Él mismo, usando el cuerpo mortal del sacerdote, nos oye con su infinito Amor. Al ver nuestro sincero y humilde arrepentimiento y nuestra voluntad de nunca más volver a caer, nos perdona y nos infunde un nuevo hábito de luz e ilusión para seguir usando nuestra libertad de la mejor manera. Sí, la confesión la tengo para mí como el gran sacramento de reparación de todo lo roto en nosotros.

–Perdone señor Herrador, acaba de decir que Jesucristo usa el cuerpo del sacerdote en la confesión. ¿Me está usted diciendo que en la confesión no me confieso a un sacerdote sino a Jesús mismo?

–No lo habría dicho mejor. Así es, Tomás. El error de muchas personas al criticar la confesión es preguntarse la razón por la que han de abrirse con un señor, que muchas veces ni conocen, sobre sus cosas más íntimas.

Sin querer entrar en el impresionante, desconocidísimo y mal valorado trabajo del sacerdote, sí te diré que en el momento de la confesión uno no tiene delante al sacerdote sino a Jesucristo mismo. Está encantado de recibirte, escucharte, perdonarte, alentarte y darte fuerzas para el futuro. La confesión la instauró Jesucristo en su infinita sabiduría con una forma bien clara **«A quienes les**

perdonéis los pecados les quedarán perdonados, a quien se los retengáis, les quedarán retenidos».

Tomás cambió de posición en su asiento.

—Él mismo —continuó—, les dio el poder a sus apóstoles para perdonar los pecados. Para ser perdonados totalmente solo tenemos que postrarnos ante el sacerdote y humildemente reconocer nuestras faltas, nuestro sincero arrepentimiento, nuestra voluntad de reparar el daño causado (si lo hay) y nuestra sincera intención de no volver a caer. ¡Fíjate qué fácil nos lo puso! De hecho, si la confesión ha caído tanto en desgracia es por nuestra enorme falta de humildad. ¿Te cuento cómo me ayudó a mí la confesión a mejorar en esta importantísima cualidad?

Tomás, con gesto interrogante, me hizo una señal de afirmación y proseguí.

—La confesión es un instrumento portentoso para mejorar en humildad, sobre todo si tienes la fortuna de tener un director espiritual.

—¡Un momento! ¿Director espiritual? ¿Eso qué es? Suena un tanto extraño.

No puedo ocultar que su comentario me hizo gracia, por lo que le contesté.

—Como ejecutivo conoces bien la figura del *coach* de empresa, ¿verdad? El tan cacareado *coaching*, por el que muchos profesionales y ejecutivos pagan importantes sumas de dinero por hora, ¿cierto?

—Así es. Es una actividad cada día más necesaria y, como usted bien dice, muy demandada en muchas compañías. De hecho no tengo reparo ninguno en decirle que he tenido uno personal durante más de dos años.

–¿Dirías que te ayudó en tu carrera profesional?

–Por descontado. Fue una gran inversión.

–¿Me podrías resumir brevemente su trabajo contigo?

–Bueno, básicamente lo que hizo fue ser un gran escuchador. Me escuchaba con atención, me hacía comentar mis temas en voz alta y me ayudaba a enfocar cada tema desde una perspectiva buena para mí y mi equipo. Lo curioso es que él realmente no me daba las respuestas, pero me ayudaba a encontrarlas yo a través de muy buenas preguntas. Podría decir que me ayudó a sacar lo mejor de mí, en beneficio mío y de la empresa donde trabajo.

–Has descrito con suma eficiencia el trabajo de un buen *coach*. Permíteme dos últimas preguntas.

–Las que usted quiera, señor Herrador.

–Gracias Tomás. Sólo dos más. ¿Dirías que el dinero que invertiste mereció la pena? Pues entiendo que debió de ser bastante dinero, ¿cierto?

–Sí, no le puedo ocultar que fue una buena cantidad. Pero, como le he dicho antes, fue la mejor inversión de mi carrera profesional. Lo volvería a invertir sin pestañear si lo necesitara de nuevo. ¿Y la segunda pregunta, señor Herrador? –me inquirió Tomás con auténtica expectación–

–¿Tienes hoy o has tenido alguna vez un mentor profesional? ¿Crees que es bueno tenerlos?

–Sin dudarlo le digo que es, no bueno, sino vital si quieres llegar alto. Sí, tengo un mentor profesional y otro financiero. Ambos son mis modelos en el plano profesional y financiero donde mirarme para alcanzar mis

metas. Pero, perdone mi indiscreción, señor Herrador, ¿qué tiene esto que ver con mi pregunta sobre lo que es un director espiritual?

–Tiene todo que ver, querido Tomás. Lo mismo que algunos profesionales se toman muy en serio su carrera profesional, y por ello deciden contratar la figura de un *coach* profesional o le piden a alguien ser su mentor o consejero profesional o financiero, como es tu caso, hay un aspecto de nuestra vida, el más vital desde mi perspectiva como creyente, que no podemos dejar de disponer de un buen *coach* o consejero–tutor.

»Si alcanzar el éxito profesional y material es una meta loable si se hace honesta y éticamente, mucho más importante es alcanzar la meta entre todas las metas: la vida eterna. Y para ello, no hay nada mejor que tener un director espiritual: un sacerdote que te guíe, te escuche y te ayude a orientar tus pasos en esta vida, en todos los niveles: personal, profesional, económico, familiar..., para asegurarte que al final conseguimos el ansiado Cielo.

–Creo que lo entiendo, señor Herrador, pero, ¿cómo le ayudó tener un director espiritual a ser más humilde, como usted me dijo al inicio de este punto? –preguntó Tomás–.

–Porque se necesita mucha humildad para ir una y otra vez a exponerle que has sido débil y que has caído otra vez en lo mismo. Y, como también te dije, me da fuerzas para seguir pues, al confesarnos, recibimos más Gracia para tener más fuerza en el futuro de cara a ir venciendo las tentaciones por las que caemos. Sí, definitivamente, este sería uno de los más gratificantes beneficios colaterales que tiene la confesión. ¡Ah!, y por cierto, ellos no te

cobran. Lo hacen sólo por amor. José Pedro Manglano, en *El libro de la Confesión* explica cómo por medio de la confesión el Espíritu Santo hace el trabajo de la GESTACIÓN DEL HOMBRE NUEVO, con estas palabras. –Y sacando el libro de un portafolios se lo entregué a Tomás abierto por la página 63 para que lo leyera–

–«El Espíritu Santo, entrando una y otra vez en el corazón del hombre, curando las heridas de todos esos combates (muchos los pierde, y es normal que los pierda) va gestando el hombre nuevo, va penetrando lentamente en cada una de las fibras del corazón del hombre, va encauzando su voluntad, sanando su rebeldía, purificando sus deseos, dominando sus instintos, despertando su afán por el bien, avivando su repugnancia por el mal, liberando su corazón... Por eso es bueno confesarse muchas veces: para que el Espíritu nos vaya transformando poco a poco, lentamente» –Al terminar de leerlo, Tomás se quedó un momento pensativo, me miró y afirmó: suena muy hermoso–.

Cambiando su gesto como pidiendo disculpas, dio un nuevo paso.

–Le cuento algo que siempre he entendido como una hipocresía de los creyentes con esto de la confesión. Y perdone que lo mencione después de que usted haya, precisamente, comentado este punto que quiero tratar ahora. Haces algo mal, te sientes mal, pues tu conciencia no te deja, te confiesas y ya está. Sales libre para volver a caer otra vez y volver a confesarte. –Tomás parecía genuinamente molesto–.

–La madre Angélica lo explica muy bien cuando dice

que lo que el perdón logra es eliminar la tortura de tu corazón e infundirte una nueva dignidad cristiana, cuya intensidad puede que no hayas conocido jamás. Recuerda que Jesús nos conminó a perdonar «hasta setenta veces siete», o lo que es lo mismo: siempre. Al final, como habrás podido leer en más de un libro de desarrollo personal, el pedir perdón y perdonar es un principio altamente liberador; en nada es un síntoma de debilidad. Jesús nos perdonó hasta estando en la cruz.

Tomás parecía absorto, como rumiando cada una de las ideas expresadas.

–Y cuando te hayas confesado y recibido el perdón –continué–, puedes recitar esta oración para empezar de nuevo, auténticamente como si fuera el primer día de tu vida. La encontré en el magnífico libro de Jacques Philippe, *La libertad interior* y dice así: «Te doy gracias, Dios mío, por todo mi pasado; creo firmemente que, de cuanto he vivido, Tú podrás sacar un bien; no quiero tener ningún pesar y desde hoy me decido a recomenzar desde cero con exactamente la misma confianza que si toda mi historia pasada no estuviera hecha sino de fidelidad y santidad».

Tomás escuchaba con máxima atención, me pidió escribirla y me hizo repetírsela varias veces hasta que la tuvo copiada entera. Entonces me preguntó:

–¿Y qué me dice de la Comunión?

–De todos es conocida la fabulosa frase de que «**nadie ama tanto como el que da la vida por sus hermanos**». Con la eucaristía, no sólo revivimos nuevamente ese supremo acto de amor, sino que sumando a esto, Jesucristo

mismo se introduce en nosotros para llevar la Gracia a todo nuestro ser.

»Cuando comulgas, imagina que Dios Hijo, está llegando a cada célula de tu organismo y rejuveneciéndola, recordándole en un inmenso acto de visualización la infinita felicidad que vivirá en la vida eterna.

»Por la Eucaristía, el cristiano permite a Jesús que haga nido en su vida y, con la suficiente humildad y hábito, incluso que sea Este el que guíe los pasos de cada uno en esta tierra para hacer realidad su promesa de que **«mi yugo es llevadero y mi carga ligera»**, pues todo es mucho más fácil cuando nos olvidamos de nosotros para ponernos en sus manos.

Tomás atendía con precisión cada palabra que salía de mi boca.

–Ahora mismo no recuerdo –proseguí– quién afirmó que «Dios diseñó la máquina humana para funcionar con Él. El combustible con el que nuestro espíritu ha sido diseñado para funcionar, o la comida que nuestro espíritu ha sido diseñado para comer es Dios mismo [...] Dios no puede darnos paz ni felicidad aparte de Él, porque no existen. No existe tal cosa».

»Benedicto XVI les enseñó a los jóvenes en Colonia dónde se encuentra la verdadera felicidad aquí en la tierra cuando les afirmó: «La felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis derecho a saborear, tiene un nombre y un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la eucaristía».

»El propio Jesucristo nos dijo que todo aquel que le siga obtendrá cien veces más en esta vida de lo que haya

dado, y en la edad futura, la vida eterna. Algo maravilloso de ser cristiano es que, cuando una actividad buena la orientas a Dios, como afirma Santo Tomás, se diviniza en cierto modo, haciéndose realidad la afirmación de las escrituras «**Seréis como Dioses**». Lo que Jesús nos enseñó con su ejemplo fue a ser verdaderamente libres y usando de su libertad nos enseñó el camino mejor: el Amor. Y por amor al hombre, dio su vida por todos nosotros de forma que también nosotros, por medio de Él, podamos compartir, con Él, la vida eterna. No en balde, como tan bien expone José Eulogio López su libro *Por qué soy cristiano... y, sin embargo, periodista*, «somos libres sólo a partir de la obediencia a unas leyes, las que da Dios y las que rigen nuestra naturaleza, y esto vale tanto para la vida interior como para la física». Así decía Jesús «**La verdad os hará libres**».

–En verdad, el hombre libre es el que domina sus instintos, y el hombre verdaderamente esclavo es el dominado por ellos –sentenció Tomás con un gesto rotundo–.

–San Lucas nos confirma definitivamente dónde está la verdadera alegría y felicidad. Al volver los 72 enviados por Él a los lugares donde iría más tarde, venían muy contentos y asombrados porque «hasta los demonios se nos someten por tu nombre».

Tomás puso un gesto interrogante, por lo que le interpreté esta idea.

–Recuerda cuando estabas en los inicios de tu carrera de alta dirección. Por el simple hecho de tener la posición que tenías, muchos estaban encantados de abrirte sus

despachos y hablar contigo. Pues así, lo que le vinieron a decir a Jesús todos estos «ejecutivos» es: «Tío, esto es fantástico, no teníamos ni que enseñar la tarjeta de presentación y la gente se ponía a nuestros pies». ¿Ahora mejor?

Tomás sonrió aceptando mi tosca traducción.

–Pues bien –continué relatándole–, Jesús, como te decía nos dio el maravilloso secreto de la felicidad en esta tierra cuando les dijo: **«No sea vuestra alegría que se os someten los espíritus; sea vuestra alegría que vuestros nombres están escritos en el cielo».**

Tomás volvió a quedarse pensativo. Terminé diciéndole:

–Cuando todas nuestras obras las ofrecemos a Dios, por minúsculas que sean, estamos haciendo que nuestra vida tenga un enorme sentido. No está mal cómo solución para todas esas personas que viven la vida quejándose constantemente del sinsentido de la misma. «Cada mañana yo me levanto con esta oración: Yo te adoro Señor y Padre mío, y te amo con todo mi corazón. Te doy gracias por haberme creado y hecho cristiano y por el nuevo día que me regalas. Te ofrezco las acciones de este día: haz que sean según tu voluntad y para mayor gloria tuya. Líbrame del pecado y de todo mal. Que tu gracia esté siempre conmigo y con todos los que yo quiero. Amén».

»Te invito a que hagas tú lo mismo. Te aseguro que al tener estas palabras presentes a lo largo del día, gracias a las leyes del éxito que hemos tratado, con el fundamento ya constatado en Jesús, estarás más cerca de hacer cada tarea lo mejor que puedes. Como les digo a mis hijos

desde que eran pequeños, «si le has ofrecido tu día y todo lo que en él hagas a Jesús, ahora no puedes conformarte con ofrecerle porquería, habrás de comprometerte sólo con lo mejor de lo mejor». Juan Pablo II nos recordó que «Dios ha creado el hombre a su imagen y semejanza; llamándolo a la existencia por amor, lo ha llamado, al mismo tiempo, al amor».

–Todos los grandes gurús del desarrollo temporal nos hablan del amor como camino fundamental. Pero, sinceramente, muchas veces me da la sensación de que se quedan en una idea de amor superficial, más físico que trascendente –comentó Tomás–.

–Si realmente quieres saber lo que significa la palabra AMOR, San Pablo la define con exquisita maestría. Nadie antes ni después que él, por más libros, poemas, canciones que se han escrito, ha rozado, tan siquiera, su bellísima descripción.

Tomás sorprendido me pidió conocerla, por lo que abriéndole el Nuevo Testamento por el capítulo 13 de la primera carta de San Pablo a los Corintios, le pedí que leyera:

«Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles que, si no tengo amor, no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes.

Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas que, si no tengo amor, no soy nada.

El amor es paciente, es afable; el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, no es grosero ni busca lo

suyo, no se exaspera ni lleva cuentas del mal, no simpatiza con la injusticia, simpatiza con la verdad. Disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre».

Dejé que pasara un tiempo. Algo tan bello y tan profundo requiere sosiego para meditarlo en silencio. Después de un tiempo prudencial concluí diciendo:

–Ser católico practicante, como nos recuerda Alfonso Aguiló, «no es cumplir con el precepto dominical, ser católico es algo más profundo y más grande. La fe pone al cristiano frente a sus responsabilidades ante sí mismo, su familia, su trabajo, ante la tarea de construir un mundo mejor. El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la edificación del mundo; ni los lleva a despreocuparse del bien ajeno, sino que, por el contrario, les impone como deber el hacerlo».

»San Pablo dejó muy claro en su carta a los Filipenses cuál es el mejor camino de superación personal: Sólo una cosa me interesa: olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, correr hacia la meta, para coger el premio al que Dios llama desde arriba por el Mesías Jesús».

–¡Cuántas veces no he leído en los buenos libros de desarrollo personal que el pasado es ya pasado, por lo que no lo podemos mover, y el futuro es sólo una promesa por cumplirse! Lo único en lo que nos podemos ocupar es del hoy, el ahora, que es lo único seguro que tenemos – comentó Tomás con los ojos muy abiertos–.

–Pues aquí lo tienes magníficamente expresado por el

gran viajero que fue San Pablo –terminé diciendo yo–.

Los ojos y toda la cara de Tomás eran la viva imagen del niño pequeño ante el mejor de los regalos.

Su vida desde aquella tarde estuvo dedicada a dar siempre lo mejor. Y Dios, de paso, como pude ir comprobando en el transcurso de los años, le devolvió **«el ciento por uno»**.

Meditar para ponerme en acción

Para sacar el máximo provecho de lo leído, y siendo coherente con un principio de éxito que acabas de leer, piensa sobre ello y pon en acción un máximo de tres ideas que encuentres fundamentales para tu vida.

Las tres ideas fundamentales para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda que lo importante es el porqué, no el cómo; este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

1
2
3

PARA TERMINAR

Una curiosa «coincidencia»

Es curioso que hoy, cuando repaso mi caminar me doy cuenta hasta qué punto mi propio nombre es una graciosa metáfora del rumbo de mi vida.

Me llamo Tomás Herrador Tesoro.

Sí, yo soy Tomás, ese joven que con treinta años buscaba con todas sus energías la «llave del éxito y la felicidad», pero, al igual que Santo Tomás, no creí hasta que no vi con mi propia experiencia cómo la aplicación de lo que iba aprendiendo al meditar los Evangelios iba provocando resultados espectaculares en mi vida primero y a mi alrededor después.

Y sí, yo soy también el señor Herrador. Buen apellido para recordar que no fue hasta que me calcé unas nuevas herraduras que empecé a sacar lo mejor que el Señor había puesto en mí.

Cada uno tenemos que herrarnos de nuevo con unos cascos que parecen pesados y duros de llevar. Pero como invita Jesús al referirse a la necesidad de que vayan a Él

todos los fatigados y agobiados que Él los aliviará: **«mi yugo es llevadero y mi carga ligera»**.

No es este un planteamiento negativo y tristón; muy al contrario, es una fabulosa invitación a ser conscientes de que todo obstáculo y problema debe ser visto como un magnífico instrumento de crecimiento. Y al ofrecerlo a Dios y tenerlo a nuestro lado, confiando en que es para enseñarnos una lección que nos hará más fuertes, entonces la carga es efectivamente ligera y el yugo suave.

En este camino de retos que es nuestra vida terrena, Dios está siempre con nosotros (**«Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»**) y, en la medida que le dejemos, Él hará grandes obras a través de nosotros.

Recuerda el milagro de los cinco panes y los dos peces. El hombre ha de procurar lo mejor con lo que tiene (solo cinco panes y dos peces); su fe en Dios será la que haga el resto hasta poder completar la tarea. Memoriza y haz tuyas las palabras San Pablo, para tus momentos en los que la lucha parezca perdida: «Ninguna prueba os ha caído encima que salga de lo ordinario: fiel es Dios, y no permitirá Él que la prueba supere vuestras fuerzas. No, para que sea posible resistir, con la prueba dará también la salida».

Y finalmente, mi segundo apellido, Tesoro. Lo que me recuerda continuamente que cada uno de nosotros –sí, querido lector, tú también– somos un fabuloso tesoro destinado a una meta sin igual. Tratarnos con dignidad unos a otros, sabiendo que somos todos hijos de Dios, seres humanos únicos e irrepetibles, hace mucho más fácil que, juntos podamos hacer de esta vida un mejor lugar

para vivir. Y ese trato empieza con uno mismo.

Querido lector, este relato no ha sido más que la simplona excusa de un nonagenario para ayudarte a abrazar con más fuerza la fe, de cara a hacer de tu vida esa gran historia de éxito que está destinada a ser.

Estamos todo el día luchando por conseguir un poco de más de felicidad aquí, ¿Qué no deberíamos hacer por conseguir la vida eterna, «nuestro éxito y felicidad supremos»?

Muchos autores de la llamada autoayuda y *New Age* tienen mucho que ver con el sentimiento de escepticismo o crítica abierta a este tipo de libros por parte de muchos posibles lectores. No les quito la razón a esas personas cuando se ríen de la idea que nos quieren vender estos autores, al afirmar que cualquiera puede conseguir todo lo que realmente desea.

Cuando uno se sabe hijo de Dios, acompañado en cada momento por Él, y ofrece todo lo que hace por Él, Dios ayuda en su camino y entonces encontramos una paz y tranquilidad inmensa. La persona así tiene un claro y fantástico propósito último, y este vivir lleno de sentido trascendente da una luz especial; máxime cuando se tiene la certeza de que, al final, si somos coherentes con nuestra fe, viviremos eternamente con Él. Nunca, nunca estamos solos, siempre estamos acompañados por Él a lo largo de toda nuestra vida.

Este es un sentimiento tranquilizador y liberador: solos no podríamos, pero con Él todo es posible.

Como creyentes, sabemos que no somos perfectos; es más, sabemos que la perfección solo la encontramos en

Jesucristo. Nuestro objetivo aquí no es tanto ser perfectos, sino mejorar cada día un poco, camino de esa final perfección junto a Él en el Cielo.

Sabemos que Dios nos ha hecho a cada uno a Su imagen y semejanza, aunque únicos e irrepetibles, con talentos distintos, en cantidad y calidad.

Nuestra misión no es ser el mejor de todos y conseguir todo lo que otros han conseguido sino, y muy al contrario, llegar a ser el mejor yo con los talentos que Dios nos ha dado a cada uno como seres exclusivos. Para así, cuando nos encontremos con Él y nos pida cuentas, como nos explica la esclarecedora parábola de los talentos, podamos decirle: «Señor, X talentos me diste, mira, aquí te entrego X por dos».

Será maravilloso entonces escuchar las palabras que un día Jesús pronunció aquí en la tierra, pero esta vez, allí en el Cielo y en Su presencia: «**Pasa a la fiesta de tu Señor**».

Meditar para ponerme en acción

Has leído todo el libro. Muy probablemente tengas un sinfín de ideas en la mente y el corazón que en ebullición. Te sugiero que aproveches estos sentimientos para meditar muy sinceramente a cerca de lo que vas a hacer una vez cierres el libro.

Ahora es cuando tú decides si transformas esta lectura en una buena inversión de tiempo y dinero o no.

Las 3 ideas fundamentales que me llevo de este libro para mí son:

1
2
3

¿Por qué son fundamentales? Recuerda lo importante es el porqué, no el cómo, este te llegará, antes o después, si bien un porqué claro te dará energía para persistir.

1
2
3

¿Qué voy a hacer con cada una de estas tres ideas para que me den poder en mi vida?

La información nos da poder si la ponemos en acción, si no hacemos nada con ella no nos da poder.

Pon acciones concretas y fechas.

Idea	Acciones	Cuándo empiezo y cuándo lo consigo

A modo de fácil recordatorio

Cuanto más leo y medito los Evangelios, sobre todo al plantearme ya seriamente el escribir el libro que ahora tienes en tus manos, querido lector, me asombro cada vez más con la cantidad de veces que en los mismos, así como en el Nuevo Testamento en general, se ven reflejados los distintos principios/leyes del éxito. A medida que sigo leyendo los Evangelios, sigo encontrando más momentos, así que no te extrañe que esta lista sea, sin duda, incompleta. De hecho está incompleta a propósito; te animo a que la completes tú a medida que disfrutas de su lectura y meditación.

Por agilizar el relato y facilitar su lectura no he planteado dentro del mismo muchos de los momentos que en los cuatro Evangelios se hace clara mención a estos principios o leyes del éxito, ni he querido llenar el relato de notas a pie de página con el capítulo y versículo donde aparece el texto usado. Para ser sinceros confío que te provoque al menos las ganas de ver por ti mismo dónde se encuentran todas estas fuentes de sabiduría.

No obstante, espero que con esta tabla, amigo lector, puedas ir trabajando y meditando individualmente sobre cada uno de esos momentos para que, poniéndolos en práctica en tu día a día, llegues a percibir y disfrutar personalmente del inmenso poder de la fe. Te animo a que vayas incluyendo en esta tabla otros momentos en los que claramente ves reflejada alguna de estas leyes del éxito.

Sé positivamente que su puesta en práctica te ayudará tanto como lo hace conmigo y mi familia. En todo caso, mantener la confianza siempre puesta en Jesús de la mano de nuestra amantísima Madre, la Virgen María, es sin duda un buen pasaporte para alcanzar las estrellas.

Las Claves Cristianas del Éxito

Resumen

I. TODO COMIENZA EN TU MENTE

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>Ley del control: Para llegar a dirigir y escribir el guión de nuestra propia vida debemos controlar lo que pensamos (nuestra comunicación interior), pues aquello que pensamos sobre cualquier cosa determinará nuestro sentimiento y este nuestra acción/comportamiento.</p>	<p>Mt. 15, 11; Mt. 15, 19; Mc. 7, 15-23.</p>
<p>La ley de la correspondencia: Lo que pasa en el exterior es una proyección de lo que nos pasa dentro de nosotros mismos. Nuestro mundo exterior de relaciones es un fiel reflejo de cómo estamos por dentro.</p>	<p>Mt. 6, 22-23; Mc. 4, 24; Lc. 6, 41-44.</p>
<p>La ley del desarrollo personal: La fortuna que usted consiga durante su vida irá en proporción directa con el grado de desarrollo personal y profesional que alcance.</p>	<p>Lc. 6, 22-23 ; Lc. 6, 45 ; Lc. 8, 16-17 ; Lc. 8, 18.</p>

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>Preocupaciones. Un camino para vivir feliz. El 40% nunca pasarán. El 30% ya han sucedido. El 12% son sobre la salud sin fundamento ninguno. El 10% son diversas y no conducen a nada.</p>	<p>Mc. 6, 47-52; Mc. 8, 1-9; Mt. 6, 34; Mt. 11, 28-30; Mt. 14, 24-33; Mt. 28, 20; Lc. 12, 22-31; Lc. 17, 21; Jn. 21, 6-11; Corintios, 1, 10-13;</p>

II. LO QUE CREAS ES LO QUE ATRAES

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de la fuerza de las creencias: Aquello en lo que crea firmemente se producirá en su vida. William James: la creencia es la creadora del hecho real. Henry Ford: «Tanto si cree que si puede, como si cree que no puede, está en lo cierto».</p>	<p>Mt. 9, 29; Mt. 17, 20-21; Mt. 21, 21-22; Mc. 11, 23; Lc. 17, 6; Jn. 14, 12.</p>

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de las Expectativas: Todo lo que esperes con certeza e intensidad se convertirá en una profecía que se cumple. La autoexpectativa (efecto Galatea) es el determinante de tu logro. Fuentes de las expectativas: los padres, los jefes, el cónyuge, hijos y empleados y uno mismo.</p>	<p>Mt. 7, 7-8; Mc. 4, 24; Rom. 8, 15-18.</p>
<p>La ley de la atracción: Somos imanes vivientes, atraemos a las personas y circunstancias que están en armonía con nuestros propios pensamientos y creencias. Se basa en el principio de resonancia. Cuanto más carga emocional ponemos más vibración transmitimos y mayor rapidez en atraer hacia nosotros las circunstancias y personas que nos ayudarán a conseguir lo que queremos.</p>	<p>Mt. 7, 7-8; Mt. 7, 12.</p>
<p>El principio de globalización: Una cosa atrae a la otra, las circunstancias se atraen. Todo el universo conspira para ayudarle a lograr el objetivo que se marque.</p>	<p>Mt. 7, 11; Rom. 8, 15-18.</p>

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de la abundancia: Hay suficiente para todos. No existe tal cosa como la escasez en esta vida. Por eso las personas de éxito dicen que cualquiera puede alcanzar lo que ellos han alcanzado si realmente lo quiere.</p>	<p>Mt. 10, 9-10; Mc. 6, 33-34; Mc. 14, 3-9; Lc. 6, 38; Jn. 6, 5-13.</p>

III. NO BASTA CON CREER, HAY QUE HACER

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de la causa y el efecto: Todo tiene una causa específica. Si existe un efecto que quieres alcanzar, observa cuáles son sus causas y reproducélas con toda su intensidad y repítalas, de forma que se producirá tal efecto deseado.</p>	<p>Mt. 7, 7 y 8; Lc. 6, 37-38; Lc. 6, 44; Lc. 11, 9-10; Jn. 15, 2.</p>
<p>Ley de la siembra: Obtienes lo que siembras. Todo lo que sucede en tu vida viene marcado por lo que piensas: tu comunicación interior y de ahí a lo que haces, lo que hace provoca unos resultados multiplicados.</p>	<p>Mt. 25, 14-30; Lc. 6, 43-45; Lc. 8, 18 ; Lc. 13, 6-9 ; Lc. 19, 11-27; Jn. 15, 2; Gálatas 6, 7.</p>

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de la aceleración acelerada: Mientras más rápido e intensamente te muevas hacia tu meta más intensamente se moverá esta hacia ti.</p>	<p>Mt. 13, 12 ; Mt. 25, 29 ; Lc. 8,18 ; Lc. 19, 26.</p>
<p>La ley del magnetismo: Cuanto más éxito tengas en tu vida, más éxitos atraerás.</p>	<p>Mt. 13, 12 ; Mt. 25, 29 ; Lc. 8, 18 ; Lc. 19, 26.</p>

IV. SOLO EL QUE PERSEVERA LO CONSIGUE

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de la perseverancia: Cuanto más importante es algo que queremos conseguir, más perseverantes deberemos ser.</p>	<p>Mt. 24, 13; Lc. 18, 2-8; Lc. 22, 44 y 46.</p>
<p>La Ley de la acumulación: Cada gran logro en la vida es el resultante de la acumulación de esfuerzos y sacrificios pequeños que muchas veces son difíciles de apreciar a simple vista.</p>	<p>Mc. 12, 41-44; Lc. 16, 10.</p>
<p>La ley de la perspectiva del tiempo: Las personas más exitosas en cualquier sociedad son aquellas que toman decisiones con mucho tiempo de anticipación.</p>	<p>Mt. 24, 42-51; Mt. 25, 1-13.</p>

LEY DEL ÉXITO	EVANGELIO
<p>La ley de los talentos: Dedícate a aquello que te apasiona y tendrás éxito. Toda persona ha nacido con uno o varios talentos específicos, elige tu propósito vital en función de estos y serás feliz alcanzando lo que te propongas en esa actividad acorde a tus talentos.</p>	<p>Mt. 25, 29-30; Lc. 12, 39-48; Lc. 12, 48; Lc. 19, 26 ; Pedro 4, 10</p>
<p>Ley del kilómetro extra: El único medio seguro para alcanzar el éxito es prestar más y mejores servicios de los que se esperan de ti, sin importar cuáles puedan ser las tareas.</p>	<p>Mt. 5, 39-42 Toda la vida de Jesucristo es un ejemplo de esta ley.</p>
<p>El principio de la gratificación retardada: Todo logro conlleva un sacrificio, y al conseguirlo es cuando podemos premiarnos. Hacerlo antes, nos resta energías y motivo para perseverar en la consecución del mismo.</p>	<p>Todo el mensaje de Jesús, gracias a la esperanza puesta en el cristiano está dispuesto a entregar su vida por Jesús.</p>
<p>El poder del compromiso. Una mujer embarazada es el mejor ejemplo de compromiso. No se puede estar un poco o un mucho embarazada, sino embarazada o no. Igual pasa con el compromiso, o se está comprometido o no se está.</p>	<p>Lc. 9, 62; Lc. 14, 33</p>

Veinticinco apoyos para aprovechar la Biblia como el mejor libro de autoayuda de todos los tiempos

1	Cuando te fallen los hombres	Salmo 27
2	Cuando estés en peligro	Salmo 91
3	Cuando estés sumamente abatido	Romanos 8,39
4	Cuando necesites valor para desempeñar tu labor	Josué 1
5	Cuando el mundo te parezca mayor que Dios	Salmo 90
6	Si te domina la sociedad de consumo	Mateo 6, 19-34
7	Si eres muy amante de la tradición	Mateo 15
8	Si sigues al pie de la letra la Palabra de Dios	1 Timoteo, 1, 8-11
9	Si estás buscando la felicidad	Mateo 5, 1-12
10	Si sientes vergüenza de tu pecado	Lucas 15, 11-32
11	Si quieres cumplir bien los mandamientos	Mateo 5, 21-48
12	Cuando parezca que Dios te ha desamparado	Salmo 139
13	Si te sientes solo o con miedo	Salmo 23
14	Cuando estés en situación crítica o amarga	1 Corintios, 13
15	Si estás pensando en inversiones o ganancias	Marcos 10, 17-31
16	Cuando estés arrastrando una gran crisis en tu vida	Salmo 46
17	Cuando las cosas te salgan mal	Salmo 37

18	Cuando tengas sentimientos de venganza	1 Pedro 3, 9; Mateo 5, 38-40
19	Cuando te veas dividido contigo mismo	Romanos 7
20	Si te sientes irritado y de mal humor	Salmos 103 y 104
21	Para entender la libertad	1 Corintios 10, 23-43
22	Cuando llores la muerte de un ser querido	1 Corintios 15
23	Cuando tu fe y confianza en Dios se debiliten	Hebreos 11
24	Cuando sientas miedo a la muerte	Apocalipsis 21 y 22
25	Cuando sientas que no tienes perdón	Salmo 85

Las 39 parábolas en los Evangelios

Parábola	Mateo	Marcos	Lucas
Lámpara debajo del celemin	5, 14-15	4, 21-22	8, 16; 11-13
Casa sobre roca y casa sobre arena	7, 24-27		6, 47-49
Paño nuevo y manto viejo	9, 16	2, 21	5, 36
Vino nuevo y odres viejos	9, 17	2, 22	5, 37-38
El sembrador	13, 3-8	4, 3-8	8, 5-8
El grano de mostaza	13, 31-32	4, 30-32	13, 18-19
El trigo y la cizaña	13, 24-30		
La levadura	13, 33		13, 20-21
El tesoro escondido	13, 44		
Una perla de gran valor	13, 45-46		
La red	13, 47-48		
La oveja perdida	18, 12-13		15, 4-6
Dos deudores	18, 23-24		
Los jornaleros de la viña	20, 1-16		
Los dos hijos	21, 28-31		
Viñadores perversos	21, 33-41	12, 1-9	20, 9-16
Invitados a la boda	22, 2-14		
La higuera precursora del verano	24, 32-33	13, 28-29	21, 29-32
Las diez muchachas	25, 1-13		
Los talentos-las onzas	25, 14-30		19, 12-27
Ovejas y cabras	25, 31-36		
Siembra y recolección		4, 26-29	
Acreedores y deudores			7, 41-43
El buen samaritano			10, 30-37

Parábola	Mateo	Marcos	Lucas
Un amigo en necesidad			11, 5-8
El rico necio			12, 16-21
Los criados vigilantes			12, 35-40
El administrador fiel			12, 42-48
La higuera estéril			13, 6-9
Los primeros puestos en la boda			14, 7-14
Invitados que no acuden al banquete			14, 16-24
Cálculo de gastos			14, 28-33
La moneda perdida			15, 8-10
El hijo pródigo			15, 11-32
El administrador infiel			16, 1-8
El rico Lázaro			16, 19-31
El dueño y su criado			17, 7-10
La viuda y el juez			18, 2-5
El fariseo y el publicano			18, 10-14

**Para los que se preguntan por qué Dios
«admite» el MAL**

Un profesor universitario retó a sus alumnos con esta pregunta:

–¿Dios creó todo lo que existe?

Un estudiante contestó valiente:

–Sí, lo hizo.

–¿Dios creó todo? –preguntó nuevamente el profesor–.

–Sí señor –respondió el joven–.

El profesor contestó:

–Si Dios creó todo, entonces Dios hizo el mal, pues el mal existe, y bajo el precepto de que nuestras obras son un reflejo de nosotros mismos, entonces Dios es malo.

El estudiante se quedó callado ante tal respuesta y el profesor, feliz, se jactaba de haber probado una vez más que la fe era un mito.

Otro estudiante levantó su mano y dijo:

–¿Puedo hacer una pregunta, profesor?

–Por supuesto –respondió el profesor–.

El joven se puso de pie y preguntó:

–¿Profesor, existe el frío?

–¿Qué pregunta es esa? Por supuesto que existe, ¿acaso usted no ha tenido frío?

El muchacho respondió:

–De hecho, señor, el frío no existe. Según las leyes de la Física, lo que consideramos frío, en realidad es la

ausencia de calor. Todo cuerpo u objeto es susceptible de estudio cuando tiene o transmite energía, el calor es lo que hace que dicho cuerpo tenga o transmita energía. El cero absoluto es la ausencia total y absoluta de calor; todos los cuerpos se vuelven inertes, incapaces de reaccionar, pero el frío no existe. Hemos creado ese término para describir cómo nos sentimos si no tenemos calor. –Hizo una breve pausa y continuó– Y ¿existe la oscuridad?

El profesor respondió:

–Por supuesto.

–Nuevamente se equivoca, señor –contestó el estudiante–La oscuridad tampoco existe. La oscuridad es en realidad ausencia de luz. La luz se puede estudiar, la oscuridad no, incluso existe el prisma de Nichols para descomponer la luz blanca en los varios colores en que está compuesta, con sus diferentes longitudes de onda. La oscuridad no. Un simple rayo de luz rasga las tinieblas e ilumina la superficie donde termina el haz de luz. ¿Cómo puede saber cuán oscuro está un espacio determinado? A través de la cantidad de luz presente en ese espacio, ¿no es así? Oscuridad es un término que el hombre ha desarrollado para describir lo que sucede cuando no hay luz presente.

Finalmente, el joven preguntó al profesor:

–Señor, ¿existe el mal?

–Por supuesto que existe –respondió el profesor– Como mencioné al principio, vemos violaciones, crímenes y violencia en todo el mundo, esas cosas son del mal.

El estudiante replicó:

–El mal no existe, señor, o al menos no existe por sí

mismo. El mal es simplemente la ausencia de Dios. Es, al igual que los casos anteriores, un término que el hombre ha creado para describir esa ausencia de Dios. Dios no creó el mal. No es como la fe o el amor, que existen como existen el calor y la luz. El mal es el resultado de que la humanidad no tenga a Dios presente en sus corazones. Es como resulta el frío cuando no hay calor, o la oscuridad cuando no hay luz.

El profesor, después de asentir con la cabeza, se quedó callado.

El joven se llamaba Albert Einstein.

SI QUIERES PROFUNDIZAR MÁS EN EL REGALO DE LA FE

Fue en la Semana Santa del año 2004 cuando por primera vez agradecí de palabra a mi madre algo que hasta entonces nunca había hecho expresamente y que es, después del regalo de la vida, el mejor regalo que ella y mi amadísimo padre, me han hecho nunca. Hasta el punto de que, por más que parezca ingenuo, no habrá nunca un regalo que me puedan hacer que sea mejor que ese. ¿El regalo al que me refiero? El ejemplo en la fe católica.

Mis padres han sido siempre un claro ejemplo de cómo vivir la fe en el día a día y transmitirla con actos, muchas veces callados y ciertamente incomprensidos en el momento, pero sin duda prácticos.

Desde que decidí dedicarme por entero a ayudar a mis iguales a sacar el máximo rendimiento de los talentos con que venimos a este mundo, tuve claro que el mejor libro de autoayuda de todos los tiempos era, es, y será siempre el Nuevo Testamento, y muy concretamente los cuatro Evangelios.

Por fortuna, he podido viajar mucho a lo largo de mi vida y vivir en muy distintas culturas, conociendo a personas de muy diversas razas, credos y formas de pensar. Cuanto más conocía, más agradecía la fortuna de haber nacido en una familia católica y haber abrazado la fe católica, en un inicio por pura costumbre, «es lo que hay», y hoy día, con una voluntariedad absoluta y agradecida.

Siempre me llamó la atención cómo mucha gente que había nacido en circunstancias parecidas a las mías, terminaba abrazando otras creencias o, directamente, dejando de creer. Esto he de confesar que siempre me ha producido una pena enorme y a la vez me ha hecho cuestionarme una y otra vez qué clase de ejemplo doy yo, como creyente, a otros que no lo son.

A medida que, gracias a la labor de «asesoría» espiritual por mi queridísimo don Jacinto Lázaro, he ido leyendo y estudiando más y mejores libros sobre la fe católica, me he ido maravillando más del inmenso regalo que significa ser cristiano. Él, sin duda, ha sabido hacer cómo el apóstol Felipe con Natanael: me ha llevado a conocer a Jesús de la mano de grandes autores, siempre enriquecidos con su extraordinario conocimiento teológico.

Por obvias razones de espacio, plantear aquí un listado concienzudo de obras donde profundizar sería más que ilusorio. Por ello, me permito echarte una cariñosa mano, en la selección de unos cuantos libros para iniciarte en el camino de conocer mejor lo que significa ser cristiano católico. Y, por supuesto, también te he señalado a lo largo del relato algunos títulos más. Confío que estos que te indico te lleven a otros que, sin duda, te ayudarán en el fantástico camino de esta vida hasta la definitiva. Yo, personalmente, les debo mucho a todos estos autores y sus magníficos libros.

AGUILÓ, ALFONSO *¿Es razonable ser creyente?*, Palabra, Madrid, 2004. Una verdadera joya. Pienso que todo

católico debería leerlo. Lo que me apasiona de este libro es la facilidad de su autor para usar símiles, ejemplos y metáforas que hacen muy fácil al lector entender temas en principio complicados.

ANGÉLICA (MADRE) Y CHRISTINE ALLISON, *Respuestas, no promesas, de la madre Angélica*. Planeta, col. Testimonio, Barcelona, 1999. Esta venerable ancianita, cuyo rostro aparece en la portada de la edición que tengo, explica todos los temas con un sentido práctico típicamente estadounidense; es decir, va al grano, es clara y no se anda por las ramas. Y lo hace con un candor y una sencillez absolutamente impresionantes.

CAMINO, EDUARDO, *Dios y los ricos*. Rialp, Madrid, 2002. Un muy interesante libro que toma como punto de partida el cuadro de Caravaggio *La vocación de San Mateo*. Sus reflexiones acerca de las distintas actitudes humanas ante la llamada de Jesús a cada uno son tremendamente esclarecedoras y llenas de juicioso sentido. Y rompe muchas falsas interpretaciones acerca de la dicotomía riqueza-eternidad gloriosa.

Catecismo de la Iglesia Católica, Compendio, Asociación de Editores del Catecismo. Extraordinario resumen del catecismo de la Iglesia Católica. De obligada lectura y estudio para todo el que quiera conocer y entender la fe católica.

DIOS OTÍN, VÍCTOR F., *Mi querido Agnóstico. ¿En qué creemos los cristianos y qué motivos tenemos para creerlo?*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2004. Muy recomendable para apartarse del actual relativismo que tan bien ha denunciado el papa Benedicto XVI. He

disfrutado tremendamente de su lectura.

LEWIS, HEDWIG, S.J., *En casa con Dios*, Mensajero, Bilbao 2006. Suelo escribir unas notas al acabar cada libro en la cara interior de la primera página del mismo sobre mi parecer. En este libro puse: «Sencillamente maravilloso. Si quieres iniciarte en el camino de la oración y disponer de cantidad de excusas para meditar, este libro es un pozo sin fondo». Cuenta mil y una anécdotas e historias y te refiere a distintos momentos de las Escrituras para que sobre ellas puedas meditar a fondo.

LÓPEZ QUINTÁS, ALFONSO, *Liderazgo creativo*, Nobel, Oviedo, 2004. Una fabulosa visión y descripción del liderazgo personal. Todos podemos ser líderes, empezando por liderarse uno mismo. Son tantos y tan buenos los conceptos que nos plantea que te invito efusivamente a disfrutar de su lectura. Con ser maravillosa, escucharlo personalmente es una delicia para la mente y el alma. Extraordinario comunicador que sabe explicar lo más complejo de la manera más sencilla.

LORDA, JUAN LUIS. *Moral. El arte de Vivir*, Palabra, Madrid 2004. Sin duda excepcional la capacidad de su autor para ir desgranando en una sucesión milimétricamente lógica todo lo que tiene que ver con la moral cristiana, de forma que, como dice en la solapa del libro, «se deja ver mejor así que la moral cristiana no necesita de argumentaciones difíciles para sostenerse y defenderse, sino que entronca perfectamente con el sentir natural del hombre».

LORING, JORGE S.J., *Motivos para creer*, Planeta, col. Testimonio, Barcelona, 1997. Me atrevería a decir que este libro es ya todo un clásico, por más que es muy reciente (1997). En este, entre otras cosas, puse: «absolutamente recomendable». Lectura ágil y con un contundente conocimiento que unido a unos ejemplos excelentes, te hace disfrutar cada hoja.

MANGLANO, JOSÉ PEDRO, *¿Dios en off?*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2006. Mi querido don José Pedro ha escrito un librito que sólo tiene pequeño el tamaño físico del mismo, porque su contenido es un espejo en el que verte reflejado. En un estilo ágil y ameno te va haciendo una disección detallada de las trampas en las que, con total facilidad, perdemos nuestro camino hacia el Cielo.

NICHOLI, ARMAND M., *La cuestión de Dios*, Rialp, Madrid, 2004. Interesantísimo ensayo poniendo frente a frente a dos enormes personalidades de nuestra historia reciente: C.S. Lewis y Sigmund Freud. Al terminar de leerlo, di muchas gracias a Dios por ser creyente.

Nuevo Testamento, traducción de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos, Cristiandad, Madrid, 1987. Me gusta mucho su traducción, muy actualizada por lo que resulta de lectura más fácil. Es muy amena y acertada la explicación inicial para poner al lector en situación y entender mejor el tiempo de Jesús. Aunque, si quieres profundizar en tus meditaciones sobre los Evangelios, te aconsejo fervientemente los Santos Evangelios comentados de Eunsa (Sagrada Biblia, tomo 5, Nuevo Testamento, Eunsa, Pamplona, 2004). Es una obra

mayor, tan bien comentada que se lee casi como una novela, si me permites el símil.

PHILLIPE, JACQUES, *La paz interior*, Rialp, col. Patmos, Madrid, 2004, y *La libertad interior*, Rialp, col. Patmos, Madrid, 2003. Es difícil decir tanto y tan bueno en tan pocas páginas. Siempre he dicho que en esta vida no podemos controlar todo lo que nos pasa, pero siempre hay algo que podemos controlar: cómo respondemos a eso que nos pasa. En estos dos libros se ahonda en esta gran verdad, desde la perspectiva del creyente. Como dice uno de mis mejores amigos que es ateo: «José, ya me gustaría a mí tener tu fe, porque se te ve siempre tan despreocupado». Estos dos libros explican fabulosamente el trasfondo espiritual de esa sincera despreocupación. Leerlos ha sido todo un hallazgo. Se lo debo a María José, mi queridísima mujer, que los compró. ¡¡¡Millones de gracias!!!

WADELL, PAUL J., *La Primacía del Amor*, Palabra, Madrid, 2002. Como su subtítulo indica es una excelente introducción a la ética de Tomás de Aquino. Es claro y está muy bien estructurado, lo que hace que tenga un fluir muy fácil, muy de agradecer en un libro que es para «masticar» despacio y con tranquilidad, por la profundidad de su contenido.

Y finalmente te voy a sugerir cuatro libros biográficos sobre cuatro personalidades de extraordinario interés y dispares entre sí, pero que arrojan enorme luz sobre el gran regalo de la fe:

AGUSTÍN, SAN, *Las Confesiones*, Palabra, Madrid 1974.

Como dice la contraportada de la edición que tengo: «Han pasado más de quince siglos y esta emocionante aventura sigue sin envejecer y no envejecerá, porque es la verdad».

BEJANO DOMÍNGUEZ, OLGA, *Alma de color salmón*. Libros Libres, Madrid, 2002. Un canto a la vida. Si antes de leerlo podías albergar alguna excusa para trabajar por conseguir lo que quieras en la vida, leer a este maravilloso ser humano te quitará todas las excusas. Sencillamente fabuloso. Millones de gracias, Olga, por contestarme con tanta diligencia. Tú eres el más claro ejemplo del éxito verdadero en esta vida. A la hora de hacer esta nueva edición Olga ya nos ha dejado y no tengo la menor duda de dónde está ahora. Ella ya ha triunfado de verdad.

CHESTERTON, G.K., *Autobiografía*, Acantilado, Barcelona, 2003. Ideas atemporales. Todo él escrito con el estilo directo y claro de su autor.

MONDADORI, LEONARDO Y VITTORIO MESSORI, *La Conversión*, Grijalbo, Barcelona, 2004. Es de felicitar y agradecer a esta estupenda editorial la edición tan cuidada que han hecho de este bello libro. ¡Sensacional! Es maravilloso comprobar cómo un hombre que lo ha sido todo y lo ha tenido todo en el campo empresarial, comparte con uno su fe tardíamente encontrada y cómo la defiende. ¡Si todos los que nos decimos católicos lo tuviéramos así de claro!

Podríamos agrandar la lista pero lo dejaremos en dieciocho, la mayoría de edad. Como mayoría de edad en madurez espiritual adquirirás si los estudias y meditas sobre todos ellos. Si te lo propones, te aseguro que en lo que tardes en leerlos, te habrás despedido del ser humano que eres para dar paso a uno mucho mejor.

... y una pequeña joya nacida para la JMJ Madrid 2012:

Cartas a un espíritu inquieto de su viejo profesor, Edición no venal. Delegación de la Pastoral Universitaria de la Archidiócesis de Madrid. Los que tuvimos la dicha de vivir la JMJ llevamos en nosotros algo indescriptible. Este pequeño librito que se nos regaló es una delicia. Dice al final del mismo: “La fe no es creer en Dios, sino descubrir que Dios cree y actúa en ti todos y cada uno de los días de tu vida”. ¡Qué gran verdad! Pero, ¡ajo! Hay que vaciarse de uno para dejarle entrar a Él. Si puedes conseguirte una copia, no lo dudes, lee y relee este pequeño gran libro. Enhorabuena a la Archidiócesis de Madrid por regalarnos esta joya.

HAY TANTO QUE AGRADECER...

El primer agradecimiento, ¡cómo no!, ha de ser a mis padres, por educarme en el maravilloso regalo de la fe. Sin su constante y coherente ejemplo, muy seguramente mi vida no sería hoy como es. Nada que pueda nunca heredar de ellos será más importante que su sensacional ejemplo. Es por este motivo por lo que no doy ninguna importancia a ninguna herencia material.

En el extraordinario libro que te he recomendado antes, *En casa con Dios*, el autor cuenta la anécdota del célebre autor hindi, Premchand, el cual trabajaba mucho a pesar de su precaria salud. Su esposa un día, lo amonestó y él le respondió: «El deber de la lámpara es dar luz. Si ello beneficia o daña a los demás, no es asunto de la lámpara. Mientras en ella haya aceite y mecha, seguirá cumpliendo con su deber. Y cuando acabe el aceite, se apagará».

Unos días antes de ponerme a escribir este libro, mi hijo Emilio, el mayor, que entonces tenía ocho años, me preguntó: «Papá tu trabajas mucho, ¿verdad?». Yo le respondí que trabajar, trabajar, lo que otros llaman trabajar, no; pues yo lo que hago es disfrutar. Y efectivamente disfruto mucho. Recuerdo que me miró con

ojos inquisitivos como pidiendo una explicación más clara. Entonces yo le argumenté que realmente, como me dedico a lo que me apasiona, no lo considero trabajo. Entonces me preguntó, «pero tú, ¿cuándo duermes?», (pues él ve que me acuesto muy tarde y me levanto temprano). «Cuando Dios nos llame ya tendré tiempo de dormir toda la eternidad, ahora hay mucho que hacer para perder el tiempo» –fue mi contestación–.

En esta vida hay muchas formas de irradiar luz: ser una vela o un espejo que la refleje. Yo, humildemente, no creo que llegue ni siquiera al rango de vela, por lo que si confío en que, con la ayuda de Dios, haya podido ayudar con este libro a ser un poco espejo. Confío, y así se lo pido a Dios, que este libro sirva de espejo para reflejar de una manera práctica, sencilla y directa parte de la maravillosa luz que los Evangelios arrojan. Si así lo juzgas ten por seguro que el responsable es el Espíritu Santo. Y si no ha salido bueno, entonces ten claro que el único responsable he sido yo.

A María José, mi mujer: Decía Gustave Thibon que «en la crisis del amor hay siempre dos posibilidades: mantener el objeto de nuestro amor y ascender de nivel, o cambiar de objeto y quedarnos al mismo nivel». Doy gracias a Dios porque tanto María José como yo somos creyentes y siempre tuvimos claro que al casarnos era para siempre. Gracias a ello, durante los más de once años que llevamos de matrimonio hemos escalado unos cuantos y retantes niveles; y lo bueno es que esta cumbre, que un día nos propusimos escalar, tiene su cúspide en el Cielo. Gracias por querer escalarla conmigo. Como dice una amiga,

«aguantarme como marido debe ser bien retante». Tú, queridísima María José, no sólo lo haces con nota, sino que encima marcas el ritmo de maravilla. Te quiero infinito por infinito por infinito.

A nuestros siete hijos, Mencía (nuestra última bendición y compañera infatigable en la labor de relectura y mejora de este libro. Su presencia a mi lado, sus sonrisas y «agos» durante sus primeros meses de vida me han dado una energía y alegría difícil de describir con palabras), Fátima Inmaculada, Marta, Álvaro, Andrea, María y Emilio, dice Alfonso Aguiló en su estupendo libro *¿Es razonable ser creyente?* que «la fe es un don de Dios, pero a la vez es un acto libre. Para creer, hace falta una decisión libre de la voluntad». Confío que este libro que ahora tenéis en vuestras manos os sirva para tener todavía más claro por qué papá y mamá os están educando en la fe. Espero que sepáis perdonar nuestros muchos fallos al no dar siempre el ejemplo debido. Y también confío en que, leyendo este libro y, sobre todo, poniendo en práctica estas 18 leyes del éxito, sabiendo en qué se fundamentan, lleguéis a ser los fabulosos seres humanos que estáis destinados a ser en esta vida, para beneficio vuestro, de las personas a vuestro alrededor y de la sociedad en la que os ha tocado vivir. Y así, un día, nos hagamos todos juntos la foto que tenemos en el salón de casa, pero en el cielo.

A mis hermanos, a todos y cada uno en exclusiva y a todos en general y a mis suegros. Cada uno, a vuestra manera, me habéis mostrado modos de acercarme a Dios.

A mis amigos y «clientes», a todos y cada uno de ellos: C.S. Lewis escribió, al hablar de la fortuna de los amigos

que tenía, que «en lo más íntimo de su corazón, se siente poca cosa ante todos los demás. A veces se pregunta qué pinta él allí entre los mejores. Tiene suerte, sin mérito alguno, de encontrarse en semejante compañía». Pues esto mismo es lo que me pasa a mi al sentirme rodeado de personas como vosotros. Si pongo «clientes» entre comillas, es porque, realmente, bien sabéis que no os siento como tales, y sí como amigos. Gracias a todos por vuestra amistad y confianza. Y, muy especialmente a todos los que habéis querido leer el borrador y mejorar tremendamente el mismo con vuestros magníficos comentarios: Alberto García Mina (tú me recogiste en el buen camino y me sigues señalando la senda), Alberto Rodríguez Toquero (pensar en ti es sentir la seguridad y el aplomo de la más correcta autoestima. Eres, sin duda, un gran modelo para mí), Alejandro Vesga (por si tenía dudas, que no las tenía, en tu preciosa boda, me confirmaste el grado de amistad que nos une. GRACIAS queridísimo Alejandro), Carmen Sánchez Alegría y Ana Rosa Díez (mis médicos favoritos, vuestra capacidad de dar amor desborda todo lo imaginable), Cecilia Kindelán (¡nunca se agota mi agradecimiento a tu amistad!), Eduardo Conde (sin duda junto con mi queridísimo José Luis Iañez, eres el primer responsable de que hoy día me vaya tan bien), Galo Pozo Almeida (¡Qué suerte tengo contándome entre tus amigos de este lado del Atlántico! Sé que un día haremos grandes proyectos juntos), Gustavo Zerbino (valoro nuestra amistad como uno de los grandes regalos de estos últimos años. ¡Quién me iba a decir a mí, cuando todavía era un niño y me sobrecogí leyendo

vuestra odisea en los hielos andinos, que un día seríamos amigos!. Gracias por permitirme compartiros a ti y a María con mi familia), Julio Guerrero y Pablo Conde-Pumpido (¡qué suerte tener dos hermanos más que los cinco de sangre! Lo que juntos hemos vivido y seguimos viviendo es un enorme regalo de Dios), Raúl Maroto y Raúl Vicente (colaboradores como vosotros, son un claro regalo, vuestro apoyo incondicional y vuestra amistad probada son fuente de ilusión continua en el futuro) y Susana Álvarez (pocas veces se dan juntas y en tan fabulosa proporción en una misma persona tanta inteligencia, tacto, cariño y prudencia).

A mi querido *coach* espiritual, don Jacinto Lázaro y a don José Pedro Manglano director editorial de Planeta Testimonio, por haber creído que mi idea originaria para este libro podía ser una realidad que ayudara al ser humano y haber mejorado el resultado con sus certeros comentarios. De no haber sido por ustedes este libro todavía no se habría escrito. Si está escrito..., por algo será.

A mi querido amigo y «primer causante» de que este libro esté escrito ya, José Luis Maldonado. Nunca podré agradecerte bastante lo que tú, *el Socio*, y yo, sabemos.

Agradezco al Centro Bíblico Católico de España, y personalmente a don Manuel Celada, su autorización para compartir contigo, querido lector, la tabla con los «Veinticinco apoyos para aprovechar la Biblia como el mejor libro de autoayuda de todos los tiempos» que aparece, no con ese título, en el folleto promocional de su preciosa, y muy recomendable, edición de La Santa Biblia.

Y, para esta nueva edición, además de a los lectores que ya agotaron la primera, pues es gracias a ellos que decidimos ir a por la nueva edición, un agradecimiento muy especial a mis queridísimos amigos Blanca Achón y Julio J. Moral, por su fantástico trabajo de corrección, maquetación y nuevo diseño de portada. Está claro que Dios me quiere mucho enviándome amigos tan maravillosos como vosotros.

Y, finalmente, a ti, querido amigo lector: en el reiteradamente mencionado libro *En casa con Dios*, leí un poema anónimo que me impactó profundamente. Sirva para terminar este libro, con mis mejores deseos de prosperidad y felicidad para ti y los tuyos.

*Tú estás escribiendo Tu Evangelio,
a capítulo por día,
con las obras que realizas
y las palabras que dices.*

*La gente está leyendo lo que escribes,
A ver si es verdad o mentira.
¿Cómo es tu Evangelio,
el «Evangelio según Tú mismo»?*

Confío humildemente que la lectura y puesta en práctica de este libro que acabas de leer te ayude en la fabulosa tarea de escribir tu propio Evangelio.

Y ya que sabes esto, y dónde está la base de todas las leyes del éxito, te invito muy efusivamente a que te acostumbres a leer libros de los llamados de autoayuda, de

los buenos autores (comparto con el personaje de este relato mi desagrado ante este título de autoayuda, pero así me entiendes). Sin duda, te podrán ayudar enormemente en tu camino de éxito, ya que en ellos encontrarás las experiencias reales, los estudios realizados y, en definitiva, las bases científicas que apoyan todo lo que en este relato has leído.

Sí es así me encantará saber de ti, querido nuevo amigo. Puedes escribirme a mi correo personal:

jbp@actitudenaccion-vesp.com

Y puedes entrar en nuestra página web para saber más de lo que hacemos:

www.actitudenaccion-vesp.com

Y si no nos llegamos a conocer en esta vida, confío que sí lo podamos hacer en la otra de la mano del responsable del mejor libro de autoayuda de todos los tiempos.

Para información o pedidos de este libro pueden solicitarse a:

info@actitudenaccion-vesp.com

o

pedidos@actitudenaccion-vesp.com

«El cielo y la tierra pasarán,
pero mis palabras no pasarán»

MATEO, 24, 35

«Id por el mundo entero pregonando
la buena noticia a toda la humanidad»

MARCOS, 16, 15

«¿Por qué estáis asustados?
¿Por qué os vienen esas dudas?»

LUCAS, 24, 38

«¿Porque me has visto tienes fe?
Dichosos los que tienen fe sin haber visto»

JUAN, 20, 29

